

# Mecha y Guía



Llamas, J.M.



# *Mecha y Guía*

*Llamas, J.M.*



Desde siempre me había gustado contar historias. Coger un lápiz y un folio y empezar a imaginar mundos distintos donde ocurren los hechos más insólitos e imposibles, o los más diarios y sencillos. Sin embargo, nunca me había puesto en serio a escribir una novela larga.

Una clase de filosofía en C.O.U. y unos compañeros dispuestos a leer cualquier cosa para no aburrirse me dieron el empujón. Desde entonces, con 17 años, nunca he dejado de escribir. Y aquí está aquella primera novela de ciencia ficción, llena de escenas inmaduras y poco creíbles, pero también de esperanzas, deseos y crisis que sólo son explicables en la adolescencia.

Quizás podría haber transformado esta aventura para

hacerla más madura y creíble. Pero entonces ya no sería la primera, claro. Así queda, tal y como fue terminada. Que les aproveche.

# Índice

Prólogo.....	9
Capítulo uno: la llegada.....	19
Capítulo dos: turistas en Malajian.....	29
Capítulo tres: buscando trabajo.....	39
Capítulo cuatro: los amigos de Inés.....	55
Capítulo cinco: Los lavados.....	93
Capítulo seis: desesperada.....	115
Capítulo ocho: Numancia.....	135
Capítulo nueve: el bosque de Numancia.....	159
Capítulo diez: en el bosque.....	195
Capítulo once: un suceso inexplicable.....	219
Capítulo doce: de la oscuridad a la luz.....	249
Capítulo trece: el rescate.....	263
Capítulo catorce: el último vuelo del Alfa-3.....	281
Capítulo quince: El crisol de la rebelión.....	293
Capítulo dieciséis: espías en Malajian.....	339
Capítulo diecisiete: el estallido.....	369
Capítulo dieciocho: buscando el hormiguero.....	377
Capítulo diecinueve: ataques.....	407
Capítulo veinte: desolación.....	435
Epílogo.....	447

*"Venid, amigos míos:  
no es demasiado tarde para partir en busca  
de un mundo nuevo,  
porque sigo teniendo el propósito  
de bogar más allá del sol poniente;  
y si hemos perdido esa fuerza  
que otrora movía el cielo y la tierra,  
lo que somos lo somos:  
corazones heroicos y del mismo temple  
debilitados por el tiempo y el destino,  
pero fuertes por la voluntad  
de buscar, luchar, encontrar, y no ceder".*

Extracto del poema *Ulises*, de Tennyson.

# *Prólogo.*

- Atención, seres de la Base Espacial Nebulón-B, les habla la computadora de a bordo. Dentro de cinco punto catorce horas llegaremos a la Tierra, centro de nuestro Imperio Humano. Seguidamente les ofreceré información sobre los principales lugares a visitar si es éste su primer viaje, así como un poco de historia de sus más importantes ciudades.

\*La Tierra es el tercer planeta del Sistema Solar, formado por otros ocho de los que sólo Marte tiene vida interior, dejando aparte los principales satélites de

Júpiter y Saturno donde se encuentran las bases de energía Solón I y II y las bases de vida Atlanta I, II y III.

\*La Tierra está formada por diez provincias: Astar, Ashia, Ephrica, Sheanía, Malajian, Rushan, Japha, Merika, Helan y Tekan. Astar es el Centro de Investigación y Desarrollo más vasto del imperio. Cuenta con los mejores científicos y los más avanzados aparatos para lograr más y mejores robots, vehículos,... para hacer la vida cómoda, relajada y de mejor calidad. Hace aproximadamente un milenio Astar fue el principal país de la Tierra, llamado entonces Estados Unidos de América. Este país fue uno de los principales implicados en la tercera guerra mundial que acabó con aquella zona destrozada y contaminada en muchos sitios por la radiactividad debida a la energía nuclear, energía que desapareció hace setecientos años debido a su peligro; Astar, como las demás provincias de la Tierra, nació del nuevo reparto de territorios que dio lugar al actual imperio.

\*Ashia es la segunda de las provincias del Planeta Azul, y...

Por la ventana del transbordador se empezaba a divisar el Sistema Solar, allá a lo lejos; después de trece horas de viaje, al fin estaba cerca de su destino. Ulick miró el reloj: iban a llegar con algún tiempo de adelanto con respecto a la hora prevista. La verdad, no podía decirse que le estuviera divirtiendo el viaje; cada dos por tres esa estúpida computadora soltaba el mismo rollo,... ya se sabía todo lo concerniente a la provincia que iba a llegar: Malajian, con su capital grandiosa, con sus innumerables lugares de diversión, con sus incontables perspectivas de trabajo. Sólo por eso había abandonado su familia, su casa, todo: necesitaba correr mundo, encontrar un empleo de su agrado, hacer otros amigos.

Volvió la vista hacia dentro: la gente estaba muy ocupada estudiando, comiendo o hablando; y él ni siquiera tenía con quién hablar porque lo habían sentado sin acompañante. De repente sus ojos se pararon en una mujer que venía por el pasillo: era alta, morena, de pelo rizado y con muy buen tipo; le pareció

como si la hubiera visto antes, como si la conociera de algo... y, efectivamente, la conocía de algo. ¿Dónde diablos había él visto a aquella joven anteriormente? Era... en una revista, de moda... ¡esa mujer era Inés, la modelo más famosa de Nebulón-B! Ulick se quedó mirándola fijamente sin una pizca de disimulo, sin darse cuenta de que ella se dirigía hacia él; cuando la chica se sentó a su lado, Ulick retiró la mirada, avergonzado y ruborizado.

- No estará ocupado, ¿no?

- Oh,... claro que no.

- Verás, estoy harta de ir en el departamento de los ricachones que no hacen más que hablar de ropas, de moda, de dinero... en fin, que es un aburrimiento.

- Si lo que no quieres es ir con gente adinerada, te aseguro que yo no tengo un puñetero duro. Además, si te quedas es mejor; por lo menos tendré a alguien con quien hablar.

- ¿Qué eres, uno de esos tipos que busca compañía desesperadamente?

- Nn..no, claro que no. Me ha tocado solo en el asiento, y tenía ganas de charlar con alguien. Es la primera vez que hago un viaje tan largo y estoy nerviosillo; voy a buscar trabajo a la Tierra.

- Entonces choca esas cinco,...

- Ulick Llakm.

- Choca esas cinco, Ulick Llakm, porque eso es precisamente lo que voy a hacer yo a la Tierra. Inés Loderkan.

- Te había reconocido; encantado. ¿Así que vas en busca de empleo? Alguien tan importante como tú encontrará las puertas abiertas de par en par, supongo...

- Ahí es donde te equivocas, amigo: en la Tierra yo soy casi igual de conocida que tú, y eso que ya he estado allí alguna que otra vez. De todas formas hay muchas más perspectivas de encontrar un empleo bueno que en nuestra pequeña Nebulón-B.

- Y, oye, si has estado antes en la Tierra, conocerás algo, ¿no?

- Bueno, no conozco toda la Tierra, sólo he estado en

Malajian.

- Ahí es donde voy yo, pero no tengo ni puta idea, fuera de lo que dice esa computadora de a bordo, de cómo es aquello.

- Oh, no te preocupes, te puedo enseñar la ciudad si quieres; de todas formas, hasta que no me instale no pienso hacer nada, y te veo un poco despistado.

- Muy despistado, en serio... - Ulick se rió, e Inés le acompañó en la carcajada -. ¿Sabes? Es duro esto de cambiar de ambiente por completo; yo nunca lo había hecho hasta ahora, que me he visto en la obligación.

- Bah, no te preocupes demasiado. Verás como con el tiempo te acostumbras: es una sociedad distinta a la que estamos acostumbrados, más automática, pero se pasa bien si sabe uno montárselo en condiciones. Es algo así como un paraíso de metal.

- Así descrito me parece un poco frío.

- Es frío. Pero así es la vida, Ulick. Hace ya algunos siglos que las máquinas empezaron a conquistar el mundo para disfrute del hombre, y... bueno, pero

tampoco es un congelador: ya lo verás, y luego me cuentas lo que te parece, ¿vale?

- Perfecto, perfecto. Y gracias por ofrecerte, oye...

- De nada, es un placer hacer de guía; y así de camino paso unos días tranquila en la Gran Ciudad del Ocio y los Negocios, como la llaman muchos. Te va a impresionar.

- Supongo que sí... Fíjate, ¡Plutón está ahí al lado! - Efectivamente, el último planeta del sistema solar se divisaba a unos cuantos millones de kilómetros, oscuro y vacío. La gente se agolpó en las ventanas del transbordador para admirar de cerca el maravilloso planeta, que pasó con rapidez a la vista de todos y se alejó silenciosamente. De vez en cuando se observaban a lo lejos otras naves que iban y venían, unas cargadas de cosas, otras de personas, otras que patrullaban el espacio, grandes y pesadas aquellas, pequeñas y ligeras éstas últimas, que cruzaban a una velocidad espantosa. Cuando llegaron a la altura de Neptuno vieron de cerca una nave de prisioneros escoltada por Cazas, que seguramente se dirigía a alguna de las Bases de

Reclusión, llamadas también Mundos Oscuros por estar situados a gran distancia de cualquier núcleo civilizado y en zonas donde la luz casi no llegaba.

Y, casi sin darse cuenta, el transbordador Omega-5 rebasó los dominios de Júpiter, el Gigante del Sistema Solar, y más tarde los de Marte, el Planeta del Hielo, y se dispuso a entrar en la Tierra. Ulick miró al Planeta Azul por primera vez y se sintió hipnotizado por su belleza. Inés le tendió un papel y le dijo:

- Este es mi número de teléfono: yo me alojo en el hotel Ron, así que, cuando hayas encontrado alojamiento, llámame; iré a por ti mañana a donde sea. Amigo, tendremos que empezar a recoger las maletas. ¡Hasta mañana!

- A..diós - Ulick quedó con el papel en la mano, sin saber qué hacer, mientras la nave aterrizaba en el aeropuerto de Malajian. Luego decidió coger las maletas, como le había aconsejado la mujer, y darse prisa en buscar un lugar techado donde dormir.

- Atención, señores pasajeros, les habla la computadora central de la nave: nuestra primera parada será en Malajian. Dejaremos cinco minutos de descanso antes de volver a bordo; no olviden ningún paquete. Esperamos hayan quedado satisfechos con el viaje y que en el próximo traslado intergaláctico vuelvan a confiar en los servicios de "Viajes Star".

Lentamente, la nave fue tomando tierra en la plataforma de aterrizaje de Malajian, y los pasajeros pusieron el pie en el centro del Imperio Humano, el Planeta Azul, el origen de la Historia de hombre.



## *Capítulo uno: la llegada.*

Nada más despedirse de Inés, Ulick se dispuso a buscar alojamiento. Lo primero que hizo fue preguntar a un robot que dirigía el tráfico dónde podía encontrar un sitio donde vivir, y el robot, después de analizar la pregunta, le respondió que se informara en una agencia.

La ciudad era enorme, asombrosa, impresionante. Al mirar la pantalla del transbordador ya se había sentido anonadado por aquella inmensidad de edificios, pero nunca llegó a imaginarse lo que en esos momentos pasaba ante sus ojos: hasta donde podía alcanzar con la

vista había una cantidad gigantesca; y eran de las formas, tamaños y colores más variados, desde una mole de color verde brillante, que reflejaba los rayos del Sol con limpieza y que tenía ante sus ojos, hasta edificios negros, blancos, rojos, violetas, amarillos, a rayas, a cuadros... se diría que cada vez que se construía uno se intentaba hacer más complicado y bello que el anterior. Y las formas, igualmente variadas, iban desde los complejos más normales, cuadrados o rectangulares, hasta los que se habían diseñado circular, cuadrangular, romboidal, trapezoidalmente o incluso como objetos y animales.

Al doblar una esquina, Ulick se topó con una ballena, o al menos eso le pareció a él, que dio un respingo del susto. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que la ballena no era tal, aunque su parecido era grande: estaba frente a un edificio de elevadas dimensiones, azul claro, del que entraba y salía gente ininterrumpidamente. En la parte de atrás se abría una gran puerta por la que asomaban numerosos robots de color también azul; en

seguida reconoció el edificio, más que nada porque se fijó en el letrero que figuraba en el frontal: "Sociedad para la defensa de las especies naturales en peligro de extinción". Ulick había oído hablar alguna vez de esta asociación que había evitado que desaparecieran animales tales como los tiburones, las ballenas, las águilas, los zorros, las ratas, los escorpiones, los caballos y otros; era ésta una asociación universalmente reconocida cuyas actuaciones habían sido famosas, como aquella vez que impidieron que un carguero espacial vertiera su contenido de residuos tóxicos en el Mar de Assaja. Montones de tortugas marinas y gran número de pájaros y otras especies que habitaban actualmente en un archipiélago cercano habrían muerto si esta organización no hubiera actuado evitando tal matanza.

Llegó al fin a una pequeña rotonda donde había unas escaleras para bajar a lo que parecía ser una especie de sótano; en su entrada se leía: "pase al mundo del turista".

Comprendiendo que aquel era su sitio, Ulick se metió; nada más entrar, una pantalla se iluminó a su izquierda.

El sitio era amplísimo, cuadrangular, aunque más allá se estrechaba para dar paso a una salida que, suponía Ulick, había al otro lado. En cada una de las numerosas habitaciones laterales se leía un letrero: "lugares de recreo", "hoteles", "restaurantes", "cines", "estaciones de cargueros y transbordadores" y "otros". Al comienzo, a la izquierda de la entrada, un robot grande y rojo (relaciones públicas) le miró con su único ojo negro en mitad de la frente; Ulick se asustó. pero se repuso al instante.

- ¿Qué quiere usted? - preguntó el robot con voz tímbrica y metálica.

- Quisiera saber dónde puedo encontrar alojamiento.

- Segunda puerta a la derecha. Gracias por su visita.

- Vale, vale, seguramente no está hoy la maquinita de humor... - Al acercarse a la puerta, ésta se abrió de arriba abajo y le dejó ver una monstruosa habitación

con muchísimas luces donde había algunas personas, seguramente nuevas allí como él y , como él, buscando habitación. Se acercó a una gran pantalla al fondo; observó un panel de control que había al lado, pulsó una tecla y al momento una luz lo iluminó todo. Una voz preguntó:

- ¿Qué desea usted?

- Deseo un sitio donde vivir.

- Tenemos el Gran Hotel Estrella Negra, el mejor de la ciudad con...

- Quiero algo que se encuentre al alcance de un desempleado con cien mil Universos.

- Entonces,... hay uno especialmente barato y aceptable en la calle Dunia, número 834. ¿Quiere una reserva?

- Sí, sí, si puede ser en un sitio alto y con algo de vista.

- Habitación mil doscientos nueve. Gracias por su confianza.

- Eso de confianza es muy relativo... pero déjalo, no

lo comprenderías. Hasta luego.

La calle en cuestión era más bien un callejón, aunque aceptable: tiendas y tienduchas por doquier, un parque para pasear y un pequeño restaurante Ashio. Al comienzo se veía un gran almacén de cibernética. Casi en medio de la calle se destacaba un edificio verde, alto, con un nombre bastante raro: Skrull. Cuando llegó a su altura miró el número, y era efectivamente el 834.

Entró en el enorme cuadrado verdoso y se fue derecho al mostrador; apretó el botón de llamada e inmediatamente se abrió una pequeña compuerta y una cabeza roja y fea con dos ojos grandes que la ocupaban casi por completo salió del lugar y empezó a hablarle.

- ¿Qué desea?

- Me llamo Ulick Llakm y he pedido una reserva aquí.

- Sí, habitación mil doscientos nueve. Su tarjeta, por favor - Ulick se la dio, una pequeña tarjeta metálica con su firma, todos sus datos, su dinero y su agenda.

- Por cierto, ¿a quién se le ocurrió el nombre del edificio?

- Esa información no está en mi banco de datos. Espero que disfrute de su estancia. Adiós - y, diciendo esto, la cabeza del robot volvió a desaparecer.

- ¡Qué amabilidad! - dijo para sí, sonriendo sarcástico, Ulick.

La habitación era grande y cómoda, con todo lo que le hacía falta: una pequeña cocina, un pequeño cuarto de baño y el salón que utilizaría de dormitorio por la noche. En el salón había una mesa que ocupaba la parte derecha, con sus respectivos sillones de aire comprimido, y una pantalla holográfica con un sillón para ver los programas tridimensionalmente, al otro lado. El fondo de la habitación era una gran ventana verde, a la que se podía controlar la entrada de luz haciéndose el cristal más opaco o transparente. La cocina no era demasiado grande: tenía un congelador de cápsulas de comida, uno de comida propiamente dicha, un horno multicalorífico y un pequeño ordenador que

manejaba el horno, los congeladores, un limpiador de ropa y un lavaplatos.

Después de meter en el congelador las cápsulas de comida que había traído para los primeros días, se decidió a darse una ducha; el cuarto de baño era muy pequeño, lo bastante como para que cupieran una ducha de chorros limpiadores y un báter. Ulick se desnudó y se metió dentro, y al momento se pusieron en funcionamiento los controladores de la temperatura y presión de aquella imitación de agua. Pensó mientras se duchaba en lo que le había acontecido desde que había salido de su casa en Nebulón-B, que no había sido mucho aún, y en lo que le podría acontecer en este nuevo mundo; al final decidió que era mejor no pensar en el futuro, y salió de la ducha para cenar.

Ulick se sentó delante de la pantalla holográfica cuando terminó de cenar, apretó el mando de funcionamiento y al momento aquella se iluminó y ante él, como si estuviera delante de la habitación, apareció el

hombre de las noticias. No dijo nada especialmente importante: habló sobre política, sobre el nuevo parque de atracciones láser de la ciudad, sobre el mal funcionamiento de una máquina de transporte, un androide de la clase sub-1 que de repente había empezado a tirar mercancía de un transbordador a la carretera originando algunos daños y heridos. Por fortuna el robot pudo ser desconectado y en aquellos momentos presentaba un ajuste normal de sus funciones.

Después de las noticias vino la película del día, una superproducción titulada "La Gran Guerra" sobre el desastre que dio lugar al Imperio. Estuvo viéndola hasta que le entró sueño y, rendido tras el largo y extraño día, cayó en la cama de aire comprimido situada bajo la mesa, a la que había que dar la vuelta, y se quedó profundamente dormido.



## *Capítulo dos: turistas en Malajian.*

Un pitido sonó en la habitación a oscuras. Lentamente abrió un ojo, luego el otro, y fue desperezándose poco a poco. Se sentó en la cama y miró el reloj de enfrente: las ocho de la mañana. Inés se levantó, se fue al baño y se miró al espejo, se lavó la cara aún dormida y se quitó el pijama. Después de atusarse el pelo, ponerse la camisa blanca, el pantalón negro, el sombrero gris y las botas de cuero, tomó el desayuno y esperó la llamada de Ulick, si es que iba a llamar pronto; si no, iría a arreglar alguna cosa o a comprar algo. Sin

embargo, la pantalla no tardó en iluminarse, y era él. Quedaron a las diez en el Gran Parque del Norte, a donde era fácil llegar preguntando; así que Inés salió de su apartamento, un poco mayor que el de Ulick, y se dirigió al parque.

Era este parque un lugar enorme con más de 20000 especies vegetales y unas 1000 animales. Lo poblaban árboles frutales, pinos, eucaliptos, hayas, robles, encinas, chopos, pinsapos y todas las clases de arbustos, hierbas y árboles imaginables. Lo cruzaba un río artificial que imitaba perfectamente el agua, e incluso bullían multitud de peces también artificiales; mucha gente pasaba por sus caminos y senderos, y paseaba o simplemente permanecía sentada sin hacer nada. Aquel era quizás uno de los pocos sitios tranquilos y pacíficos de la ciudad, un lugar donde se podía respirar aire puro y limpio, donde se podía pasear por las calles sin que ningún vehículo entorpeciera, donde se podían admirar la vida y las obras de sus habitantes y la belleza de sus plantas.

Inés llegó cinco minutos antes de las diez y entró por la puerta principal, un gran muro de cristal sostenido por dos gigantescas columnas. En el muro había una inscripción con el nombre del parque, Parque del Norte, y un dibujo en el que aparecían animales y plantas. Se sentó en un banco al lado de la entrada y se dispuso a esperar; mientras permanecía así vio pasar a uno de los guardas del recinto, un robot azul que se movía sobre cadenas. Después vio a la gente llegar, hacerse fotos, salir...

Estaba muy entretenida observando a un pájaro que iba y venía sobre su nido con comida en la boca que daba a los pequeños polluelos, que esperaban con el pico abierto el succulento manjar, cuando se puso delante de ella un joven alto, de complexión atlética, negro, sonriente, con unos anteojos para el sol y una gorra en la cabeza, un jersey rojo y unos pantalones azules. Lo que más le sorprendió fue que le dijo:

- ¿Nos vamos? - Entonces se fijó: ¡era Ulick!

- ¡Ulick! No te había reconocido.

- Cuando quieras nos vamos.

- No sé tus gustos a la hora de visitar una ciudad, o sea, que lo mismo se te hace la visita interesante que lo más aburrido del mundo.

- Estoy completamente en tus manos: enséñame lo que quieras; de todas formas, si no me gusta te lo digo y ahorramos tiempo.

- Perfecto; me gusta la gente sincera. Vamos a dar una vueltecita por el parque para que lo veas. ¿Cómo te llevas con la naturaleza?

- Me gustan todas las cosas bonitas, y la naturaleza es bonita, así que me gusta. Soy todo tuyo: llévame donde quieras.

- Originalidad no te falta, ¿sabes?

- Bueno, no creo que eso sea un cumplido, sobre todo porque la gente con la que te codeas no parece ser muy original.

- No hace falta que lo jures: en los seis años que llevo trabajando de modelo, y empecé a los diecisiete, he

conocido prácticamente a los tíos más presuntuosos, tontos e inútiles del imperio.

- Tampoco te pases, ¿no?

- ¡Je!, no me paso nada... menos mal que no toda la gente que me he encontrado por ahí es así; de hecho, tengo algunos amigos de verdad aquí en la Tierra, y son de lo más bueno que te puedes echar a la cara.

- Imagino que sí; en todos lados hay gente legal, buena, a la que se puede llamar personas sin miedo a equivocarse.

- Hace ya más de un año que no los veo, pero sé dónde viven. Son geniales y se lo pasan en grande; me parece que te gustarían.

- Un día de éstos me los tienes que presentar.

- Cuando quieras. ¡Mira qué bicho! -mientras hablaban se habían ido adentrando en el maravilloso parque, e Inés acababa de ver a un animal bastante curioso: un pájaro grande, de medio metro de altura poco más o menos, con dos ojos saltones y exagerados y dos mechones de plumas que le caían sobre las orejas.

Quedaban muy pocos en el mundo por entonces, y le llamaban "el rey", aunque su verdadero nombre era "Búho". Hacía mucho tiempo que este animal estaba en peligro de extinción y tan sólo en los últimos tiempos se había logrado restablecer un poco su población. El búho los miró, adelantando la cabeza, y después batió las enormes alas y salió volando.

- ¿Cómo es que los animales no se escapan de aquí?  
-preguntó Ulick, extrañado.

- Oh, porque el recinto tiene una especie de malla invisible de no sé qué material que ningún animal puede atravesar.

Siguieron andando hasta la hora de comer, y entonces almorzaron en un restaurante llamado "el Rinocerontito", que tenía la forma de este raro animal en vías de extinción. Hablaron poco mientras comían, pero Ulick pensó bastante, sobre todo en lo que tendría que hacer en los próximos días: básicamente buscar trabajo; Inés le interrumpió.

- Ulick - le dijo -, se te ve pensativo. Preocupado por tu futuro, ¿no?

- Oh, no mucho - mintió él -. Me han dicho que aquí en Malajian las perspectivas de trabajo son buenas para todas las profesiones.

- Pues oye, si quieres que te eche una manilla...

- No, gracias; ya estás haciendo bastante por mí enseñándome la ciudad y perdiendo tu tiempo aquí conmigo, cuando lo podrías aprovechar haciendo otras cosas.

- Como quieras. Yo era por ayudar, ¿sabes? Además, no tengo nada más interesante que hacer.

- Es difícil encontrar gente así de dispuesta en este mundo en el que cada uno va a lo suyo.

- No lo sé, pero, como te he dicho, lo hago porque no tengo otra cosa que hacer hasta que no me ponga a buscar empleo en serio. Después te las tendrás que apañar solo y, ahora que te puedo echar una mano como amiga recién hecha, mejor que mejor, ¿no?

- Gracias. Eres buena gente.

- Psé, no te creas. No te hagas una imagen demasiado grande de mí, porque cualquier día de éstos te hago una putada y se te vienen todos los esquemas abajo.

- Eh, yo no he dicho que seas la mujer más maravillosa del mundo, sólo que eres buena gente. Simplemente.

- Bueno, esta conversación se está poniendo muy interesante, pero tenemos que irnos para seguir con la visita turística si el señor da su permiso, claro.

- Como quieras; adelante.

Durante aquella tarde estuvieron visitando algunos monumentos en la parte antigua de la ciudad. Uno de ellos eran las ruinas de la catedral de la polis sobre la que se construyó Malajian, Málaga; unas ruinas que, aunque pequeñas, tenían algo de grandioso que los modernos edificios no conseguían a pesar de todos sus colores y formas extrañas y su fastuosidad. Incluso las técnicas de construcción, muy primitivas, tenían algo de mágicas, como si aquellas piedras se sostuvieran en pie

por algún hechizo extraño y maravilloso. En los últimos mil años esas técnicas habían sido sobrepasadas con mucho, pero para conseguirlo se había destruido gran parte del mundo, aunque ya hacía varios siglos de todo, en la guerra que devastó la Tierra: la tercera guerra mundial, tema obligado y generalmente repetitivo al referirse a la nueva civilización.

De estas y otras cosas estuvieron hablando mientras admiraban todas aquellas obras con los ojos de un niño embelesado en antiguos cuentos de hadas; pronto llegó el atardecer y los dos amigos se tuvieron que despedir hasta otro día.

- Hasta mañana, Inés. No eres una guía del todo mala. ¿Sabes? Te pondré por sobrenombre "Guía"; me gusta. Aunque me parece que lo harás mejor como modelo que como guía.

- Me parece que sí: no soportaría pasar trescientas sesenta y cinco veces al año por el mismo monumento y hacer como que veo algo nuevo.

- Me lo imagino. En fin, a ver si mañana me paso por las oficinas de Transportes y aceptan a un conductor nato.

- De todas formas, de mañana iremos a visitar otro lugar. ¡Nos vemos!

- ¡Hasta mañana, "Guía"!

Mientras el bus lo llevaba a su alojamiento Ulick iba pensando en el día de mañana, un poco nervioso por lo que pudiera pasar, aunque no lo bastante como para no dormir como una marmota.

## *Capítulo tres: buscando trabajo.*

Tras la noche vino una soleada mañana que invitaba a salir y pasear plácenteramente. Ulick estaba sentado en el sillón cerca de la ventana; de vez en cuando, dejando el casco que tenía colocado para ver y escuchar música, miraba a través del cristal hacia la calle, donde la gente parecía estar muy atareada: se veían pasar en uno y otro sentido hombres, mujeres, niños, robots, máquinas de transporte. La vida había comenzado con fuerza aquel día y todos hacían lo posible por llegar a tiempo a sus respectivos trabajos.

Trabajo: Ulick tenía que encontrarlo pronto; no es que hubiera gastado todo el dinero que con gran empeño y esfuerzo le habían dado sus padres, pero no le duraría eternamente. Él había venido a la Tierra para encontrar un empleo con el que pudiese entrar en otro ambiente y ejercer como piloto, cosa harto difícil en Nebulón porque en la pequeña base ya había de sobra y no necesitaban uno más, lo mismo que aparatos. Sin embargo, en la Tierra la cosa cambiaba mucho: podría llevar uno de esos transbordadores que van de una ciudad a otra, de un lugar a otro. En fin, seguro que más tarde o más temprano encontraría algo; al fin y al cabo, la mujer que le hacía de guía tampoco tenía trabajo y no se preocupaba, a simple vista, demasiado por ello.

Un pitido en la puerta lo sacó de sus pensamientos. Le dio al botón de la pantalla holográfica y ante él apareció la bella cara de su amiga.

- ¿Estás listo? - le dijo.

- Entra, entra un momento - contestó él.

La puerta se abrió, e Inés se metió dentro de la habitación.

- ¡Qué bien vives, tío! Yo creí que pararías en algún tugurio, pero veo que no.

- Y ni siquiera me ha costado caro. Por lo visto es uno de los sitios más baratos de la ciudad en comparación con lo que tiene.

- Ya lo veo, ya... cuarto de baño, salón-dormitorio, cocina,... todo cuanto un joven necesita.

- Un día de estos me tienes que enseñar el tuyo, ¿eh?

- Bah, tampoco se diferencia en gran cosa de éste, pero si te empeñas... Anda, vámonos ya.

- ¿Adónde?

- Hoy nos vamos a acercar a la parte de los negocios de la ciudad. Allí están casi todas las oficinas de empleo, y además visitaremos el museo de la cultura y el arte.

- ¿y estará eso bien?

- ¡Por supuesto! En ese lugar puedes encontrar la historia del hombre resumida en un montón de habitaciones temáticas: pintura, escultura, literatura, infografía, arte virtual, arqueología...

- Interesante cosa, sí señor. Lo malo es que para entender el arte hay que saber de arte, y yo...

- ¡Déjate llevar por tu sentido, por tu forma de concebir la belleza, por tu fantasía y tu libertad de expresión! ¡Vuela a través de las formas, de los colores, de las páginas de los libros y de todo lo demás que encontremos allí! No somos robots, Ulick, y podemos disfrutar con algo que ellos ni siquiera son capaces de captar: la belleza. La belleza de otro ser y de lo que puede llegar a hacer otro ser, otro ser humano. Eso es el arte.

- Joder, tú sí que sabes... Pues vamos a disfrutar, entonces.

La primera sala del gran edificio del museo era la dedicada a la pintura, una forma de expresión que, a

pesar de todos los adelantos de la infografía, de la realidad virtual y de otras tantas técnicas de arte que se habían ido sucediendo a través de los siglos, no había perdido actualidad. Allí había desde obras de los imperios que dominaron la Tierra en los primeros tiempos, como las pinturas rupestres, egipcias, griegas, los mosaicos romanos,... hasta las últimas grandes obras pictóricas de Dona Fecer o de Peier Mullanes. Pero las más impresionantes eran, sin duda alguna, los grandes clásicos que no habían perecido en la Gran Guerra: la Gioconda de Leonardo Da Vinci, Las Meninas de Velázquez, El Coloso de Goya, La Habitación de Van Gogh, El Grito de Munch, el Guernica de Picasso,... Ulick se sentía absolutamente fascinado cuando miraba aquellos cuadros que en un principio no parecían querer decirle nada, pero que, tras una mirada más atenta, descubrían a sus autores queriendo hablarle a través de los siglos, a través de aquellas caras, de aquellos paisajes, de aquella impresionante combinación de colores.

La habitación siguiente estaba dedicada a la escultura, y al entrar se vieron vigilados por montones de ojos de piedra, atrapados por inmensidad de cuerpos y figuras sencillas unas, complicadísimas otras, rotas muchas: trozos de bustos y cuerpos romanos y griegos, esculturas de la primitiva Iglesia Cristiana, y algunas de las obras más maravillosas que se habían esculpido jamás, como la cabeza de la Piedad de Miguel Ángel, el San Francisco de Pedro de Mena (sólo de cintura para arriba y en muy mal estado de conservación), el Quijote de Alfonso Gaulón, la Musa de los Aires de Ranclofr Bannom y muchas otras piezas de singular belleza.

Pasaron a la siguiente sala: en ésta se encontraba la más grande colección de obras literarias de todo el Imperio. Dominando la gran habitación llena de estanterías atestadas de libros de papel, algo ya pasado de moda pero que cautivaba la atención de todo visitante y que daba muestras de la mejor literatura de la historia, había una obra de grandes dimensiones que ocupaba una enorme mesa central, y que se titulaba "la

Biblia"; era por lo visto de la Edad Media más baja, allá por el año 1200, e impresionaba nada más echarle un ojo. Inmediatamente después había un libro cuyo título era bien conocido de todos, cuya lectura había entusiasmado y seguía entusiasmado a todo humano al que capturara: "El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha", de Miguel de Cervantes. Por allí cerca había otros ejemplos del ingenio humano: "el Lazarillo de Tormes", de autor anónimo; "Romeo y Julieta", de William Shakespeare; "Crimen y Castigo", de Fedor Dostoyewsky; "El Viajero", de autor anónimo, de finales del siglo XX; "Cuentos", de Edgar Allan Poe; "el árbol de la Ciencia", de Pío Baroja, y otros textos hasta el tiempo en que el papel se vio superado por la informática.

Había otras muchas salas después de ésta, pero sólo les dio tiempo a visitar las tres primeras, tan extensas eran y tantas las maravillas que contenían cada una de ellas; si hubieran querido visitar todo el edificio hubieran necesitado al menos dos o tres días, y si hubieran querido contemplar todas las obras con el

deleite propio del que disfruta de la belleza quizás se tendrían que haber quedado en aquellas salas llenas de magia y poder, poder de la mente del hombre de todas las épocas que necesita plasmar lo que hay dentro de su corazón y de su cabeza en una pintura, una escultura, un libro, un edificio, una película, un holograma, cualquier cosa que signifique para el autor todo lo que lleva dentro.

Llegó, pues, la hora de comer, y cerraron el edificio para disgusto de ambos visitantes, que decidieron suplir el ansia de ver cosas por el de comer algo en uno de los bares que había por allí cerca. Después, cuando ya habían llenado el estómago, se dispusieron a hacer la principal actividad del día: buscar trabajo. Decidieron separarse e ir cada uno por su lado, entre otras cosas porque los lugares a donde tenían que ir para tal fin no estaban ni mucho menos cerca.

Ulick se dirigió a una de las empresas más importantes de transportes de la ciudad: Transportes

Malajianos. Su edificio principal estaba situado en mitad de la ciudad; desde allí se dirigían las sucursales de las demás ciudades y de las bases espaciales, bastantes, pues era una poderosa empresa.

El edificio era redondo, flotante, y se llegaba hasta él por unos tubos transportadores que lo comunicaban con el suelo. Su color era rojo oscuro; mucha gente subía y bajaba de él. Ulick se dirigió a los tubos y, después de esperar un ratito, pudo subir a uno de ellos, que lo llevó arriba junto a un montón de robots y personas. Cuando llegó preguntó en información, una computadora que había al principio de un largo pasillo que comunicaba las dos partes de la estructura, dónde estaba la oficina de empleo, y la computadora le señaló dos pisos más arriba.

No era el único que estaba buscando trabajo: allí había doce personas más, seguramente con el mismo fin que él. Todos estaban esperando delante de una puerta redonda.

- ¿Quién es el último? - preguntó.

- Yo - le contestó un hombre alto, musculoso, con una camisa de tirantes y un tatuaje en el brazo - ¿Vienes a

por el puesto de piloto, o te conformas con el de cargador?

- Si hay que elegir entre las dos cosas prefiero lo primero, que es lo que me gusta más.

- Muy listo, sí señor, pero no todos pueden conseguir ser pilotos; depende de lo que sepas.

- Yo sé bastante; mucho, diría yo. Así que si quieres superarme vas a tener que sudar un montón... Dejémoslo en que admitirán al mejor y a los demás los pondrán de patitas en la calle.

- Eres nuevo en la ciudad, ¿no?

- Sí, ¿por qué?

- Porque se ve que no sabes que aquí aceptan a todos los que llegan al trabajo.

- Entonces mejor, ¿no?

- Sí, el caso es que los aceptan a todos, pero a cada uno le hacen unas pruebas y, según la preparación, los mandan a servicios más o menos importantes. O sea, que de aquí sólo uno será aceptado como piloto de un asqueroso transbordador. Los demás serán copilotos,

cargadores, registradores de material y hasta recogedores de basura si faltan robots.

- ¿Y cómo son esas pruebas? - preguntó Ulick, que no tenía ni idea de todo aquello.

- La verdad es que no lo sé, es la primera vez que vengo.

- Entonces la cosa está en hacerlas lo mejor posible.

- Por supuesto. Mira, ahí viene el secretario.

Efectivamente, un robot blanco (servicios personales, clase sub-2) salió por la puerta redonda e hizo pasar a los trece que esperaban.

- Bien, seguidamente - les habló un gran computador negro (jefes de zona) sujeto a una voluminosa mesa redonda, que tenía dos largos brazos metálicos, las dos únicas partes del cuerpo que podía mover - les haremos un examen. Queda prohibido preguntar o contestar nada del mismo a los compañeros, así como copiar. Denme sus nombres antes de comenzar, por favor. Las preguntas aparecerán en la pantalla situada ante

ustedes.

La habitación era amplia. A través de sus ventanas abiertas sólo se veía el cielo azul, al que cruzaba de vez en cuando alguna nube blanca perdida. El amueblamiento del sitio era muy simple: una mesa al comienzo, en la que descansaba el computador central, y todas las demás dispuestas en cuatro filas; cada mesa tenía un teclado y una pequeña pantalla en la que aparecieron las preguntas una vez que los presentes hubieron tecleado sus respectivos nombres. Ulick estaba sentado a la derecha del hombre corpulento con el que había estado hablando fuera.

Las preguntas eran fáciles: casi todas sobre normas de circulación y manejo de los transbordadores. Ulick estaba contestando cuando escuchó a su derecha, con voz muy queda:

- Pssé..., dime la cuarta.

Al momento el computador central dijo:

- Señor Marmeládov Petrovsky, queda suspenso por...
- ¿Haberme preguntado la hora? - acertó a decir rápidamente Ulick.
- ¿Puede usted corroborar eso, señor Ulick Llakm?
- Efectivamente, eso es lo que me acaba de preguntar.
- Está bien, sigan con el examen.

Al momento Ulick le dio la solución, y le dijo al computador que le había contestado la pregunta a su amigo.

La segunda parte del examen era una simulación de vuelo. Se colocaron los cascos de realidad virtual y llevaron lo mejor posible un carguero, el aparato que les ofrecieron, a su destino. Ulick y Marmeládov fueron los que terminaron el trayecto antes, los dos a la vez, de modo que, tras corregir sus respectivos exámenes, la computadora central dio su veredicto:

- Ulick, usted ha tenido un fallo en las veinte preguntas, y su simulación ha sido brillante. Marmeládov, su simulación ha sido igualmente brillante,

pero ha fallado en dos preguntas, la cinco y la diez; por tanto, Ulick será el piloto y usted el copiloto del carguero de zona propiedad de la empresa "alimentos Roydan". Para los demás, la gradación queda como sigue:...

Ulick y Marmeládov salieron fuera.

- ¡Lo he conseguido! - gritó Ulick.

- ¡Lo hemos conseguido! - gritó Marmeládov-. Oye, tío, gracias por la ayudita. Creo que, como actor, no eres nada malo.

- Gracias. ¡Piloto! ¡Soy piloto! Habrá que celebrarlo, ¿no?

- ¡Por supuesto! Yo vine para probar, ¿sabes? pero nunca creí que aprobaría... ¡Esto es de puta madre!

- ¡Sí! Supongo que habrá que entrar otra vez para ver el sueldo, los días de trabajo y cuándo empezamos.

Volvieron adentro, y se les dijo que tendrían que que

presentarse a los diez días, a las ocho de la mañana. Trabajarían seis horas al día, cinco días a la semana, y el sueldo sería de mil Universos al día para Ulick y de novecientos ochenta para Marmeládov; ambos quedaron contentos con las condiciones y, cuando volvieron a salir, éste dijo a aquel:

- Invito yo; vamos al bar de la esquina, ¿vale? Nunca había tenido un trabajo tan bueno, y casi todo es gracias a ti, porque si no hubiera contestado bien a esa pregunta le habrían dado el puesto a otro, seguro. Algún día te devolveré el favor.

- Muchas gracias, ¿amigo?

- ¡Amigo, claro!

Aquella tarde estuvieron charlando en el bar, hablando sobre sus vidas, sobre fútbol (un juego muy popular en la Tierra, que se juega dándole patadas a un balón de aire, y que consiste en que dos equipos de diez personas se enfrentan y gana el que mete más veces el balón en una "portería", o sea, una tela cuadrada a que

hay a ambos lados del campo, grande, que cambia de color cuando el balón la golpea indicando que las dos superficies han contactado) y sobre otros temas. Así fue como Ulick se enteró de que Marmeládov era un tipo pobre, de los "barrios bajos" de la ciudad, y huérfano desde pequeño. Cuando se iban a despedir, Ulick le dio su dirección y su número de teléfono.

- A ver si nos vemos antes de empezar a trabajar.
- Cuenta con ello; yo te llamo. ¡Hasta luego!
- ¡Adiós!

Mientras iba hacia su casa, Ulick fue pensando en lo que el día le había deparado: primero el viaje al interior del hombre, al hombre mismo, al museo de arte, con la compañía de Inés, la mejor guía que podría desear; y luego el trabajo y la conversación con Marmeládov, un tipo realmente bueno y sencillo. Con estas impresiones regresó a su cuarto y, después de comer algo, se acostó, muerto de cansancio.

## *Capítulo cuatro: los amigos de Inés.*

Ulick tuvo una semana muy ocupada: todas las tardes proseguía su visita turística a la ciudad, con Inés, y las mañanas las dedicó a ojear por lugares para proveerse de ropa, calzado y comida. Marmeládov y él no tuvieron tiempo de verse, así que se llamaron por teléfono y quedaron en encontrarse el día que empezaban a trabajar, lo que, por otra parte, era inevitable.

Aquel primero de semana Inés le llamó casi antes de que se hubiera despertado.

- ¿Te he sacado de la cama por casualidad? - le preguntó con cara sonriente, por el interfono.

- ¿A ti qué te parece? - contestó él despeinado y con su pijama negro.

- Bueno, te llamaba para decirte que te vistas y te prepares rápido. A las nueve pasaré por ahí.

- ¡Un momento! ¿Se puede saber a qué viene tanta prisa? - preguntó con desconcierto, con los ojos medio pegados por el sueño.

- Es una sorpresa. Y sólo te la diré si estás preparado para cuando yo llegue. Ah, y voy a salir ahora mismo, así que despábilate.

- Oye... - no le dio tiempo a seguir, pues Inés colgó el teléfono.

- ¡Me cago en la mar! ¿Qué cojones querrá a estas horas de la mañana? ¡Hoy es día festivo!

Miró su controlador de tiempo: eran las ocho punto treinta horas, o sea, que debía darse prisa; se lavó, se vistió y se peinó lo más rápidamente que pudo. Estaba

calentando un poco de leche para desayunar cuando sonó el timbre.

- ¡Mierda! ¡Ya está aquí!

Como se había figurado, era ella. Ulick la dejó entrar, la miró de arriba abajo y le dijo:

- Bueno, vale, ahora explícame qué coño es todo esto. Porque no me dirás que es normal que te despierte el sonido del teléfono un día de fiesta, a una hora demasiado vespertina, te llame una tía medio loca gritando no sé qué de ir a no sé dónde, y cuelgue antes de que te dé tiempo a decir "mu".

- Tienes toda la razón, pero vengo a proponerte una cosa.

- Propón, pero espero que sea importante.

- Verás, para no tenerte durante más tiempo "cabreadete" te diré que ayer me llamaron los amigos de los que te hablé, quieren que hoy vaya a pasar el día con ellos, y he pensado que si quisieras venir tú también...; como me dijiste que te gustaría conocer a más gente, pues...

- ¡Mujer, claro que quiero! Pero eso se avisa antes, hija, que ya creía que había pasado algo malo por ahí.

- Pues nada, cuando termines nos vamos.

- Ya casi estoy, calentaba leche para desayunar algo. ¿Has desayunado ya?

- No, te acompaño. Mis amigos no nos esperan hasta dentro de una hora, así que tenemos un cuarto de hora para tomar cualquier cosita.

- Perfecto, siéntate mientras lo preparo -Ulick se metió en la cocina, y allí se escuchó el ruido propio de sacar los cacharros y los vasos.

- Oye, no hace falta que te esfuerces demasiado para un vasito de leche.

- Eres la primera invitada que viene a mi casa; pondré lo mejor que tengo, que para eso está aquí, ¿no crees?

- Como quieras, yo era por no molestar.

- ¿Molestar? No digas tonterías, ¿cómo puede molestar alguien que pierde una semana para enseñarme la ciudad y a vivir por estos andurriales? ¡Imposible!

- Está bien, está bien, pon lo que quieras.
- Aquí está la leche, el café, algún dulcecillo...

El Tren Volante era rápido, aunque no cómodo, sobre todo en aquellas horas de la mañana; por eso lo utilizaba la mayoría de la gente para ir al trabajo o, simplemente, para ahorrar tiempo. Ulick e Inés iban, como casi todo el mundo, de pie en medio del espacioso pasillo, de cuyo techo colgaba una barra de la que agarrarse en caso de necesidad, aunque el movimiento no se notaba. A los lados del techo, a intervalos regulares y por encima de las ventanas, grandes y transparentes, había colocadas pantallas tridimensionales en las que aparecían constantemente anuncios de los últimos productos salidos al mercado. El tren iba lleno a rebosar de todo tipo de gente y, como siempre, de máquinas.

- ¡Una preguntilla! - casi gritó Ulick en medio de la confusión - ¿A dónde dijiste que íbamos?

- A los barrios bajos - contestó Inés. Pasó un tiempo lleno de ruido, de voces, de empujones, y Ulick volvió a

preguntar:

- Oye, ¿has encontrado trabajo al fin?

- Oh, ¿no te lo había dicho? Sí, encontré uno en una agencia de publicidad y modas. Participaré en algunos desfiles y, si tengo suerte y me seleccionan, hasta podré hacer algún anuncio...¡Ya estamos!

El sitio donde se bajaron era, si cabe decirlo, otro mundo. Las casas y los bloques de edificios eran bastante más antiguos que los del centro de la ciudad, igual que los automóviles aparcados en las aceras, la mayoría hechos cisco y de casi una centuria de antigüedad. Las calles, más estrechas y de materiales más precarios, como asfalto y metal claro. Por este lugar, famoso por sus burdeles y por ser el sitio con más alteraciones del orden público de la ciudad, andaban, con paso rápido y decidido, aunque Ulick miraba constantemente a un lado y a otro intranquilo, ambos compañeros.

- Oye, no te imaginaba yo caminando por aquí, por

estos lugares - dijo de repente él.

- De esta gente, aunque no lo parezca, aprende una mucho. Y así cambio de ambiente, que a veces me hace mucha falta.

- Yo he estado un tiempo en lugares como éste, y, si te digo la verdad, en líos a veces; es más, uno de mis mejores amigos en Nebulón está metido en los Mundos Oscuros desde hace seis años, y a mí estuvieron a punto de trincarme también. Lo pillaron cuando intentamos robar un banco, una idea estúpida por su parte, porque era uno de los bancos más seguros de Nebulón; en fin, yo logré escapar por los pelos, mi madre se enteró y decidió que no podía seguir así: me fui a estudiar para piloto, y en una pelea, por defender a un compañero, tuve que rajar a uno y me abrieron expediente criminal; y al final decidí cambiar de mundo y venirme a la Tierra.

- No sé, a mí me pareces un tipo muy tranquilo.

- Y lo soy, hasta que se meten con algo que me importa. Entonces no sé lo que me pasa, es como si dentro de mí hubiera una bestia y...

- Tú has visto muchas películas, tío.

- No, lo digo en serio, de verdad. Me llaman el "Mecha" precisamente por eso.

- "Mecha"... En fin, creo que harás buenas migas con éstos. Y, hablando de ellos, es en esta calle.

La calle en la que estaban era un poco más ancha que las que la rodeaban. Tenía algunos edificios de treinta o cuarenta plantas, pero la mayoría eran mucho más bajos y tan antiguos como toda aquella parte de la ciudad. Concretamente el bloque frente al que se pararon tenía tres plantas, y era, por tanto, uno de los más pequeños de aquellos alrededores; tenía un extraño color rojo oscuro. La puerta era marrón, de acero, lisa, y las ventanas llevaban cristales de cristal, antiquísimos. En el segundo piso había un balcón que ocupaba toda la fachada, con una reja negra formada por cilindros de cristales de metal verticales unidos por dos barras horizontales. El tercer piso tan sólo tenía una ventana, el doble de grande que las demás.

Ulick e Inés subieron el par de escalones que los separaba de la entrada, y ella llamó a la puerta. A los pocos segundos se escuchó el ruido de descorrer un cerrojo electrónico, y la hoja se abrió con un estridente chirrido.

En la puerta apareció entonces una mujer alta, aproximadamente de la misma estatura que Inés, rubia y de ojos marrones; su delgadez se hacía notar a través de la falda de cuero negra. En la parte superior del cuerpo llevaba una camisa de tela de metal. No rebasaría los treinta años de edad, y tenía una cara francamente fea.

- ¿Inés? ¡Inés! -gritó, con los ojos muy abiertos, echando sus brazos alrededor de su amiga.

- ¡Gordi! -le contestó Inés, abrazada a su vez a la otra.

- ¿Cómo es que estás por aquí? ¿No estabas en Nebulón?

- En Nebulón no me iba del todo bien, y me he venido aquí. ¡Y esta vez para siempre! Además, le dije a Vampi que os avisara de que vendría, pero se le habrá olvidado.

¡Es tan despistada!

- Sí, hija... oye, ¡me alegra que te vayas a quedar aquí para siempre! ¡Entra, entra! ¡Joder, qué flipe! -la flaca mujer miró a Ulick- ¿Y quién es este tipo que viene acompañándote?

- Un amigo, uno que viene también de Nebulón-B. Se llama Ulick. Ulick- dijo Inés dirigiéndose a él -, ésta es María Jesús, una de las de la pandilla que te he hablado.

- Encantado, María Jesús -dijo, alargando la mano, Ulick.

- Lo mismo digo, Ulick. Me gusta la gente de Nebulón, por lo menos la que conozco, aunque ¡sólo conozco a Inés! Bueno, entrad y sentaos, que voy a llamar a los demás; vamos, entrad de una vez y acomodaos por ahí.

María Jesús se metió en la casa y fue al piso de arriba a avisar a los demás. Ulick e Inés, pues, entraron en el descansillo. La habitación en la que se encontraron era amplia y larga. Más allá de su mitad había una gran

mesa rectangular, rodeada de sillas; a la derecha una ventana, y al fondo otra. La pared estaba llena de cuadros, que representaban, bidimensionalmente, rostros de hombres y mujeres, y paisajes, en uno de los que se veía el plano de una ciudad, la antigua Malajian. En la pared de la izquierda había dos puertas, una al principio y la otra hacia la mitad, que comunicaban con dos habitaciones; por la segunda había salido María Jesús. Ulick abrió esa puerta y ante él apareció un espacio cuadrado, más pequeño que el anterior, en medio del que había una mesa redonda. En la esquina derecha se elevaba una escalera, y en la izquierda del fondo se veía un mueble. En esa misma pared se abría otra ventana, igual aproximadamente a las del salón. Ulick iba a decir algo cuando se escucharon unos pasos en la escalera y ante ellos apareció el mismísimo Marmeládov Petrovsky, el compañero de examen de Ulick.

- ¿Marmeládov? -dijo aquél con una impresionante expresión de asombro en la cara. Marmeládov se le quedó mirando, con parecida expresión, y después exclamó:

- ¡Ulick! ¿Qué coño haces...?

- ¿Y tú?

- Yo vivo aquí, tío. No me digas que vienes...¿con Inés?

Se sucedieron entonces los gestos de incompreensión y extrañeza ante tan extraña casualidad: Inés miraba desconcertada a uno y otro, lo mismo que María Jesús y ellos mismos.

- ¡Oh, Inés! ¿Cómo estás? - dijo Marmeládov desviando la atención de su persona.

- Yo muy bien, pero... ¿de qué conoces tú a Ulick?

- Bueno -contestó el mencionado-, puede que todo tenga una explicación muy sencilla: veréis, Marmeládov y yo nos conocimos el otro día, cuando hicimos aquella especie de examen para conseguir el trabajo de piloto.

- ¡Qué pequeño es el mundo! - saltó entonces María Jesús-; ¿Éste es el tipo al que ibas a invitar a venir aquí?

- El mismo: ¡Casualidades de la vida!

Se escucharon entonces más pasos en las escaleras, y por ellas bajaron los demás miembros del grupo: el primero de ellos era un hombre alto, barbudo, algo gordo, rubio y con una cicatriz en la frente; tenía una mirada vaga y perdida, y se movía lentamente. El segundo tipo era más bajo y más gordo que el primero, pelirrojo, con la cara llena de granos; en cuanto lo vio, a Ulick le pareció un hombre torpe, aunque parecía moverse con soltura. Después bajó una figura femenina, una mujer muy bonita: tenía una cabellera rubia, fina, a la altura de los hombros; sus ojos, de color marrón, miraban fijamente el lugar donde se posaban de forma penetrante, y unas disimuladas ojeras los circundaban; era delgada, de cara redondeada, pequeña, y vestía de negro. Detrás de ella apareció otro joven, bajo, de complexión atlética y con unos bultitos alrededor de los ojos, seña de que era ciego, aunque, gracias a unos chips incrustados en el nervio del ojo, veía con normalidad. Poco después llegó otro varón, éste feísimo, con el rostro lleno de bultos y granos, cejjunto, con la boca grande y una enorme nariz; era alto y parecía muy fuerte.

Cerrando la procesión venía un tipo aproximadamente de la misma altura que el anterior, rubio, con los ojos celestes, bien parecido, atlético, elegante y, según le pareció a Ulick, bastante presuntuoso; venía con un peine en la mano.

- Ya estamos todos -dijo Marmeládov. Cuando saludaron efusivamente a Inés, llegó el turno de presentar a Ulick.

- Queridos colegas -les dijo entonces Inés-: éste es Ulick, un buen amigo al que conocí en el viaje hacia aquí, y al que le estoy enseñando la ciudad. Ulick, éstos son mis amigos, que espero que sean los tuyos también.

- Por supuesto, pero preséntamelos, ¿no? - apremió éste.

-A eso voy. Bien, este tipo gordito y barbudo es Holger, el "Tortuga"; éste otro pequeño, gordo y con granos es Tomás, el "Canijo"; la mujer que ves a mi derecha es Mari Carmen, la "Vampiresa"; éste otro con los bultos en los ojos es Francisco, el "Lince"; el feo éste es David, el "Monstruo", y, por último, el del peine se llama Pedro, el "Playboy".

- Ya veo que tenéis todos sobrenombre; en fin, el mío siempre ha sido el de "Mecha" -dijo Ulick-, y no tengo ningún problema en que me llaméis así.

- Yo soy la "Gorda" - dijo María Jesús-. Y Marmeládov es el "Pirata" para los amigos.

- Y bien, después de estas presentaciones, pasemos a sentarnos un poco, que yo estoy cansado de estar de pie - observó Tomás.

- Tú siempre tan oportuno y tan activo... - le dijo, sonriendo, Holger el "Tortuga".

Al poco tiempo estaban todos charlando animadamente alrededor de la mesa, con un cafelito que había preparado David.

- ¿Así que Inés te ha estado enseñando la ciudad? ¿Y qué te parece? - le preguntó Holger.

- Es... es muy grande, o al menos mucho más grande de lo que yo estoy acostumbrado a ver en Nebulón-B: muchos edificios, muchas plantas en cada edificio, mucho... pero me pregunto a veces dónde está la gente

que se preocupa de otra gente. Esto es más frío que donde yo vivía, más... no sé, distinto. Se vive muy bien, cómo, pero imagino que a veces debe sentirse uno solo; menos mal que sólo llevo dos semanas y no he tenido tiempo de aburrirme, y menos mal que me he encontrado con gente desde el principio, que si no...

- Oye, tengo una idea para esta noche, si os parece, naturalmente -sugirió Marmeládov entonces-: podemos dar una vuelta y ver cómo está el ambiente de principio de semana, y tomar un par de copas; además, aquí, no sé si lo sabes -se dirigió a Ulick-, el final y el principio de semana es cuando sale la gente de juerga.

- Por mí no hay problema; además, mañana empezamos a trabajar y se acaba el descanso, y hay que aprovechar -dijo Ulick.

- Te voy a enseñar el tugurio -le dijo Marmeládov, levantándose de la mesa.

- Yo todavía no he desayunado -advirtió Holger-, así que, si me perdonáis,... después nos vemos.

- Nosotras saldremos un rato, tenemos muchas cosas

de que hablar con Inés -se excusaron las chicas.

- La compra y la comida nos espera; esta semana nos toca a nosotros -recordaron los demás.

- Bien, Príncipe -le dijo Marmeládov cuando subían la escalera-, aquí, como ves, estamos un poco locos, pero no pasamos de eso, por lo menos normalmente.

- Sí, se os ve buena gente. Y me pregunto cómo Inés ha podido hacerse amigos así, cuando se supone que una modelo pertenece a "otro mundo".

- Oh, Inés es una tía formidable, sí. Pero nuestra amistad comenzó de un modo un tanto extraño: le fuimos a robar, y por lo visto le caímos bien y nos dio lo que llevaba, nos invitó a comer en un bar y nos dio direcciones para conseguir un trabajillo; en fin, cambió un poco las cosas y nos hizo plantearnos cosas que han hecho en parte que estemos ahora así. Vamos, no es que Inés sea un ángel, pero no puedo negar que se ha portado de puta madre con nosotros. No sé, suena un poco a cuento de hadas o algo así, pero así fue.

- ¡Extraño comienzo para una amistad!

- Sí; si no llega a ser por ella, aún estaríamos por ahí de robo y prostitución...

- ¿Prostitución?

- Bueno, María Jesús es una exputa, y Pedro por el estilo; pero a lo que iba: gracias a Inés y a que sabemos trabajar como mulas pudimos rehacer un poco la vida y hacernos con esta casucha.

- ¡Joder! Esta Inés es una buena tía, ¿eh?

- Sí, y está muy buena. ¿Sabes? Se encuentra poca gente así: guapa, medio rica y buena persona; ¿Qué más se puede pedir?

- No se me ocurre nada; ni creo que se me pueda ocurrir, la verdad.

- En fin, que has tenido suerte tropezándotela. ¡Este es el piso donde dormimos!

Estaban ante un pasillo ancho y largo, en el que había cuatro puertas y una escalera que subía al piso de arriba.

Las cuatro puertas estaban abiertas, y entraron en la primera habitación de la derecha.

- Ésta es la habitación de las chicas. ¡Ah!, se me olvidó decirte que Vampiresa es la novia del Lince. También fue un encuentro un poco extraño: en los Mundos Oscuros, una vez que los pillaron asaltando una joyería.

- ¡Sois un peligro público todos vosotros!

- No, no es para tanto, pero casi todos hemos estado alguna vez en aquel sitio y allí ni se come bien, ni se duerme bien, y cada dos por tres te hacen un examen encefálico para ver cómo andas. Un asco, vamos; aunque he oído decir que dentro de poco los van a quitar, de aquí a un año. Han descubierto algo nuevo con lo que no será necesario ir allí. Y lo más gracioso es que eso no me gusta nada, tío.

- Psé, cualquiera sabe lo que se les habrá ocurrido a las máquinas; de todas formas, sea lo que sea, no creo que sea malo para nosotros.

- Yo tampoco, pero no me gustan esas soluciones

drásticas.

- Oye, hablando de otra cosa, Vampiresa es una ladrona muy ordenada, ¿eh?

- Sí, mucho; lo dices por el cuarto, ¿no?

- Sí, ya quisiera yo haberme dejado esta mañana así el mío -El cuarto era casi cuadrado y tenía dos camas, las dos muy bien hechas, con algunos muñequetes en lo alto; a la izquierda, junto a la pared, había un gran mueble negro, de dos lunas. El cuarto estaba lleno de pósters tridimensionales de paisajes y, por la única ventana que había, entraba abundante luz; no se parecía en nada a los otros tres, más revueltos y menos adornados.

Mientras iban viendo las habitaciones del piso, Marmeládov fue contando a Ulick algunas cosas interesantes:

- Yo mismo me las he visto más de una vez con esos robots que patrullan las calles de madrugada - decía -. Y te aseguro que son unos cabrones porque, claro, ellos no

entienden de sentimientos, sólo de poner multas. Para ellos el que es culpable es culpable, y el que es inocente, inocente; y menos mal que no meten las narices más allá de lo que les importa.

- Sí, pero imagino que por aquí no habrá mucha corrupción...

- No, qué va. Además, cuando alguien hace algo muy malo, se larga a los Mundos Oscuros y ya no quiere volver a ir allí más y se porta lo mejor que puede.

- Ya entiendo. Y lo que he observado es que las máquinas lo controlan casi todo.

- Y es una suerte, Mecha. El hombre apenas si tiene que trabajar, y sólo en los mejores puestos; y se está hablando incluso de que el que quiera trabajar lo haga por placer, aunque para eso tendrá que pasar algún tiempo y deberán cambiar ciertas cosas, entre ellas el dominio de las multinacionales y la completa competencia. Pero, en fin, todo llegará, no nos preocupemos.

- Amigo, la vida en la Tierra es muy distinta de la de

Nebulón; allí todo está más liado, pero hay más inconformismo, que no es mucho; y por eso me gustaba vivir allí.

- Oye, aquí no todo es conformismo; queda mucha gente con ganas de que esto cambie para mejor y, si llegara el día en que la raza humana se viera amenazada por algo, no dudes que saltaría como un tigre de bengala a defenderse.

- Eso me tranquiliza. Oye, ¿A dónde se va por esa escalera? - preguntó Ulick.

- Al desván; te voy a enseñar cosas que te sorprenderán, ya verás.

El desván era más o menos como el salón de la casa, y dentro había un fuerte olor a cerrado y a moho. Cuando Ulick abrió la gran persiana, que dominaba la pared frontal, apareció ante él una gran confusión de objetos que llenaba la habitación casi por completo: multitud de cajas, cuadros, libros de papel, arcones de acero, y hasta una bicicleta, un medio de transporte antiguo que se

puso de moda allá por el siglo veintiuno, cuando la polución hizo necesario su uso.

- ¿Qué te parece? - preguntó Marmeládov.

- ¡Es genial! ¡Tenéis aquí de todo, hasta libros de papel por los que os darían un pastón! ¿Y qué tenéis en estos arcones?

- ¡Oh! Cosas viejas, nada más.

- Déjame echarle una ojeada.

- Míralo, pero con cuidado.

Ulick abrió el baúl más grande, que dejó escapar un chirrido. Dentro, encima de toda la ropa, había una tela larga con dos bandas rojas y una amarilla.

- Oye, ¿qué es esto?

- Es la bandera del país al que pertenecía Malajian antes de convertirse en la principal ciudad de la Tierra. Se llamaba España.

- ¿Cómo? ¿España?

- No, hombre, con ñ. Fue un país importante, pero tuvo demasiados fallos, como casi todos los grandes

países. Su historia está en uno de aquellos libros -respondió Marmeládov señalando al montón que había en la estantería de enfrente.

- ¡Coño! ¿Y eso qué es? -exclamó Ulick al apartar la tela hacia un lado.

- Son armas, ¿no lo ves?

- Ya lo veo, pero ¿qué hacen aquí?

- Psé, lo mismo que lo demás: todo recuerdos del pasado. De vez en cuando me gusta pensar en cómo sería la gente que tenía estas cosas. En fin, tenemos que irnos para abajo; los demás ya deben haber desayunado.

- ¿Y qué plan tenemos hoy?

- Seguramente comeremos, pasaremos la tarde en casa y de noche nos largaremos al centro.

- Perfecto.

Estuvieron toda la mañana en la calle, en un bar o en una esquina, hablando, bromeando y enseñándole a Ulick aquellas Manzanas, en las que había mucho

movimiento de gente. Cuando llegaron era ya casi la hora de comer y, mientras el encargado de hacer el almuerzo, Tomás, se metía en la cocina, los demás jugaron una partidita de cartas.

La comida era muy sabrosa: Tomás era buen cocinero, y sabía darle el punto casi exacto a cada plato. Después se fueron a ver la tele; Inés se sentó cerca de Ulick y le preguntó:

- ¿Qué te parecen mis amistades?

- Cojonudas, de verdad. Me está encantando estar con ellos.

- Y esta noche veremos el ambiente nocturno de Malajian, que no es moco de pavo. Se lo pasa uno bien, sobre todo si va bien acompañado; vendrás, ¿no?

- Claro, aunque no me puedo acostar muy tarde; mañana tengo que empezar a trabajar.

- Y yo, pero mañana dormiremos un poco más, ¿no?

- En fin, ¡vivamos la noche! - los dos rieron de buena gana.

- Mecha -dijo David-, ¿por qué no nos cuentas algo

sobre Nebulón? Porque en la tele no sale casi nada de las bases, excepto cuando hay algún alboroto.

- ¡Buena idea! - dijeron todos.

- Vale; ¿qué queréis que os cuente?

- No sé - le respondió Holger lentamente -: por ejemplo, qué hacías allí además del gamberro.

Ulick estuvo entonces recordando sus aventuras y desventuras en Nebulón, desde que salió de la Enseñanza Básica, con dieciséis años, hasta que salió de Nebulón, con veintiuno. A los pocos meses de salir de la E.B. se fue a estudiar para el Aire, su sueño, a la ciudad. Allí conoció a una pandilla de colegas un poco gamberretes, y pronto aprendió a robar por puro placer, aunque al poco tiempo, cuando su padre murió, tuvo que hacerlo para proveerse de lo necesario. Se unió definitivamente a la "banda", y entonces empezaron los problemas, pues alguna vez estuvieron a punto de cogerlo con las manos en la masa; finalmente, cuando pescaron a dos de sus amigos en el asalto al banco, su

madre habló muy en serio con él, y decidió que tenía que plantearse las cosas mejor. Pero no dejó de visitar a sus antiguos amigos, y, después de un año sin saber lo que hacer, decidió cambiar de ambiente e irse a la Tierra.

Llegó la hora de la merienda mientras Ulick contaba todo esto y, después de tomar un refrigerio, los diez nuevos amigos se prepararon para ir al centro de la ciudad, que estaría empezando a llenarse de gente con ganas de pasarlo bien.

El lugar al que entraron era muy grande, algo oscuro, aunque, al pasar, se vieron inundados por inmensidad de luces y formas láser que recorrían el salón de baile creando un ambiente de locura generalizado. Cuando se hubieron acostumbrado a aquella luz tan especial y a aquel sonido atronador que se metía por los oídos y recorría el cuerpo casi obligando a la gente a bailar, decidieron tomar unas copas en la barra, un mostrador detrás del que había un hormigueo de robots que iban y venían trayendo y llevando cosas y delante del que

había también un hormiguo de gente, que pedía sin parar las cosas que aquellos habían de traer.

- ¿Qué queréis? Será mejor que pida yo y terminaremos antes - dijo Marmeládov.

- Yo quiero una buena cerveza - dijo Holger el Tortuga.

- Para mí un tequila - gritó Tomás, el Canijo.

- A mí ponme un güisqui - dijo David, el Monstruo.

- Yo - habló Mari Carmen, la Vampiresa - tomaré un Vodka.

Cuando todos hubieron pedido se sentaron más allá, en una mesa circular que había libre en una de las esquinas del edificio.

- Y bien -casi chilló Ulick-, habrá que bailar algo y desentumecerse, ¿no?

- Cuando terminemos con la bebida.

La pista estaba llena de gente que saltaba y brincaba sin parar, al ritmo de la música que sonaba haciendo

temblar las paredes del edificio. Y allí en medio saltaron también los diez amigos, que empezaron a comprobar cómo el ritmo les hacía moverse, dar vueltas, botar, dar volteretas, saltos hacia delante y hacia atrás, sacudir los miembros. Ulick, igual que todos, se dejaba llevar por la música, y muy pronto se dio cuenta de que miraba sin cesar a Inés, que bailaba por allí cerca. Nunca la había visto mover el cuerpo así, y pronto dejó de bailar y se quedó contemplándola, sin poder evitarlo, sin hacer caso a nada más. Marmeládov lo despertó por fin del pequeño "trance" y, al darse cuenta, se puso colorado bajo la piel negra, algo que no se notó mucho, y siguió bailando, pensando que aquel ambiente favorecía el que ocurrieran esas cosas, y que era normal que se hubiera quedado alelado precisamente con Inés porque, al fin y al cabo, era la mujer con la que había pasado más tiempo últimamente, y ¿por qué no le podía gustar, después de todo? La amistad era algo cada vez más extraño.

Paró la música que estaba sonando, y por los altavoces se escuchó una canción lenta.

- ¡Oh! Habrá que buscar pareja, ¿no creéis? - dijo el Monstruo.

- Inténtalo, aunque te lo veo difícil - le dijo el Canijo.

- Bah, lo importante de una persona es su interior.

- Si tú lo dices...

- Amadísima María Jesús, ¿me concede este baile? - preguntó Marmeládov.

- Oh, sí, mi apuesto Marmeládov -le contestó, sonriendo, aquella.

Pronto todos marcharon en busca de alguien con quien bailar. Ulick se quedó al lado de Inés, y ésta le preguntó:

- ¿Querría un chico como tú bailar con una mujer como ésta?

- Vale, pero sólo uno, que luego pasa lo que pasa - le contestó riendo él.

Así se dirigieron otra vez hacia la zona de baile; Ulick

cogió levemente a Inés por las caderas, tímido ante los ojos oscuros de ella. Ella rodeó con sus brazos su cuello, se apretó contra él y dejó que él echara su cabeza, más tímidamente aún, sobre su hombro. Ulick podía casi sentir el cuerpo de ella contra el suyo, y poco a poco se fue tranquilizando y encontrándose mejor, disfrutando de la canción.

No llevarían así ni dos minutos cuando sintió que una poderosa mano le cogía por el cuello de la chaqueta y lo levantaba por el aire, yendo a aterrizar tres o cuatro metros más allá, contra una silla.

- ¿Qué es lo que...? -Levantándose, aturdido, vio delante de sí a un hombre musculoso, de piel blanca, con el pelo cortado a rape y una camisa verde de tirantes, que apretaba a Inés contra sí mientras ésta gritaba:

- ¡Hijo de puta! ¿Qué te crees que estás haciendo? ¡Suéltame!

- ¡Oh, la fierecilla no se deja domar! - contestó el tipo, riendo.

Ulick sintió entonces que la furia le invadía como una marea. ¿Qué demonios se creía aquel tipo que estaba haciendo? ¡Y con Inés! Se levantó con rapidez y se fue derecho hacia aquel bastardo.

- Oye, gilipollas, ¿Quién cojones te crees que eres? ¡Déjala en paz!

- ¡Quítate de enmedio, espantajo negro! Me ha concedido este baile, ¿verdad, preciosa?

Inés intentaba quitarse de lo alto al forzado. Ulick dio un salto y le asestó una patada en la espalda con todas sus fuerzas; el tipo cayó hacia delante, e Inés también, más allá, aunque se levantó rápido y le dijo a Ulick:

- Vámonos de aquí. No quiero que nos metan en líos.

- ¡Será hijo de puta! Si es que...

- Vamos. ¿Te has hecho daño?

- No, pero... ¡Será hijo de puta!

Apenas se habían dado la vuelta cuando el hombre

que estaba tendido se levantó. Los demás del grupo estaban repartidos por la pista, sin enterarse de lo que pasaba.

- Vas a aprender a no meterte conmigo, mosca muerta.

Ulick iba a volverse, pero no le dio tiempo: el forzudo le dio un empujón y él cayó de cabeza contra el suelo. Inés se dirigió a una esquina; Ulick se levantó lo más rápido que pudo y se dispuso a enfrentarse otra vez con aquella bestia. Estaba sangrando por la nariz y notaba el caliente fluido en la cara pero, con los puños por delante, se fue hacia el otro, dispuesto a hacerle morder el polvo. El otro le miró con sus ojos de fanfarrón, hizo una mueca sarcástica y hundió su puño en el abdomen de Ulick. Éste cayó de espaldas y el gorila se le echó encima, agarrándolo por el cuello. No podía respirar; de pronto apareció Inés con una silla sostenida sobre la cabeza, que dejó caer sobre la del que estaba ahogando a Ulick.

El oponente dio un grito y cayó hacia un lado con las manos en la cabeza, que ahora sangraba. Ulick aprovechó y respiró, pues estaba amoratado, pero, pensando que tenía que atacar antes que el otro, se levantó y se fue hacia él. Mas ya estaba en pie el agresor, que le dio un par de puñetazos; sin embargo, estaba mareado por el silletazo, y Ulick, fijándose en que tenía las piernas abiertas, le lanzó una patada en la entropierna, que fue seguida de otra, y otra, hasta que las manos del de la cabeza abierta se fueron al pantalón manchado de sangre y, ahora sin gritar, cayó de bruces. Ulick también cayó, mareado por los puñetazos; Inés le ayudó a levantarse.

La policía entró en el edificio, al parecer acudiendo a la llamada de alguien, y se abrió paso hasta el forzado, tendido allí, desmayado. Venía con ellos uno de los robots de la barra del pub que, seguramente, era el que los había llamado. Un robot grande, azul, se acercó al cuerpo tendido.

- No está muerto, pero ha recibido un shock grande.

¿Quién ha sido? Nadie saldrá de aquí hasta que no sepa quién lo ha hecho.

Todo el mundo empezó a murmurar por lo bajo. Al fin, Ulick habló con esfuerzo:

- He sido yo. Él quería...

- Eso no me lo explique a mí, sino al juez. Queda detenido por agresión e intento de homicidio.

- Pero yo no he intentado...

- No se resista y no tendrá problemas; sólo acompáñeme- rápidamente, antes siquiera que Ulick tuviera tiempo de decir nada, el policía lo esposó y lo sacó fuera. Tan sólo pudo echarle una última mirada a Inés, que estaba como petrificada, intentando explicarse qué era lo que acababa de pasar.

Lo montaron en un automóvil también azul, en la parte de atrás. No le dijeron adónde lo llevaban, ni por cuánto tiempo; él sabía que lo llevaban a comisaría, aunque no se explicaba por qué no le habían dejado

decir nada, como si supieran desde un principio lo que iban a hacer con él. Y, ¿por qué se le acusaba de intento de asesinato? Entre Inés y él le habían dado una buena paliza a ese hijo de puta, pero no como para asesinarlo, ni para producirle un shock tan fuerte como decían, ni mucho menos. En fin, que no tenía ni idea de lo que pasaba, aunque sí sabía que era algo muy raro.

Lentamente fueron llegando a un lugar asombroso tanto por lo vasto como por lo bello, un edificio enorme, multicolor, cuya entrada se encontraba repleta de fuentes y jardines rodeados por columnas que se perdían entre los árboles: El Palacio Imperial. Pero, ¿para qué lo traían aquí? Habían dicho algo de un juez; no comprendía nada, así que decidió esperar. La sangre se le había cortado en la nariz, pero el vientre y la cara le dolían con fuerza.

Al llegar al comienzo de los jardines el automóvil viró de repente y se metió en un camino subterráneo; se paró mientras se abría un gran portón, y entraron por él.

Detrás de ellos la puerta se cerró silenciosamente. El sitio en el que entraron era un garaje, lleno de coches de policía. Aquel en el que venía Ulick aparcó en uno de los pocos sitios libres.



## *Capítulo cinco: Los lavados*

La celda era grande, de paredes desnudas y oscuras y puerta transparente; desde la puerta se veía el largo pasillo por el que habían traído a Ulick, que estaba sólo acompañado por otro hombre, gordo y bajo, con una larga cicatriz en el pecho desnudo, que paseaba nervioso de un lado a otro de la habitación.

Ulick se sentía abatido; no dejaba de pensar en lo que acababa de pasarle y no podía encontrar un porqué a lo que había hecho a pesar de que había tenido sus razones. En el tiempo que llevaba en la ciudad nunca

había escuchado que se llevasen a nadie al palacio imperial, porque era seguro que estaba allí. Se sentía a la vez con rabia y con odio hacia las máquinas, pues la razón de que estuviera allí no podía ser que se hubiera peleado, con más o menos violencia, con el tatuado, sino otra mucho más oscura y oculta que se le escapaba y le preocupaba mucho más que si lo hubieran encerrado por la pelea.

El otro hombre, el que estaba paseando nerviosamente por la habitación, se paró y lo miró curiosamente. Después de estar observándolo durante un par de minutos, se decidió a hablar:

- ¿Qué haces aquí? Quiero decir, ¿qué has hecho para que te traigan aquí?

- Bueno, me he liado a patadas con un cabrón, pero él empezó primero.

- ¿Y te han traído aquí? Seguramente han empezado ya. ¿O acaso eres reincidente?

- Una vez rajé a un tipo, pero... Bueno, es lo que digo

siempre cuando me preguntan si soy violento o no. La verdad es que le hice nada más que un arañazo del que se llevó un recuerdo, y fue en defensa propia.

- Cosas de chicas, ¿eh?

- No lo sé. Puede ser. Sí, puede ser.

- Entonces bien hecho; ella hubiera hecho lo mismo por ti. No te mereces estar aquí, pero han empezado ya, ¿sabes? Aunque creo que tú no tienes ni idea de lo que hablo...

- ¿Han empezado ya? No te comprendo, ¿qué han empezado ya?

- Los lavados de cerebro.

- ¿Es un chiste?

- ¿Te parece un chiste que esté yo aquí, y tú también, claro, y que estos sean los últimos momentos de mi actual vida?

- Oye, si no me explicas mejor de lo que estás hablando... creo que no te entenderé.

- Bien, te contaré de lo que hablo; a fin de cuentas es

lo mismo, porque nos queda poco tiempo de vida: yo soy un experto en robótica y he descubierto que las máquinas quieren acabar con el ser humano; y te voy a decir cómo, aunque poco importa ya lo que hable yo contigo, como te he dicho. Hace un mes que los altos cargos me mandaron destruir inmediatamente un fichero celular defectuoso; sin embargo, antes de destruirlo decidí averiguar por qué tenían tanta prisa en hacerlo, y la razón me hizo temblar de pies a cabeza: el fichero celular contenía información acerca de un programa de aniquilación de la raza humana. El programa tiene varias fases: la primera de ellas es la de los lavados de cerebro, que consiste en ir cogiendo a los hombres uno a uno e ir borrando toda pizca de pensamientos contrarios al Sistema de las Máquinas. En segundo lugar está el suicidio colectivo de toda la raza humana: cuando se hayan eliminado los pensamientos anteriores, se insertará uno mortal: la idea del suicidio. Esta idea se introducirá en el inconsciente, de forma que nadie sabrá que lo tiene. En un determinado momento, a una señal, se activará ese pensamiento y todos los humanos nos mataremos, sin que ninguno pueda

resistirse. Así se acabará con nuestra vieja raza humana y se instaurará el reinado de las máquinas sin los hombres. Pero eso no es todo: hay una fase de emergencia para el caso en que falle el plan principal, aunque eso es precisamente lo que le falta al fichero celular.

- ¿Y por qué le dieron a usted ese fichero?

- En teoría yo no tenía por qué haber mirado nada: mis órdenes eran destruirlo. Pero yo era, y lo sigo siendo, una pieza más del sistema: tenían pensado desde el principio librarse de mí, así que me mandaron hacer eso sabiendo que no me resistiría a husmear en el fichero, y después me encerraron aquí; de esto hace tres días. Y yo soy el primero con el que van a probar esa máquina de lavar cerebros, y tú el segundo: no te han traído aquí porque le hayas pegado a ese tipo, sino porque necesitan conejillos de indias para empezar a trabajar con su máquina, y te han traído a ti como podrían haber traído a cualquier otro. El proyecto no empieza hasta dentro de dos meses, pero antes tienen que probar el robot aunque sepan que su eficiencia es

del cien por cien, o tan cercana que se puede despreciar el fallo. Ahora ya sabes por qué estoy aquí y qué va a ser de todos nosotros.

- Pero ¡debemos hacer algo!

- Hijo mío, mírate; mírame - le dijo el hombre con tristeza e impotencia -. ¿Qué podemos hacer? Sólo prepararnos para dejar de ser quienquiera que fuésemos hasta ahora. Nada más. Pero si tú crees que puedes hacer algo, toma - al decir esto, le dio una bolita del tamaño del ojo de una aguja -, y haz lo que puedas: tienes media hora más que yo para pensar cómo vas a morir. Esto es una copia del fichero celular; si por algún milagro sales de aquí con vida, salva la Tierra. Pero no creo que lo puedas hacer de todos modos.

- ¡Joder! ¡Es... increíble!

- Sí, es mejor que no me creas; así será más fácil. El que es ignorante de algo es más feliz. Quizás por eso soy ahora tan desgraciado, quizás por eso si pudiera suicidarme ahora mismo no dudaría en hacerlo. Ya se escuchan los pasos de la policía: me temo que éstas van a ser las últimas palabras que tengamos los dos con otro

ser humano, al menos mientras seamos nosotros mismos. ¡Hasta nunca!

Dos lágrimas cayeron de los ojos de aquel hombre mientras era conducido hacia nadie sabía dónde. Ulick se desplomó en el banco, se cubrió la cara con las manos y empezó también a llorar; nunca en toda su vida había imaginado que terminaría así; jamás se le había pasado por la imaginación que las máquinas pudieran terminar con su creador. Y quizás ahí estaba el gran fallo: hacía mucho tiempo que nadie se planteaba cosas importantes, problemas grandes; y ahora era demasiado tarde para pensar en cómo solucionarlos. Las dos únicas personas que lo sabían en el mundo eran aquel pobre tipo, que pronto no sería más que un monigote, y él, que pronto correría su misma suerte. Era el fin, y mientras sus amigos disfrutaban de la noche, sin saber el peligro que corrían. Pero, ¿y si el hombre era uno de aquellos locos que anunciaba el fin del mundo sin saber lo que decía? No, parecía demasiado cuerdo como para que todo aquello resultara ser falso.

A Ulick le brillaban los ojos de rabia. Quizás fuera el fin, pero pero él lucharía: lucharía con la máquina que quisiera cazar su cerebro y, si querían quitárselo, tendrían que matarlo. Y si, como le había dicho el hombre, conseguía salir con vida y sin daño, por algún extraño milagro, de allí, se hizo a sí mismo la solemne promesa de que se rebelaría contra el sistema con todas sus fuerzas, que intentaría salvar a la raza humana, aunque eso quizás parecía absurdo, sobre todo pensado por alguien que está a punto de desaparecer sin morir en paz siquiera. Se dio cuenta de repente de que se sentía muy cansado; no había dormido en bastante tiempo, y habían pasado demasiadas cosas. Lentamente, sin quererlo, se fue quedando amodorrado, sumido en pesadillas.

Lo despertó un ruido fuerte. Abrió lentamente los ojos, miró en derredor suyo y vio a un guardia, un robot azul muy grande, acercarse a él después de haber abierto la puerta de la celda.

- ¿Admite ser usted Ulick Llakm, nacido en Nebulón-B? - le preguntó el policía con voz ronca.

- Soy yo, sí.

- Tengo que esposarlo y llevarlo ante el Cerebro Central.

Sin saber por qué, Ulick estaba muy tranquilo. Dejó que le pusieran las esposas y que lo alzarán en vilo; así recorrió un montón de pasillos. En uno de ellos vio venir de frente al hombre bajo, el que le había estado hablando en la habitación, acompañado de otro robot; parecía muy cansado, y levantó los ojos, rojos, hacia él. Éste lo reconoció, y le iba a decir algo, pero pronto se dio cuenta de que aquel hombre que lo miraba lenta y pesadamente no era el de hacía unas horas: estaba acabado, había dejado de luchar.

Ulick sabía que él no podía, al menos mientras estuviera vivo: mientras había estado recostado había tenido un sueño en el que se decía a sí mismo que los

hombres eran quizás menos listos que las máquinas, pero sabían hacer una cosa que ellas no podían ni considerar: mentir, luchar por lo que creían, hacer lo contrario de lo que estaban pensando, engañar la lógica de un robot. Y Ulick estaba decidido a luchar hasta su última neurona por su vida y, era más, sabía que tendría que hacerlo. Miró debajo de su uña: el fichero celular estaba bien escondido allí.

Entraron por una puerta grande, que se abrió hacia los cuatro ángulos. La habitación que había detrás era espaciosa, y lo sentaron en un asiento que se encontraba justo en medio; en un estrado alto, el único amueblamiento del lugar, se sentó un hombre de unos cuarenta años, de pelo blanco, ojos brillantes y gran altura. Ulick lo miró con atención y se dio cuenta de que era el mismísimo Emperador del Imperio Humano. Una sonrisa afloró en su boca.

- No te extrañes, Ulick Llakm - le habló -, yo soy mucho más perfecto que todos vosotros juntos. Tú eres simplemente uno más de los que van a ser llevados por

el buen camino, de los que van a ser conducidos por la buena senda, y la perfección llegará a ti cuando arranquemos de tu pensamiento las malas ideas -Ulick no decía nada; sólo sonreía-. Estoy admirado de tu entereza, Ulick. El otro hombre, el primer hombre con el que hemos experimentado la máquina, al llegar este momento me ha pedido clemencia llorando, de rodillas. Y tú sin embargo sonríes, como si te estuviera contando un cuento. Pero no es un cuento, mi querido súbdito: necesitamos gente para probar mi gran invento, y con ese renegado que acaba de salir y contigo sabremos sus fallos y el modo de que sea perfecto. Dentro de dos meses empezaremos a formar el nuevo imperio, y todo tiene que estar preparado para entonces. Y tú has fallado al imperio más de una vez: hace tiempo intentaste asesinar a un hombre, y ahora lo has vuelto a intentar, y eso se merece un lavado total del cerebro. Pídeme una última cosa, si es que te la puedo dar.

La contestación de Ulick fue fulminante:

- Te vas a acordar de mi nombre por toda la

eternidad, maldito hijo de puta.

- No, ahí te equivocas. Tú te vas a acordar del mío para siempre cuando te lo grabe en las neuronas. Me vas a tratar como a un dios, me vas a servir, y todo eso dentro de muy poco tiempo. ¡Proceded!

Ulick seguía sonriendo. En verdad, nada de lo que el Emperador pudiera decirle le importaba ahora, porque su única preocupación era concentrarse, eliminar de su mente todo pensamiento que no le sirviera para luchar contra la máquina. Sólo una idea flotaba en su interior: escapar de ella, escapar de la caza que iba a comenzar dentro de poco y cuya presa sería precisamente él.

Casi sin que se diera cuenta, lo levantaron y lo sentaron en un sillón grande. Lo sujetaron para que no pudiera moverse, y hacia él bajó un casco que le cubrió la cabeza. Ulick esperaba. Y de repente se vio en el mundo de la máquina que lo iba a cazar: todo era negro, y tan sólo unas líneas verdes recorrían el suelo del

enorme espacio donde se encontraba; la caza había comenzado. Ulick miró hacia atrás y vio al cazador: venía hacia él corriendo, cien metros por detrás.

Empezó a pensar rápidamente: estaba en el cerebro de la máquina, y el suyo debía estar por allí en alguna parte. Se fijó en un punto de luz que había a lo lejos e imaginó lo que era: el lugar de conexión entre el cerebro de la máquina y el suyo, la única vía de escape, de regresar a su cuerpo.

- "Tengo que utilizar el poder de mi mente" - pensó Ulick. Una escena de "La gran Guerra", la película que había visto hacía poco tiempo, le vino a la cabeza: abrió su mano, y de ella salió un extraño cono, una "cabeza nuclear", que dirigió directamente hacia el cazador mientras él salía a correr hacia la luz blanca. A sus espaldas se oyó una enorme explosión que, durante un momento, llenó de luz el lugar; el cazador gritó. Ulick volvió a mirar hacia atrás, y vio que el que lo perseguía había desaparecido, aunque no durante mucho tiempo: volvió a formarse de la nada, y sus ojos brillaban de

rabia.

El cazador estaba a tan sólo veinte metros: Ulick abrió otra vez la mano y tras de sí apareció una pared inmensa que cerró el paso al perseguidor; pero éste arremetió contra ella. Detrás de Ulick se escuchó un golpe muy fuerte; luego otro, y otro más. La pared empezó a ceder, y al cuarto golpe se derrumbó con estrépito. El cazador se puso otra vez en movimiento.

Ulick veía cada vez más cerca la luz; ahora el cazador estaba a doscientos metros, acercándose inexorablemente. Ulick se concentró más aún, y de su espalda salió un extraño personaje: un ser indescriptiblemente horrible, salido de un cuadro del Museo, el "Grito" de Munch. Aquel ser se acercó al cazador, se introdujo en su oído metálico y empezó a chillar allí dentro, con todas sus fuerzas. La máquina se revolvió en el suelo, se retorció, hasta que se introdujo un brazo metálico en el oído y se lo destrozó. Con más furia que nunca se dirigió de nuevo hacia Ulick, segura

de que esta vez no tenía escapatoria y de que era imposible que la mente de un humano pudiera hacer estas cosas y aún le quedaran fuerzas. Ninguna mente, por muy perfecta que fuera, sería capaz de resistirse más. No tenía ninguna posibilidad.

La luz estaba a no más de setecientos metros. Los pasos se hacían cada vez más largos, pero iba a llegar, estaba seguro. Entonces la oyó: una respiración fuerte justo detrás de él, como de un lobo enorme, a quince pasos. El cazador no se había rendido. Ulick pensó rápidamente en lo que podía hacer, y se le ocurrió algo que quizás funcionase: abrió ambas manos, hizo un esfuerzo sobrehumano de concentración y de las manos salió él mismo. Se empezó a dividir en su propia persona una vez, otra vez, otra... hasta que veintenas de Ulicks corrían de un lado hacia otro, unos hacia la luz, otros en contra, otros en círculo... El cazador se desconcertó. Permaneció un momento quieto, y luego salió a correr desesperadamente tras cada una de las imágenes: pateaba, destripaba, rompía cabezas, y no podía saber si

eran reales o no: todos echaban sangre, todos gritaban, todos morían y desaparecían. Pero Ulick, el verdadero, no dejaba de correr, y ya estaba a sólo diez pasos de la salvación. Detrás de él se oía el gruñido de la bestia y sus propios gritos de dolor, pero a la vez también sus risas al ver al cazador dando vueltas como loco. Dando un salto se precipitó de cabeza en la luz.

La caza había terminado. La presa había escapado, pero sólo él lo sabía; mientras Ulick se desvanecía el cazador, creyendo que había terminado con la resistencia de su cerebro, empezó a insertar los pensamientos del Imperio y del Emperador en ninguna parte, pues la mente del joven estaba ya en su cuerpo.

- Nunca imaginé que un hombre pudiera ser una presa tan terrible - dijo el Cazador al Emperador.

- Eso da igual ahora. Ya no es él, es quien nosotros hemos querido que sea; y dentro de poco todos los

hombres me pertenecerán y los eliminaré. Tu funcionamiento ha sido perfecto.

- Sí, Emperador, pero era muy fuerte. Me logró parar en la persecución tres veces, y luego se dividió en multitud de hombres exactamente iguales a él: su poder mental era asombroso. Pero al final le vencí, conseguí destruir la mente del verdadero sujeto antes de que consiguiera volver a su cuerpo.

- Está bien, está muy bien. Creo que ha sido una preparación perfecta para tu trabajo de dentro de dos meses, porque seguro que no existen muchos tipos con el cerebro tan desarrollado como el que tenía éste. Ahora descansa: yo mandaré que lo despierten y lo conduzcan de nuevo a la ciudad.

- Descansaré, Emperador: estoy mortalmente cansado.

Ulick sintió una ligera descarga que le recorrió el cuerpo. Se encontraba cansado, con un terrible dolor de

cabeza; abrió los ojos y ante él apareció una de las máquinas azules que le había estado acompañando a todos lados. El robot le habló con voz profunda y metálica:

- Buenos días. Está usted en la base central de policía de Malajian. Debo decirle que ayer recibió una paliza y lo encontramos en la calle sin sentido. Le hemos curado todas las heridas, y ahora lo llevaré de vuelta a la ciudad.

Ulick lo miraba atontado, sin decir nada, sólo sonriendo. El robot lo cogió, lo sentó en un sillón movable y lo llevó por multitud de pasillos hacia el garaje. Una vez allí lo subió a un coche de policía y salieron por el mismo lugar por el que habían entrado casi un día antes. Ulick no dejaba de sonreír, con los ojos cansados y sin brillo, sin mover un músculo.

Estaba atardeciendo, y el Sol ya no se veía; tan sólo el débil resplandor anterior a la noche iluminaba el cielo. Las luces de la ciudad funcionaban ya, formando un

hermoso círculo de colores en contraste con el brumoso horizonte; el coche la atravesó a toda velocidad y, al llegar a un callejón pequeño, lleno de coches y motos, con edificios altos y nuevos, muy cerca del lugar donde vivía Inés, paró en seco. El robot abrió la puerta, sacó a Ulick y lo dejó recostado contra una pared; éste seguía con la misma expresión estúpida que tenía cuando lo despertaron. El robot, volviéndose una vez más hacia él, lo miró detenidamente, como si no se explicara qué le podía pasar; luego se montó en el coche y se fue. Casi al momento, Ulick dio un salto: tenía otra vez en la cara una honda expresión de furia; salió a correr y, cuando divisó el coche que lo había traído y que ya estaba demasiado lejos como para darse cuenta de lo que podía estar haciendo él, levantó los puños y gritó:

- ¿Creíais que podíais vencerme tan fácilmente? ¡No sé cómo, pero he escapado! ¡Lo sé todo, y os voy a joder! ¡Recordarás mi nombre por toda la eternidad, Emperador, maldito hijo de puta!

Se sentó en la acera. Estaba frenético y, sobre todo,

muy cansado: veía a veces las cosas dobles, y le daba vueltas la cabeza; pero recordó dónde estaba, y sabía que Inés vivía muy cerca. Andando torpemente, sujetándose a las paredes, se encaminó hacia allí. Iba pensando en que era el único humano que sabía lo que tramaba el Emperador, y tenía su plan debajo de la uña del dedo meñique, en la mano izquierda. Poco más pudo pensar, sin embargo, pues el agotamiento le permitía apenas moverse, y decidió preocuparse sólo de llegar al piso de Inés.

Lo hizo casi arrastrándose. Entró y se metió en el ascensor, cayendo de bruces al suelo; cuando llegó arriba y la puerta se abrió se arrastró fuera, con la vista nublada, sin fuerzas. Llegó a la puerta de Inés, se levantó contra ella y alargó la mano hasta la pared, buscando el timbre, que encontró tras varios intentos. Lo pulsó; sudando, con las piernas arqueadas, con los ojos cerrados, sosteniéndose a duras penas, esperó y, por fin, se oyó un click. La puerta se abrió hacia arriba, y Ulick cayó dentro con un ruido sordo. Las imágenes

desaparecieron en un gran remolino, y luego sintió cómo la oscuridad se cernía sobre él.



## *Capítulo seis: desesperada.*

Inés no podía explicárselo; se había quedado clavada en el sitio, no podía creer lo que había visto.

El Pirata y los demás tampoco habían reaccionado todavía; no comprendían nada. ¿Por qué se habían llevado a Ulick y no al otro cuando había sido el otro el que había tenido toda la culpa? Marmeládov fue el primero en hablar:

- No lo entiendo -dijo-, no entiendo lo que ha pasado ni por qué lo han mandado a comisaría sólo a él.

- Sí, fue el que se quedó tumbado en el suelo el que

empezó la pelea -dijo un joven que había allí cerca-. Él sólo quería proteger a esta señorita -señaló a Inés.

- Bueno, creo que no podemos hacer nada. De todas formas, que te lleven a la comisaría tampoco es tanto -dijo Francisco el Lince.

- Debimos advertirle que no se dejara llevar... aunque, ¿qué podía hacer? La verdad, yo hubiera hecho lo mismo por un amigo -agregó Pedro, el Playboy.

Mari Carmen, la Vampiresa, miró entonces a Inés y se dio cuenta de su pesadumbre; se acercó a ella, le echó el brazo por encima y le dijo:

- Vamos, chica, no es para tanto. Seguramente sólo le harán unas preguntas para saber cómo ha sido la cosa, vamos nosotros y los que lo hayan visto a testificar en su favor y mañana ya estará otra vez aquí completamente limpio. Al final, la culpa será claramente del otro.

- ¿No es para tanto? -exclamó entonces Inés- ¿Sabes que se lo han llevado por defenderme? ¡Es el más

pequeño de nosotros! ¡Y ni siquiera ha tenido la culpa!  
¡Dios mío, y le van a fichar a las dos semanas de estar en  
la Tierra!

- Vamos, Inés, nosotros estamos todos fichados por la  
poli, y algunos más que otros. Además, si nos  
hubiéramos enterado antes de lo de la pelea seguro que  
a la policía no le hubiera dado tiempo ni de llegar. En  
fin, ahora ya no hacemos nada aquí, así que vámonos. Ya  
hemos tenido bastante por hoy.

Mari Carmen sacó a Inés de allí, seguida por todos los  
demás del grupo. Ella se ofreció a acompañar a la joven  
hasta su casa en su moto y, cuando llegaron, hizo  
ademán de querer quedarse con ella; Inés, llegadas las  
dos a la puerta del piso, le dijo:

- Gracias por acompañarme hasta aquí, Mari Carmen,  
de verdad; ahora, si me disculpas, me gustaría estar un  
rato a solas.

- ¿Estás bien?

- Sí, no te preocupes. Gracias; si sabéis algo de Ulick

avisadme enseguida.

- Entendido. ¡Buenas noches, princesa!

- Buenas noches, Vampiresa.

Inés se sentó en una silla de aire comprimido, y abrió una lata de cerveza que tenía en la nevera; miró el reloj: eran ya las dos de la madrugada. Recordó, sin saber por qué, lo que había vivido con aquel tipo negro, alegre y amigable, de cara expresiva, de ojos penetrantes, oscuros y llenos de vida: el momento en que se conocieron, en aquel transbordador que los alejaba a ambos de su mundo y los conducía a un lugar nuevo; las conversaciones que había tenido con él, los momentos felices que habían pasado visitando la ciudad; las últimas horas, desesperadas. Miró el reloj: las cuatro de la madrugada; no podía conciliar el sueño. De vez en cuando miraba por la ventana, esperando ver a Ulick allí abajo, en la calle, inútilmente, pues nadie pasó por allí abajo.

"¿Por qué había sido tan cobarde y no se había entregado ella también?" pensaba. Tendría que haber ido hacia la máquina y haber dicho: "sí, yo le tiré una silla en la cabeza a ese tipo cuando estaba ahogando a Ulick. Llénenme a mí también". Pero no: a ella le daban pánico las cárceles, no querría ir a una de ellas por nada del mundo; quizás por eso estaba ahora así. Se imaginaba esos sitios oscuros, llenos de gente loca que gritaba y mataba a los compañeros; y sabía que no era así, pero así lo imaginaba ella, sin saber por qué.

Encendió el televisor. Estaban dando las últimas noticias, no muy importantes, como siempre: descenso del crimen en la Tierra a ritmo acelerado, mientras en las Bases se tomarían medidas para seguir este ejemplo. Dentro de dos meses se iba a poner en marcha un nuevo programa para terminar definitivamente con el crimen sin dañar para nada a humanos ni a máquinas... Inés dejó de escuchar, sumida en sus pensamientos.

La emisión terminó a las siete de la mañana. Inés se metió en el cuarto de baño, en la bañera de fluido relajante; no le sirvió de nada, pues su cabeza seguía

demasiado preocupada por la suerte de Ulick aun sabiendo que la preocupación era inútil. Salió de la bañera, se colocó una toalla sobre el cuerpo, cogió el teléfono y marcó su número, pero nadie apareció en la pantalla. Colgó. Desesperada, y viendo que nada podía hacer que sirviera de algo, se tumbó en la cama; eran las diez. Estuvo allí metida casi toda la mañana, se levantó, almorzó y se volvió a acostar, aunque no consiguió dormir. Al fin se decidió a salir: miró antes por la ventana, por ver si lo veía, pero lo único que llamó su atención fue un coche de policía que llegó, se metió en un callejón cercano, volvió a salir y se fue. Inés cerró la ventana y se dejó caer en el sillón, pensando nuevamente si largarse o quedarse; ni siquiera había ido a su primer día de trabajo, y se sentía cansada, muy cansada.

De pronto escuchó algo arrastrarse junto a la puerta, algo que se apoyó contra ella jadeando y llamó al timbre. Inés salió corriendo y apretó el botón de apertura; cuando la puerta se abrió hacia arriba, un

cuerpo cayó en redondo dentro de la habitación.

Era Ulick.

## Capítulo siete: despertares.

Ulick sintió algo tibio en la frente. A su mente, dormida hasta hacía poco, fueron llegando los pensamientos y recuerdos más próximos. Por lo que podía sentir estaba en un sitio cómodo, tumbado boca arriba. "En casa de Inés", pensó. Se decidió a abrir los ojos.

Lo primero que vio fue la cara de ella inclinada sobre la suya, a medio metro; dio un salto.

- ¡Ulick! ¡Por fin despiertas, hombre! Creí que ibas a seguir dormido todo el día.

- ¿Todo el día? - dijo, mirando el reloj -. Pero si yo

llegué aquí de noche...

- Sí, y anocheciendo está; pero has estado durmiendo un día entero. Y a veces con fiebre y todo, hablando en sueños.

- ¿Un día? ¡Vaya, vaya! - Ulick se sentó en la cama y se restregó bien los ojos -. Debes tener razón, porque tengo un hambre que me muero.

- La cena está preparada; y después me vas a tener que explicar algunas cosillas. Estuve muy preocupada por ti anteanoche, y eso de que llegaras aquí en el estado en que llegaste... bueno, no creo que te hayan llevado de paseo, ¿no? ¿Qué cojones te han hecho en la comisaría?

La cara de Ulick se ensombreció de repente, y contestó:

- Te voy a tener que explicar más de una cosilla, pero lo puedo hacer mientras comemos algo. Verás, la cosa es más difícil de contar de lo que parece, y no sé por donde empezar.

- Bien, empieza por el principio.

- Allá voy -dijo, mientras se echaba un vaso de leche-. No me llevaron a comisaría, sino al palacio imperial -la cara de Inés se ensombreció tanto como la suya-. Y allí, en la misma celda en la que me metieron, estaba un tipo que había descubierto que el Emperador, al frente de las máquinas, quiere acabar con la raza humana; te aseguro que el hombre no estaba loco. Él había conseguido hacerse con una copia del plan trazado por el emperador, que me pasó a mí, y que tengo introducida bajo esta uña - le enseñó el dedo -; ahora después me sacaré el fichero de aquí. Como te iba diciendo, el Emperador piensa lavar el cerebro a todos los humanos sin que se enteren, introducir luego sus ideas y la idea del suicidio, que saltará ante una determinada señal: así terminará con todos sin que nadie se entere, y tendrá un mundo de máquinas en el que el único humano, si es que se considera humano, será él. Y yo era un conejillo de indias para su máquina encargada de lavar cerebros, o sea, para que pudiera comprobar si funciona a la perfección o no. A mí me intentaron lavar el cerebro, pero, por una razón que no llego a comprender, conseguí escapar del robot al que llaman ellos "el

Cazador" sin que se enteraran, así que me dejaron libre pensando que yo estoy a sus órdenes, y ahora sólo yo y las personas a las que yo hable saben lo que trama el Emperador. Esto es, en resumen, lo que me ha pasado. ¿Qué te parece? Es divertido, ¿eh?

- Es una broma, ¿no?

- Eso es lo malo, que va totalmente en serio. Y yo, según he podido deducir, me he salvado porque tengo una suerte de cojones, porque la máquina tiene una efectividad total de un cien por cien y no hay posibilidad de que falle con un cerebro humano, o bien puede ser porque tengo una mente especial y he logrado escabullirme a fuerza de cojones. Acojonante, ¿eh?

- Joder, tío, espera un poco que asimile lo que me has dicho... porque estaba nerviosa pensando en lo que te podía haber pasado, pero ahora... no sé si pensar que te has vuelto loco, ¿sabes?

- Ojalá, Inés. ¡Ojalá me hubiera vuelto loco y estuviera diciendo estupideces! Pero no es así, y debemos prepararnos para lo peor. La única solución es luchar o morir a manos del Imperio de las máquinas; ya

sé que parece muy negativo, pero es la verdad. Si crees que estoy loco, puedes llamar a la clínica mental para que vengan a por mí y me lleven a donde no moleste. Si confías en mí espero que me ayudes en esto, porque yo solo no puedo hacer nada. ¿Confías?

Los ojos de Inés miraron fijamente a los de Ulick, entraron en ellos, los recorrieron, y una sensación de precaria seguridad invadió su mente. Sonrió y dijo:

- Dios mío, no puedo estar muy bien de la cabeza, pero confío en ti. Haces que crea verdadero lo que dices y, aunque debes comprender que es casi imposible creer todo lo que acabas de soltar, haré un acto de fe y te ayudaré en lo que pueda, estaré junto a ti para apoyarte. Y si lo que tienes es producto de tu mente, viviremos mejor; si no, que Dios nos proteja a todos.

- ¿Sabes, Inés? Tengo miedo. Tengo miedo como nunca había tenido antes, miedo al mundo y a la inseguridad que me da ser el único gilipollas que tuvo la genial idea de estar en el lugar equivocado en el momento equivocado; jamás he hecho gran cosa por

nadie, y ahora he de intentar salvar el mundo entero y no me veo capaz.

- Nadie es capaz de nada hasta que no lo intenta. Pero si tú no hubieras estado en aquel lugar y en aquel momento ahora todos estaríamos condenados a una muerte segura, mientras que en este momento... estamos condenados a una muerte casi segura según tú; no queda un resquicio de esperanza que tenemos que aprovechar, o podemos dejarlo todo correr y...

- ...y no nos podríamos llamar seres humanos. No, lucharé, hemos de luchar por la libertad hasta morir si es necesario. Nos obliga nuestra naturaleza, Inés. El hombre ha nacido para ser libre, y debemos serlo.

- Pues entonces pongámonos en marcha. Hemos de avisar a La Casa de todo y empezar a trabajar, y rápido...

- Rápido, pero seguro; no nos podemos permitir ni un fallo en esto.

En La Casa nadie respiraba. Todos miraban a la pantalla tridimensional que había ante ellos como

petrificados.

En la pantalla se veía un enorme texto que iba pasando ante sus ojos; en medio de él había una enorme máquina que rodeaba a una silla a la que había alguien sujeto. De pronto, la persona que había sujeta se removía inquieta y, tras un momento, se desmayaba. En el texto explicaba todo el proceso de lavado de cerebro, sus consecuencias a la hora de tratar con los nuevos humanos y la forma de fabricación en serie de estos medio robots que eran el principio del gran Proyecto del Emperador, que continuaba con la inserción de la idea del suicidio y la ejecución de esa idea por parte de toda la raza humana a una señal del emperador, en una fecha que no sería menor de dos años, para que pudiera dar tiempo de acabar con todos los cerebros de los hombres sin que ellos mismos se enteraran de nada.

La prueba del proyecto se haría con dos sujetos elegidos al azar, a los que se les lavaría el cerebro y se les mandaría la orden de suicidarse a los dos días.



puta cosa estamos hablando? ¿Quizás alguno de aquí se cree que es un superhombre? ¡Pero hasta un superhombre fenecería aquí! ¡Sólo somos unos pobres ladronzuelos sin demasiada capacidad que estamos intentando vivir normalmente, y tú quieres que salvemos el mundo! ¡Estás loco!

- ¡Oye, Playboy! -dijo entonces enérgicamente Ulick-, ya sé que aquí no hay ningún héroe, que no tenemos nada, absolutamente nada. Pero somos los únicos del mundo que sabemos esto, y si nos quedamos aquí sin hacer nada también seremos los últimos. Y no quiero morir tranquilo en mi casa sabiendo que los seres humanos vamos a desaparecer: no podría soportarlo. Si tú puedes, adelante; nadie te está obligando a hacer nada, Pedro. Y debes saber que las grandes cosas de la historia empezaron por ser muy pequeñas, pero que queriendo se puede hacer todo, incluso morir por una causa. Y yo estoy dispuesto a morir por ésta.

- Sí -dijo Holger-; un discurso muy bonito, Ulick, pero... ¿qué posibilidades tenemos? Tienes que reconocer que aquí somos los que estamos y estamos los

que somos...

- Bueno, ese es un problema gordo, pero tenemos algo a nuestro favor: podemos prepararnos. Nadie sabe que sabemos esto ni lo que queremos hacer, y jugamos con esa ventaja. Podemos largarnos y hacer un plan contra el del emperador, porque sabemos el suyo; y él nunca llegará a conocer el nuestro. Tenemos muchos problemas, pero también más de un as en la manga.

- Y ¿qué gente estará dispuesta a ayudarnos? - preguntó Marmeládov.

- No tengo ni idea, pero eso llegará más adelante; de todas formas, tenemos que dirigirnos a la gente descontenta; a los barrios bajos, a las personas que salen de los Mundos Oscuros,... a todos los que nos vayan a ayudar con seguridad, gente que no tenga nada que perder pero mucho que ganar.

- Está bien, tengo una idea -dijo María Jesús-. Está claro que tenemos que largarnos de la ciudad para tener las manos más libres, así que alguien se debería encargar de buscar un buen lugar donde meternos y, desde allí, empezar a hacer planes.

- Bien pensado, Gordi -asintió Holger-, pero antes tenemos que elegir un jefe; y ¿quién mejor que el que nos ha metido en este barullo? Propongo a Ulick como jefe de este loco intento de rebelión.

Todos estuvieron de acuerdo, menos él, que puso pegas hasta que lo convencieron de que era el único que podía hacerlo.

- Y ahora, ¿qué propone el Mecha que hagamos?

- Joder, tío, no sé...

- ¡Pues sí que empezamos bien!

- O sea, sí sé, pero... está bien, tenemos que aprovisionarnos lo más rápidamente posible para salir de aquí cuanto antes, mañana o pasado, diría yo.

- Mañana o pasado no, fijemos una fecha -dijo David.

- Vale, Monstruo. Pasado mañana a las diez de la mañana. Tenemos dos días escasos para aprovisionarnos.

- Muy bien -dijo Francisco-, yo conozco algunos sitios

adonde podría ir a por utensilios de primera necesidad. Imaginemos que nos vamos a un bosque virgen, que es lo más insensato, pero también lo más seguro...

- ¿Por qué? -preguntó Pedro.

- Porque hace muchos siglos que nadie pisa un bosque virgen y no sabemos lo que podremos encontrar allí, por eso digo lo de que es una cosa insensata, pero también es el sitio más seguro porque ¿a qué máquina se le ocurriría buscarnos en un bosque, sabiendo cómo somos los humanos? Hay que hacer lo que se aparte más de la lógica para poder despistar un poco a los robots.

- Entiendo.

- Entonces, como iba diciendo, si nos vamos a un bosque necesitaremos sierras para cortar árboles e ir haciendo viviendas que nos resguarden, ropa de abrigo, armas láser para la caza, utensilios de cocina, algo para hacer fuego, intercomunicadores, colchones inflables y, en fin, lo que se nos vaya ocurriendo, siempre que no sea superfluo.

- Yo -dijo Ulick- me puedo encargar de buscar el

lugar más idóneo para quedarnos, en el que no nos puedan encontrar y desde el que sea fácil trabajar. Eso no es demasiado complicado con un buen atlas en la mano, y yo tengo uno en mi casa; o sea, que me voy para allá ahora mismo e intento encontrarlo lo antes posible. Vosotros repartíos el trabajo, y el jueves a las nueve nos vemos aquí. ¡A currar!

Sin decir una palabra más, Ulick salió por la puerta y dejó a todos aturridos hasta que, poco a poco, cada uno fue eligiendo una función y marchándose a realizarla rápido, con la intranquilidad propia del que marcha al margen de la ley y con la alegría del que sabe por qué lo hace, del que sabe que lo hace bien.

## *Capítulo ocho: Numancia.*

Ulick llegó a su casa, miró el reloj y decidió dormir algo: eran las cinco de la madrugada, y aún se sentía cansado por la noche anterior. Se desnudó, se echó en la cama y al momento el sueño le invadió.

Despertó tarde, casi a mediodía; desayunó rápido, y se puso manos a la obra. Se metió en el oído el chip de realidad virtual y se dispuso a entrar en el atlas que había comprado hacía poco sin saber para qué, pero que ahora le venía como anillo al dedo. Se colocó el casco y ante él apareció la pantalla de entrada al programa:

pulsó "Sí" cuando el ordenador le preguntó si quería pasar.

Al momento se vio ante un mapa rectangular del mundo. Todas las provincias se distinguían, y Ulick pulsó "Malajian". Al momento apareció ante él la provincia dibujada con detalle. El ordenador le preguntó qué tipo de información le interesaba acerca de Malajian: física, política, económica, histórica, turística, comunicaciones... Pulsó "física", y se dibujaron en el enorme mapa los montes, los ríos, los mares, la vegetación, el clima, desiertos (pocos en Malajian), lagos, golfos y cabos,...

Dentro de la vegetación, que era lo que le interesaba, había grandes espacios bien definidos que se habían dejado sin tocar desde que el efecto invernadero, hacía ya ocho siglos, se había vuelto demasiado peligroso como para seguir jugando con la naturaleza. Desde entonces amplios lugares de muchos miles de kilómetros cuadrados y con suficiente capacidad de proliferación,

por el clima, de la naturaleza, habían sido abandonados por los humanos para que se autorreforestasen y, con ayuda de técnicas naturales, se había conseguido, aunque había tenido que pasar mucho tiempo. Entre estos bosques había algunos especialmente grandes, como el de Numancia, el del norte de Paris o el de Bonia; el primero de ellos era el más grande de la provincia, y su área aproximada era de ciento sesenta mil kilómetros cuadrados. Este bosque fue el que llamó más la atención de Ulick, pues era a la vez el más grande y el más cercano, a quinientos kilómetros en línea recta de la capital de Malajian y a cien de Marid, siempre hacia el Norte; le gustó tanto su situación que decidió que ese sería el lugar al que deberían ir. Miró su reloj: eran las dos de la tarde, la hora del almuerzo, a pesar de que no tenía mucha hambre. Aprovechó para descansar un poco y airearse.

A las cuatro volvió a meterse en el programa; pidió información sobre el bosque de Malajian, y el ordenador le abrumó con datos sobre la forma, la vista superficial,

los árboles que se suponía había dentro, pero siempre desde el punto de vista de alguien que mira desde el exterior: "genial -pensó Ulick-, eso significa que las máquinas no saben cómo es el bosque por dentro y que, por tanto, nunca han entrado ahí. Así tenemos más posibilidades de trabajar anónimamente". El bosque, en fin, parecía el lugar perfecto para una banda de proscritos.

Ulick pidió información histórica sobre la formación del bosque, y el ordenador se la facilitó: la gran masa arbórea nació en el año dos mil ciento noventa, como una de las muchas soluciones a la desertización y al efecto invernadero que estaban acabando en esas fechas con las vidas de millones de personas, y se comenzaron a plantar árboles en todo el territorio que ahora ocupaba el bosque, repoblando muchos miles de kilómetros cuadrados: eso fue el comienzo de la nueva civilización, de la convivencia del hombre y la tecnología, que se hizo sobre las bases de un mundo en el que se habían erradicado previamente los efectos de la contaminación.

Así pues, desde el siglo veintitrés el bosque de Numancia había ido creciendo y ensanchándose libremente por todo el norte de la antigua Península Ibérica mientras en el sur crecían las ciudades grandes y, entre ellas, Malajian. La razón de que Malajian hubiera crecido tanto eran su clima, ideal para vivir cómodamente, y su posición y estado de conservación; había sido una de las ciudades que menos había recibido los impactos medioambientales y las heridas de la guerra, y por eso fue elegida como la capital del posterior Imperio Humano.

Nadie podía pensar en la actualidad en irse a vivir a un bosque, porque era algo absolutamente absurdo: al fin y al cabo, si alguien tenía ganas de estar en la naturaleza no hacía falta ponerse en peligro allá afuera; simplemente se colocaba un chip de realidad virtual y todo resultaba más fácil, y sobre todo menos peligroso.

El nombre del bosque le había llamado la atención desde el principio: Numancia. No había escuchado antes

nada parecido, y le sonaba extraño. En Malajian no había ninguna ciudad que se llamase así, ni ninguna región, y no entendía de dónde podía venir el nombre. Pidió información sobre el mismo, y la pantalla cambió de color: ante él apareció lo siguiente:

- El nombre de Numancia proviene de los tiempos del antiguo Imperio Romano, que dominó parte de la actual Malajian a principios de la era cristiana. Era éste el nombre de un pueblo primitivo que resistió a la invasión del Imperio de forma heroica y hasta el final, muriendo en la misma libertad en la que vivió. El Imperio Romano había conquistado ya a todos los grandes contemporáneos suyos, y había entrado en Hispania con la intención de apoderarse de ella lo más rápido posible; sin embargo, algunas tribus de Hispania eran más salvajes y más rudas de lo que parecía a simple vista y, luchando por sus vidas y por no caer bajo el yugo del opresor, eran aún más temibles. Así, los ejércitos romanos chocaban una y otra vez con las montañas y con la, en teoría, mínima resistencia Hispánica. Numancia fue uno de los capítulos más memorables de esta conquista. Si quiere entrar en la historia de

Numancia, pulse el botón verde.

Lo hizo. En seguida se encontró en una habitación pequeña, hecha de un material que parecía barro, oscura y fea; ante él dos hombres hablaban. Tenían barbas largas, como las melenas; eran bajos, e iban vestidos de una forma un tanto extraña: llevaban puestas una especie de faldas, y túnicas de las que sobresalían pecheras de metal; también llevaban algo encima de la cabeza, y de sus cintos colgaban sendas especies de hojas, también de metal. El más alto, de barba negra, dijo al otro, más anciano:

- Parece que los refuerzos tardan. Y nos han llegado noticias de que de Roma han enviado más ejércitos para acabar con nosotros: me temo que con ellos viene Escipión.

- No podrán derrotarnos tan fácilmente - le contestó el otro -. Hasta ahora todos los intentos por entrar en esta ciudad han sido infructuosos, y los soldados que han llegado frente a nuestras puertas han salido siempre derrotados. Jamás nadie la ha conquistado, y mientras quede alguien con vida aquí, no la destruirán.

Ulick se paseó por aquella ciudad: era muy antigua. Toda la gente era baja; las casas, pequeñas, eran oscuras, sucias, y no estaban hechas de materiales brillantes como las de la actualidad. En la cara de las personas había furia: una furia que vivía en cada corazón y en cada alma, en la firme decisión de acabar con cualquiera que quisiera imponerles un yugo mayor que el que podían soportar.

Bajando por el pueblo, pronto llegó a un muro alto, seguramente la muralla de la ciudad; había escuchado que las ciudades de la Antigüedad tenía murallas que separaban el exterior del interior, y que les servían a sus habitantes para defenderse de posibles ataques. Subió, pues, al muro, y desde allí miró hacia delante, hacia fuera: la ciudad estaba hecha de forma que nadie que no pudiera volar podría entrar allí con las técnicas de que disponían en aquella época. Desde lo alto se podía observar el terreno a lo lejos, y la llegada de posibles enemigos con tiempo suficiente para preparar una

defensa adecuada.

Ulick miró a lo lejos y vio una nube de polvo que se acercaba; cuando llegó más acá, pudo ver que se trataba de un ejército, de unos miles de hombres que venían contra la ciudad y que, al llegar bajo ella, se pararon y desafiaron a los de dentro. Desde allí subió el jefe de los numantinos, el más anciano de los dos que habían estado hablando en la habitación, y les dijo a los atacantes:

- ¡Mi ejército está preparado para morir: ¿lo está el vuestro?!

Luego bajó, y comenzó a dar órdenes a los que había a su alrededor acerca de lo que tenían que hacer. Mientras un gran grupo salía por una portezuela lateral que había en la muralla, otros muchos tomaron dardos y se dirigieron a lo alto de ésta, llevando consigo líquidos hirvientes en cacerolas enormes. La parte más grande de los numantinos se quedó tras la puerta, esperando,

armas en ristre.

El intento de conquista comenzó con un grito. Los romanos intentaban subir las paredes del escarpado monte, mientras los dardos numantinos volaban contra ellos y los líquidos que arrojaban abrasaban a los atacantes; después de un buen rato intentando en vano llegar a la puerta de la ciudad, el que parecía jefe de los romanos hizo una señal para que se retiraran. En ese momento, desde su retaguardia, llegaron los numantinos que habían salido por detrás de la ciudad; crearon una enorme confusión entre los enemigos, de los que una parte empezó a correr en desbandada huyendo del inesperado ataque.

Entonces fue cuando se abrieron las puertas de la ciudad, y de ella, como león rugiente, salió el grueso de los numantinos con una fuerza que atemorizó a los pocos romanos que aún quedaban firmes; podía ver Ulick al jefe de aquellos manejando su hoja de metal, abriéndose paso por entre los enemigos y animando aún más a los suyos. Antes de que llegara la noche, el

ejército que había pretendido conquistar aquella fortaleza inexpugnable quedó destrozado, acabado, aniquilado, y los numantinos regresaron de la cacería cantando canciones de victoria.

La imagen cambió: se vio otra vez en lo alto de la muralla de la ciudad. Miró instintivamente hacia delante, y lo que observó le dejó helado: allí, frente a las puertas de la ciudad, había un numerosísimo ejército, procedente, suponía él, de Roma, que cubría todo el territorio. Miles y miles de hombres estaban allí, y consigo, a diferencia del, en comparación, pequeño grupo que había atacado la vez anterior, traían torres de madera con ruedas, picos y palas (antiguos instrumentos para cavar) y otros instrumentos parecidos. Un hombre con cara orgullosa salió de entre todos; su traje brillaba al sol de la tarde. Iba montado en un corcel negro. Su voz sonó alta y clara:

- Soy Publio Cornelio Escipión, general de las tropas romanas. Os mando, bárbaros, que entreguéis esta

ciudad, y no os pasará nada. Si no, la tomaremos por la fuerza.

De repente, el jefe de la ciudad subió al muro, y otros quince o veinte lo siguieron. Dijo, con voz atronadora, al ejército invasor:

- ¡No te entregaremos esta ciudad, maldito hijo de perra! ¡Vete con tus gusanos antes de que acabemos con vosotros!

Detrás de sus palabras una lluvia de flechas bajó hasta el ejército romano; algunas dieron en el blanco. Los romanos, sin decir nada, se retiraron más allá, fuera del alcance de los proyectiles indígenas.

La imagen volvió a cambiar: ahora estaba en medio del campamento romano; a su lado había una gran tienda en la que entró por curiosidad.

La tienda era por dentro más grande, si cabe, que por fuera. Estaba hecha con tela y sostenida mediante un armazón de madera; en medio había una gran mesa, muy baja, y a su lado tres grandes divanes; en dos de ellos había sentadas sendas personas: la primera era Publio Cornelio Escipión, el general de las fuerzas invasoras; el otro era desconocido para Ulick. Fue éste el que empezó a hablar:

- Mi señor, esos numantinos se creen superiores a nosotros. ¡Demostrémosles lo que vale Roma!

- Mi estúpido amigo - le dijo Escipión -, el César me ha pedido que conquiste esta ciudad que, según parece, es un muro inexpugnable en nuestra marcha hacia la gloria. Podríamos dejarla sin conquistar, sí, pero el César quiere Hispania, y tendrá Hispania. Es verdad que estos bárbaros nos han dado muchísimos problemas, pues nuestros gloriosos ejércitos han quedado destruidos por un montón de inútiles campesinos más de una vez; pero ahora he llegado yo, y yo no soy tan estúpido como tú o cualquier otro fanfarrón. Tú dices: ¡Marchemos contra

ellos, conquistemos la ciudad! ¡Choquemos contra esos muros, recibamos otra derrota! Pero yo digo: ¿Qué tiene de malo una ciudad así? Precisamente eso: nadie puede entrar, y por lo tanto nadie puede salir. ¡Aprovechemos eso! ¡Construyamos torres, fosos, muros, y dejémosles ahí dentro! Te juro por Júpiter que muy pronto saldrán implorando mi misericordia, ¡Y entonces entraremos vencedores ante las tristes caras de sus habitantes, y haremos esclavos, y cobraremos botín, y aniquilaremos a los que queramos! Tú nunca aprendes. Yo he luchado contra los mejores hombres del mundo en el campo de batalla, incluso con Aníbal, pero todos tenían sus fallos. Antes de atacar hay que estudiar al enemigo; y por eso yo soy famoso, y tú eres imbécil. Si no estuvieras tanto tiempo metido en tu tienda verías que los numantinos están ya perdidos, porque mis hombres han empezado a construir fosos. Y ahora, ¡déjame pensar!

El hombre se levantó, agachó la cabeza y salió. Momentos después, un guardia entró en la tienda.

- Ve detrás de él y mávalo cuando nadie te vea. No

quiero estúpidos en mi ejército.

La imagen se transformó por tercera vez. Ahora Ulick se encontraba otra vez en la muralla de la ciudad. Ante él, donde hasta hacía poco se levantaba el campamento enemigo, había ahora un vasto complejo de torres, muros y fosos que rodeaban por completo la ciudad, de forma que a duras penas se podía ver al ejército romano, que todos suponían que estaba detrás, esperándolos. El hombre que desafió a las huestes romanas estaba por allí cerca, mirando la construcción con una expresión triste en la cara; se volvió y bajó a a la ciudad, y Ulick con él. Allí el espectáculo que se presentaba era lamentable: la gente estaba en la calle, triste, sin esperanza. Muchos se sentaban en las esquinas, otros iban a mirar por la muralla, otros se quedaban en sus casas, pero todos parecían abatidos. El jefe del pueblo numantino entró por la puerta de la que parecía su casa y la más importante del pueblo. Sentado en una mesa estaba el más joven, su hijo, con las manos sobre la cabeza, con gesto de dolor, con los ojos rojos de haber estado

sollozando; le dijo al jefe:

- No hay esperanzas, ¿verdad? Moriremos de hambre aquí. Hemos confiado demasiado en estas murallas, y las mismas murallas en las que nos encontrábamos a salvo nos han traicionado.

- Nunca pierdas la esperanza - le contestó el jefe -; sólo los cobardes se rinden. Si hay que morir, moriremos aquí o luchando. ¿Has preparado ya a los hombres?

- Trescientos, todos armados hasta los dientes.

- Bien, yo partiré con ellos. Será mi partida definitiva; a partir de este momento, tú serás el gobernador de la ciudad. Y recuerda: ¡No te rindas jamás! Si conseguimos salir de aquí y avisar a nuestros vecinos, traeremos la mayor cantidad de gente que podamos. Si dentro de un mes no estamos de vuelta con más gente no esperéis más, porque no regresaremos. ¡Hasta pronto, hijo, espero!

- Adiós, padre. Que los dioses estén con vosotros.

El padre, con la cabeza erguida, se armó y salió. Fuera

esperaban sus hombres; se puso al frente de ellos, y todos empezaron a subir hacia las murallas, siempre mirando hacia adelante. A su paso la gente callaba y los miraba con respeto, con profunda admiración, sabiendo que posiblemente no los volverían a ver jamás.

El pequeño ejército llegó a la muralla de la ciudad, abrió una portezuela lateral y, uno a uno, todos salieron con el mayor sigilo, guardando un profundo silencio. Ulick salió tras ellos.

Estaba anocheciendo; los romanos debían encontrarse en ese momento preparándose, ya para dormir, ya para vigilar. Los guerreros numantinos iban en fila, procurando andar casi sin respirar para no llamar la atención en absoluto. Lentamente, se echaron contra la primera torre romana de vigilancia, sin que el que se encontraba arriba se diese cuenta. Uno de ellos sacó una especie de cuerda, colocó una piedra en mitad y empezó a darle vueltas a gran velocidad; mientras, otro más allá se puso a cantar en voz alta. El vigilante,

extrañado quizás, se asomó por encima, en la torre. Se oyó un débil silbido y un golpe; el vigilante cayó silenciosamente al suelo, boca arriba. Tenía una piedra clavada en la cabeza.

El rey les hizo una señal para que escondieran el cuerpo. Poco después se pusieron otra vez en camino: llegaron al primer foso, que atravesaron con gran trabajo; más tarde se encontraron con otra muralla, vigilada por soldados, a los que mataron para escalarla. Después de la muralla había otro foso, que también cruzaron, y otra muralla, y así fueron, poco a poco, saliendo de aquel entramado que formaba el sitio de la ciudad.

Llegaron a la última muralla, tras la que, con un poco de suerte, podrían escapar e ir a pedir ayuda a los pueblos vecinos. En lo alto se encontraban los guardianes, atentos a todo lo que pasaba a diferencia de sus compañeros de más adentro, quizás porque aquellos tenían miedo de que Escipión los sorprendiera sin

atender a su trabajo. Uno de los numantinos tiró una piedra contra la pared, lejos de donde ellos estaban: al momento, los soldados romanos fueron corriendo, por encima de la muralla, hasta donde habían oído el ruido. Mientras, los hombres de Numancia avanzaron rápida y sigilosamente hasta la pared, que empezaron a escalar los más ágiles. Encima de la muralla hubo una breve escaramuza, pues los soldados romanos, ocupados en descubrir la procedencia del ruido, no habían advertido la presencia de los atacantes hasta que los tenían encima. Los guardias cayeron todos muertos a manos de los numantinos. Pero más allá había otro, escondido, que prendió fuego a una flecha y la tiró hacia el cielo momentos antes de que su cabeza volara por los aires a manos de una espada numantina.

Sin embargo, eso bastó. Al poco tiempo se oyó una trompeta: los romanos estaban dando la señal de alarma. El jefe de los numantinos ordenó a los que habían subido ya a lo alto de la muralla que corrieran e intentaran salir por otro lado, mientras los que

quedaban abajo, junto a él, defendían su huida; al principio nadie quería abandonarlo, pero, cuando vieron llegar a los romanos como moscas, se decidieron, y un pequeño grupo saltó y echó a correr hacia donde los romanos no pudieran perseguirlos. Mientras, los que se habían quedado junto al rey decidieron luchar a la desesperada y, gritando, se lanzaron contra los primeros soldados que venían a por ellos. Pronto empezaron a darse los primeros golpes, y los indígenas, con furia, se abrieron paso entre los soldados enemigos, que quedaron estupefactos al ver la forma de luchar de aquella gente. Pero al poco se dieron cuenta los numantinos de que nada podían hacer: hacia ellos venían enemigos bordeando la muralla, escalándola por detrás, encerrándoles en un círculo; y el círculo se convirtió en un círculo de cadáveres romanos. Pero de vez en cuando caía también algún valiente defensor, y seguían llegando soldados romanos. Los numantinos, entonces, rodearon a su rey y lucharon espalda contra espalda. La lucha duró un tiempo y, tras ese tiempo, los héroes que habían salido de la ciudad fueron muriendo uno a uno hasta que, por último, cayó también el rey,

atravesando al que le quitó la vida.

Los romanos dejaron el campo de batalla, un campo lleno ahora de cuerpos sin vida y de sangre. Había, sin embargo, algunos que habían conseguido escapar, aunque Ulick se dio cuenta de que era imposible que, por mucha gente que consiguieran reunir, la ciudad se salvara ante el enorme ejército invasor. Imposible.

La imagen cambió otra vez. Ahora Ulick estaba una vez más en la ciudad de Numancia, pero el espectáculo que se presentaba ante sus ojos era horrible: hombres, mujeres y niños enflaquecidos, con las caras macilentas, muriéndose en las calles. Gente devorando a los que estaban muertos. Gente sin esperanza. Y en medio de ellos he aquí que apareció el nuevo rey de la ciudad, aquel a quien se le había dejado el poder, el hijo del que murió junto a la muralla. Se subió a un muro, y habló con voz clara y fuerte:

-¡Numantinos! Nuestro rey me dijo que no

abandonara la lucha, que no me rindiera; pero ya es imposible luchar. Hace ya mucho tiempo que no tenemos comida, y nos moriremos de hambre. Nuestra situación no puede ser peor.

\*He pedido a los romanos un día para reflexionar. Y ahora os hablo a todos: ¡Quien no quiera ver la desgracia de su pueblo, que termine aquí mismo con su vida! No os obligaré a nadie. Aquel que quiera podrá rendirse; ya es imposible hacer nada. Rectúgenes consiguió nuestra última esperanza: romper el asedio y avisar a los de Lutia; pero esta ciudad también ha sido destruida. Por eso os digo: ¡Haced lo que os dicte vuestra conciencia! - Y, diciendo esto, sacó su espada y se atravesó de parte a parte el pecho, con increíble firmeza. Entonces ocurrió algo inaudito: la gente empezó a suicidarse echándose encima de sus espadas, rompiéndose la cabeza contra las piedras o tirándose desde sitios altos. Y pronto sólo quedaron en la ciudad los que no tenían ni siquiera fuerzas para suicidarse. Éstos, andando los que podían y los que no arrastrándose, abrieron las puertas de la ciudad.

Los romanos entraron, y vieron tan sólo a una veintena de seres casi sin vida implorando perdón, en medio de montones de cadáveres. Ulick se tapó los ojos, llenos de lágrimas, horrorizado. Escuchó la voz del ordenador:

- Numancia fue quemada por los romanos después del mayor asedio de la historia. Los numantinos prefirieron morir en libertad que hacerlo bajo el yugo de los orgullosos romanos. Fue una de la ciudades más heroicas de todos los tiempos.



## *Capítulo nueve: el bosque de Numancia.*

Ulick despertó pronto, se aseó y se fue a la casa de Marmeládov y los demás, que estarían ya preparados para la partida; ya sabía el lugar a donde ir, el camino a tomar e información suficiente acerca del bosque de Numancia, un lugar perfecto para lo que ellos buscaban. Todo estaba en conocimiento del grupo, y la salida estaba prevista a las doce del mediodía; el equipaje estaba hecho, y las cosas preparadas con esmero para el viaje. Lo único que no tenía claro Ulick era si todos tenían claro de lo que se trataba; incluso él se

preguntaba la razón de todo aquello y a veces se le escapaba. Ahora mismo la euforia los llenaba por completo y estaban dispuestos a cualquier cosa, porque el fin lo tenían claro y fresco, pero cuando llevaran en el bosque un tiempo y comenzaran a llegar problemas más o menos graves, ¿cómo reaccionarían? No lo podía saber, y, como no se enteraría hasta que los problemas no llegaran, decidió no preocuparse más por ello y lanzarse, y una vez lanzados ya verían cómo iba la cosa.

El timbre de la casa sonó varias veces. Desde dentro llegó una voz:

- ¿Quién es?

- ¡Quién va a ser! ¡Soy Ulick!

La puerta se abrió con rapidez. Tras Ulick, se volvió a cerrar con fuerza. Dentro estaban ya todos: Inés, que era la que había abierto; Marmeládov, Holger, María Jesús, Pedro, Tomás, Mari Carmen, David y Francisco. Se saludaron, y se dispusieron a ultimar bien los detalles.

- ¿Todo bien? - le preguntó Marmeládov, cuando entró en el salón.

- Perfectamente. ¿Y por aquí?

- Para mí que no se nos ha olvidado nada. Pero tenemos que repasarlo todo, por si acaso.

- Tengo una lista con todo lo que hemos echado en las maletas. Si falta algo, me interrumpís. Veamos... - dijo Mari Carmen-: en primer lugar, ropa para un tiempo; víveres para unas seis semanas, mientras nos acomodamos; sierras láser; armas de corto alcance, las únicas permitidas a todo el mundo; descolectores de cápsulas solares para desencapsular la comida; dos computadoras de bolsillo; linternas de luz multifocal; patines aéreos de superconductores, silenciosos, un par para cada uno; diez cascos selectores de objetivos para la caza nocturna, cuando aprendamos a cazar; tres hornos y un juego de cacharros de cocina; doce colchones de aire; seis rollos de cuerda de Raikón; cinco palas de bolsillo eléctricas; una cópula de materia, para unir entre sí dos o más materiales; doce pares de botas de montaña, que nos harán mucha falta cuando pisemos el

bosque, sobre todo si es virgen, como muy bien nos ha dicho Ulick; un botiquín completo con las vacunas del S. D. C. (Síndrome de Deficiencia Cerebral), V.C.S. (Virus de Coagulación de la Sangre), V. P. H. (Virus de Paralización Hormonal), y V. D. B. (Virus Destructor del Bulbo raquídeo) que, según muchas informaciones, se pueden coger fuera de la civilización. El botiquín tiene también un reestructurador de tejidos, para emergencias médicas; un reorganizador de neuronas, para la muerte inminente no producida por desgaste de los sistemas del organismo; un detector de enfermedades, y un operador láser, para el caso de heridas que atraviesen todo el cuerpo.

- ¡Para el carro! - exclamó Ulick, sorprendido por la enorme lista -. ¿Dónde vamos a cargar todo eso?

- Somos diez, y no son demasiadas cosas teniendo en cuenta que la mayoría se pueden plegar y no ocupan mucho espacio. Lo hemos planeado todo detenidamente y lo que hay en esta lista hará falta allí durante algún tiempo al menos.

- Bien, bien, de acuerdo; puede que tengas razón.

¿Qué hora es?

- Son las ocho. Tenemos también intercomunicadores, que nos servirán seguro. Toma, el tuyo -dijo Holger, lanzándole un reloj a Ulick-. Mil kilómetros de alcance.

- Me parece muy bien. Ahora hablemos de lo que vamos a hacer cuando llegemos al bosque de Numancia: lo primero es buscar alojamiento. Para las primeras noches nos meteremos en alguna cueva abandonada. Lo que habrá que hacer nada más llegar será edificar chozas más o menos confortables, y eso lo haremos en las copas de los árboles: Marmeládov, tú has dicho que te encargas de eso, ¿no?

- He aprendido mucho en estos días sobre la construcción de chozas, sí señor. Ya veréis, vamos a vivir mejor que aquí.

- Lo difícil vendrá después: tendremos que aprender a cazar y a cocinar, de lo que no tenemos ninguno ni idea; y más tarde empezaremos a trabajar duro preparando lo que esperemos que llegue a ser una rebelión algún día.

- Todavía nos queda un tema por tratar, Ulick -dijo

Inés -. Tu mente.

- ¿Mi mente? - preguntó éste, sorprendido.

- Sí. Creo sinceramente que es muy poderosa, y eso debes aprovecharlo, o debemos aprovecharlo.

- Bueno, supe cómo librarme de aquella máquina, pero...

- Oye, Mecha, esa máquina es casi invencible, seguro: si no, no estarían lavando el cerebro con ella. Y tú la venciste, o sea, que tu mente es más poderosa que la de ella.

- Eso es una tontería: lógicamente ninguna mente humana es tan poderosa como la de una máquina.

- Pues a lo mejor es que tú no eres tan normal...

- No sé, no lo he pensado, pero me suena tan extraño... no sé si a lo que te refieres es a que soy una especie de superhombre o algo así, porque no lo soy.

- No lo sé, pero en el bosque hay que pensar eso con más profundidad. Porque podemos tener en ti a alguien que ni siquiera tú imaginas.

- No saques las cosas de contexto, Inés... escapar de un lavado de cerebro no significa nada...

- Quizás sí, quizás no: ya veremos.

- Sí, ya veremos; de todas formas, ahora no nos podemos preocupar por eso: ya es hora de marcharse.

- Muy bien, entonces id al piso de arriba y coged cada uno vuestra ropa, y dentro de media hora nos vemos vestidos de limpio y dispuestos para el gran viaje -dijo Mari Carmen-. ¡Venga!

Ulick salió del baño; parecía uno de esos montañeses de las películas: botas altas y gruesas, pantalones anchos, camisa oscura, gorra verde y reloj en la mano. Todos iban vestidos casi del mismo modo, como si fueran de excursión. La última en llegar fue Mari Carmen: llevaba el pelo rubio recogido en una cola, e iba vestida de color marrón, a juego con sus hermosos ojos, que ahora parecían más vivos.

- Me siento raro - dijo Ulick.

Después de despedirse alegremente de la casa que había sido su refugio durante tanto tiempo, en la que tanto habían disfrutado y sufrido, se cargaron los fardos a la espalda y marcharon hacia un destino incierto, hacia no se sabía dónde; dieron ese salto al vacío que caracteriza las grandes decisiones de la vida y que nos hace avanzar y correr hacia el futuro.

La ciudad despertaba ya al trabajo diario. Montones de robots y de personas iban y venían por la calle, cada uno a lo suyo; en el cielo brillaba un hermoso sol al que nadie prestaba atención, al que todos ignoraban como si no le debieran nada. Los coches y los demás vehículos corrían en todas direcciones y volaban por encima de sus cabezas, rápido, para no llegar tarde; el grupo iba caminando despacio, hablando y riendo. Decidieron coger el transbordador que los dejara lo más cerca posible del Gran Bosque de Numancia, su destino penúltimo.

- Cogemos el 27 interciudad, que llega hasta Marid, y que nos puede dejar cerca de la Reserva - dijo

Francisco.

- Ese autobús para aquí cerca -. Tal y como creía Pedro, dos calles más allá se encontraba la parada del transbordador. Éste era grande, y ya viejo. Llegaron cuando se disponía a despegar. Cuando estuvieron sentados, el aparato comenzó su viaje.

La ciudad, abajo, parecía ahora un hormiguero inmenso: aquí las obreras, allí los soldados, más allá la reina que esperaba y pensaba cómo cambiar por completo lo que veía y hacer un mundo a su antojo pesase a quien pesase.

- Fijaos, ya hemos dejado atrás la ciudad. En poco tiempo llegaremos donde queremos, calculo que en media hora.

- Esto es un boletín de última hora - sonó la voz de la computadora de la nave -. Al parecer, en estos últimos días ha habido un intento de insumisión por parte de algunos humanos, un intento de sabotaje al gobierno del imperio por parte de algunos rebeldes. Según fuentes

policiales, este intento ha terminado con la captura de dichos rebeldes pero, antes de ser capturados, se teme que confiaran ciertos secretos de Estado a otras personas que podrían, aunque la posibilidad es ínfima, volver a intentar el levantamiento. Parece, sin embargo, acentuar esta sospecha el hecho del fallecimiento por sobrecarga de un policía psicólogo del Emperador que se teme haya sido obra de dichas personas, aunque aún no se sabe si son una o más, al haberse hecho su autopsia y no haber encontrado rastros de nada que pueda justificar la autosobrecarga del policía. Por ello, y por razones de seguridad, se ordena a todos los transbordadores que estén fuera del distrito de Malajian regresar lo antes posible. Perdonen las molestias, sólo será un retraso de una hora...

Una palidez aterradora invadió el rostro de Ulick: lo había comprendido todo. El que había provocado la sobrecarga del robot del que habían estado hablando era él mismo. El rebelde era el hombre al que se había encontrado en la cárcel, el que le dio la información del

Emperador y al que le hicieron el lavado de cerebro. Y ahora los rebeldes eran ellos, aunque la policía no sabía aún que él, Ulick, tenía compañeros, y lo buscarían sólo a él. Tenía que pensar en algo con rapidez, antes de que el transbordador volviera a la ciudad y todo el sueño que vivían se convirtiera en pesadilla. El transbordador empezó a dar la vuelta.

Todos los del grupo miraban a Ulick como preguntándose si realmente aquello que habían dicho se refería a él. Él les devolvió la mirada asintiendo. En voz baja, les dijo:

- Tenemos que largarnos de aquí lo más rápidamente que podamos. Y tengo una idea. Cuando yo os diga, salimos corriendo.

Sin decir nada más, se levantó y susurró a Pedro que se tirara al suelo y se hiciera el desmayado un momento; Pedro comprendió su intención y se echó al suelo como si hubiera perdido de repente el conocimiento.

- ¡Piloto! ¡Piloto! -gritó entonces Ulick-, ¡Pare un momento! ¡Aquí hay un hombre enfermo!

El transbordador frenó en seco en el aire. El piloto se acercó y, mientras, Ulick se volvió a sentar rápidamente, diciéndole a Inés:

- Entretenle.

Inés se acercó al piloto, un robot grande, y le dijo:

- ¡Venga corriendo! No sabemos lo que le ha pasado, se ha desmayado de pronto.

Ulick se volvió a levantar y se dirigió a la sala de máquinas. Apretó el botón de su intercomunicador y dijo:

- Preparaos para volar.

Después abrió la puerta de salida, y dio una patada al cuadro de mandos. Rápidamente se oyó la alarma de la nave que daba lectura de los sistemas que empezaron a fallar con el golpe. En ese momento los rebeldes se

levantaron de golpe y salieron corriendo hacia fuera; Inés dejó al capitán de la nave y echó a correr también; poco después Ulick salió de la cabina con las mismas intenciones. Saltaron uno detrás de otro, y todos se encontraron con la misma sorpresa: estaban a medio kilómetro del suelo. Mientras caían rápidamente intentaron recordar cómo se ponían en funcionamiento las botas voladoras que llevaban puestas, y cuando, unos antes y otros después, consiguieron hacerlo, sintieron una sacudida comprobando con gran alivio que funcionaban, aunque descontrolados y dando vueltas en el aire sin parar, unos boca abajo y otros de lado.

Poco a poco consiguieron dominarlos. Se acercaron los unos a los otros, intentando controlar la velocidad con la voz y la dirección con los pies, todo a la vez; no era tan difícil, y tras un momento podían volar con relativa facilidad.

- ¡Genial! ¿No os parece? -gritó Ulick- ¡Jamás habría imaginado unas botas voladoras como éstas!

- ¡Es una sensación... excitante! - chilló Tomás.

- Siento interrumpir la fiesta -levantó la voz Mari Carmen, más preocupada que sus compañeros-, pero a estas horas ya deben haber averiguado quiénes somos y dónde estamos, y sugiero, por eso, que nos dirijamos al bosque de Numancia lo más rápido posible.

- Bajemos al suelo y allí decidimos lo que hacer -dijo Inés.

Descendieron y, una vez en tierra firme, Ulick preguntó:

- ¿En qué dirección está exactamente el bosque de Numancia?

- Consultaré el mapa tridimensional que me he traído para casos como éste- respondió David, sacando de su bolsillo un mando cuadrado y apretando un botón. Al momento, unas líneas de luz en el aire les indicaron un mapa. David tecleó un nombre y en el mapa apareció la situación en la que se encontraban en aquel momento y la del bosque, que ocupaba todo el norte de la península Malajitana.

- Bueno, la situación del bosque es muy amplia, tan

amplia que, yendo hacia el Norte, llegaremos con toda seguridad al él; lo que debemos hacer es ir cerca de la carretera principal, sin que nos vean desde ella pero sin perderla. Siguiendo la carretera llegaremos a Numancia por un camino conocido, y así tendremos salidas cercanas y buenas comunicaciones desde el bosque. Aunque nos adentremos en él para que nadie sospeche que vivimos allí, para viajar de un lado a otro debemos tener buenas carreteras tanto por el norte como por el sur. Y hay una carretera aérea desde la península malajitana hasta el continente propiamente dicho de Malajian, o sea, que no debemos colocarnos muy cerca de esta carretera, por lo que pueda pasar, pero tampoco demasiado lejos, para poder utilizar esta vía de comunicación.

- Entonces, adelante - dijo Marmeládov-. Supongo que en seis horas estaremos en el bosque si la carretera no da rodeos, porque el bosque está a quinientos cincuenta kilómetros desde aquí hasta el comienzo. ¡Vámonos!

Todos empezaron a subir en el aire; Inés experimentó otra vez aquella extraña sensación de libertad al volar, esa sensación tan normal en un pájaro pero que, para ella, era tan nueva que la disfrutaba a cada momento. De pronto sintió un brazo que la agarraba por la cintura: era Ulick.

- ¿Qué te parece? -le preguntó sonriendo.

- Me da una cosilla ir así, volando... no sé, como si fuera un pájaro.

- Ten cuidado de no estamparte contra el suelo o contra una pared.

- ¿Y por qué tengo que ser yo la que me estampe? ¿Acaso crees que no soy capaz de manejar esto como tú?

- No, no he dicho eso, sólo que...

- Sí, pero has querido decirlo. ¡Te apuesto lo que quieras a que te gano una carrera!

- No, no tengo por qué..

- Tienes miedo de que te pueda ganar yo, ¿eh? Físicamente, y a pesar de que ya hace tanto que la igualdad es una realidad, seguís sintiéndooos mejores los

hombres, ¿no es eso?

- Bueno, me rindo, tú ganas. No pienso discutir sobre quién es mejor o quién peor, porque seguro que ganarías la discusión.

- ¿Por qué estás tan seguro?

- Porque medio te conozco, Inés, y ahora no tengo ganas de discutir.

- Esa es una forma muy sutil de cortar cualquier pelea. En fin, yo tampoco tengo unas ganas locas de discutir, o al menos eso creo. Por cierto, tenemos que hablar de algunas cosas cuando lleguemos al bosque de Numancia.

- ¿Cosas? ¿Qué cosas?

- Cuando lleguemos al bosque, Ulick, no antes. Ahora, volemós lo más rápidamente que podamos.

- No me gusta que me dejen en vilo: dímelo, anda.

- No. Hasta que no lleguemos al bosque, te aguantas.

- En fin, me comeré las uñas un rato - los dos rieron a gusto, y luego se acercaron al grupo.

Ulick volaba el primero, a toda velocidad. Detrás de él iban Marmeládov, María Jesús, Inés, Holger, y luego los demás a alguna distancia; de momento sólo habían tenido que evitar pasar por un pequeño pueblo. Habían aprendido a manejar las botas con cierta soltura, y Marmeládov se colocó al lado de Ulick para echar una carrera. Éste se dio cuenta de ello, y aceleró. Marmeládov lo pasó y comenzó a levantar los brazos en señal de victoria, pero Ulick se acercó por debajo y le cogió los pies con las manos, frenando después. Marmeládov salió disparado hacia delante, dando tumbos. Mientras, Ulick se paró en seco y miró hacia atrás.

- ¡Eh, Marmeládov! ¡Venga, déjate de dar vueltas y vamos a regresar adonde el pelotón!

- ¡Serás cabrón! ¡Verás como te coja!

- ¡No eres capaz!

- ¿Que no? ¡Ya verás!

- Son como niños -exclamó María Jesús.

Ulick regresó rápidamente con los demás; venían todos a media velocidad, a tres o cuatro metros del suelo.

- ¿Qué os pasa? Os noto amuermados - dijo, cuando llegó.

- Sencillamente necesitamos colocar las piernas en el suelo un momento -respondió Tomás.

- ¿En serio?

- Es que, por lo menos a mí, me cuesta mantenerme en el aire, y estoy un poco cansado. Anda, vamos a andar un poco; luego echamos a volar otra vez.

- Como quieras -. Aterrizaron en el suelo, al borde de un campo de cereales, uno de los sitios que aún se sembraban, cosa poco usual en aquel tiempo en el que los alimentos sintéticos se habían hecho con el mercado casi por completo. Con estos nuevos alimentos se ahorraba espacio y el esfuerzo de sembrar, abonar, cuidar y recoger los frutos, aunque todo esto lo hicieran máquinas especializadas. Sin embargo aún quedaban viejos vestigios de la Edad Media, utilizados como

laboratorios de experimentación, como éste, o como museos arqueológicos situados en viejos edificios más o menos en ruinas.

- Cinco horitas y estaremos en nuestra nueva casa  
-dijo Holger.

Ulick no dejaba de pensar, como sus compañeros, que les iba a costar meterse de cabeza en un mundo salvaje que hacía siglos que nadie se preocupaba siquiera de explorar. Él no había visto nunca una foto del bosque de Numancia en el siglo veintiuno, pero se lo podía imaginar: desolado. Ahora estaba repuesto, e incluso el área arbórea era mayor que lo que lo había sido hacía muchísimos siglos. Pero vivir en aquel sitio no iba a resultar nada agradable para unos chicos de ciudad como ellos; en estos preocupantes y tontos, pues es inútil pensar en algo que llegará por sí mismo y con su propia forma, pensamientos envolvía sus pasos.

Los diez compañeros iban siguiendo la carretera, a

cierta distancia, para prevenirse en caso de que se presentaran problemas; querían llegar en el máximo secreto posible a Numancia, aunque eso del secreto era ya muy relativo. Y no se podían fiar de nadie, sobre todo si se trataba de una máquina. A estas horas - pensaban - el Emperador debía estar enterándose de la noticia de su asombroso escape, y pronto mandaría policías en su búsqueda.

- Creo -decía Inés- que tarde o temprano se hartarán de buscarnos. Pensarán que hemos muerto o algo así: siempre pasa lo mismo cuando se trata de un asunto como éste. Lo único que tenemos que hacer es esperar en el bosque a que pase la tormenta.

- Sí, pero aún nos queda mucho para llegar al bosque - recordó María Jesús.

- ¿Y por qué nos tienen que estar buscando a nosotros? - preguntó David.

- Mira, tío, seamos realistas -le contestó Ulick-. Las máquinas deben haber descubierto algo en relación al intento de joder su imperio del que todos sabemos los detalles. Saben que yo estuve hablando con el tipo aquel

en la cárcel, o al menos lo suponen, pero no saben lo que él me dijo. Al mismo tiempo se han dado cuenta de que su máquina para lavar cerebros reventó, no sé si al intentar cazar al mío, y si es así no sé por qué causa, aunque me gustaría saberla. Y en este momento saben quién soy yo, que no he ido al trabajo, que empezó ayer, y se han olido lo peor. Y, por último, hará poco tiempo que les ha llegado la noticia de que diez personas han huido justo después de que el emperador mandara a todos los transbordadores regresar. Después de todo esto no sé si tendrás claro que vienen a por mí y a por nueve personas más; yo estoy cagado, y creo que lo mejor será llegar lo antes posible al bosque. Después ya veremos.

- Pues justo delante de nosotros se alza una ciudad, aunque ahora mismo no la vemos. Tendremos que rodearla, ¿no? - informó Holger.

- Adelante entonces - dijo Mari Carmen.

No había terminado de hablar cuando sintieron el silbido de un vehículo; alarmados se dieron la vuelta, y se encontraron con dos coches de policía que se les

acercaban rápidamente por detrás, desde lejos.

- ¡Oh, oh! No esperaba que patrullaran por aquí en busca de fugitivos.

- Como no tomemos una decisión en seguida vamos a acabar malamente. Esos tipos se acercan precisamente a nosotros, y no creo que sea para preguntarnos la hora -dijo Inés.

- Tenemos que seguir andando como si nada. Sobre todo, no dejéis que os cojan. Hemos de atacarles por sorpresa -dijo Holger-. Coged las armas láser, ésas que tan sólo aturden, y cuando el Mecha dé la señal disparáis contra los polis.

- ¡Un momento! -protestó Pedro- ¿Nos vamos a liar a tiros con la policía?

- Lo prefiero a que me laven el cerebro -dejó claro Francisco-. Además, ellos empezaron primero.

Tal y como temían, los dos coches se acercaron al grupo, se colocaron delante y les cortaron el paso. Se abrieron las puertas y salieron cuatro robots grandes, de

cuerpos cilíndricos, armados con porras eléctricas.

- ¿Son ustedes Frankoq y la banda del séptimo cielo?  
-preguntó el policía.

- ¿Por qué quiere saberlo? -preguntó Ulick, extrañado ante tal afirmación.

- Están acusados de robo a mano armada, extorsión y derribo de policías.

- Somos nosotros -contestó Pedro. "Al fin y al cabo, es mejor que nos confundan con otros", pensó.

- Entonces están detenidos - zanjó el policía que estaba más adelantado, mientras se acercaba a Ulick para esposarlo. Éste esperó a que el robot estuviera a menos de dos metros y luego, más rápido que el viento, sacó su revólver y apretó el disparador, junto a un "¡Que te jodan!" muy claro. Una luz brilló un momento y el policía, desconcertado, cayó al suelo. En ese momento los compañeros empezaron también a disparar. Los policías retrocedieron; los tiros los aturdieron unos segundos, lo suficiente como para que los diez fugitivos salieran volando a toda velocidad hacia la ciudad. Sólo

unos momentos más tarde, recuperados del ataque, los robots comenzaron a perseguir a los que huían. Uno de ellos sacó un revólver láser, que llevaban en el automóvil sólo para caso de máxima urgencia, como éste, sacó la cabeza y la mano por la ventana del automóvil e intentó apuntar.

- Tienes que acercarte más, MHIJ-1543-3.

- Esos aparatos no alcanzan más de ciento cincuenta kilómetros por hora. Dentro de dos minutos treinta y cinco segundos los tendrás a tiro.

El grupo iba a toda la velocidad que daban los aparatos que llevaban en los pies. Ulick habló a través del intercomunicador, pues era imposible que lo escucharan si lo hacía a viva voz dada la separación entre unos y otros y la velocidad.

- ¡Chicos! Tengo una idea, no sé si brillante o tonta: cuando llegemos a la ciudad nos dividimos, y cada uno que vaya por donde mejor pueda, porque así tendremos más posibilidades de escapar. Nos veremos... no sé

dónde.

- ¡Ulick! -se escuchó a David por el altavoz del reloj. Recuerdo un sitio en el mapa a unos 15 km de la ciudad. Es la ruina de algún edificio. Nos vemos allí dentro de poco.

- ¡Perfecto! -Así acogieron la propuesta, después de lo que cada uno pasó más adelante o más atrás para tomar otro camino en cuanto pudiera.

Los coches venían todavía lejos. Los jóvenes pasaron los primeros edificios; se fueron adentrando en la ciudad, siempre por la misma carretera. El primero en separarse fue Holger; luego les tocó el turno a Marmeládov, David y Mari Carmen, que se metieron cada uno en una calle lateral sin pensarlo mucho. Francisco se separó después, y luego Tomás y María Jesús. Pedro se fue por un callejón oscuro y lleno de puestos de ropa. Sólo quedaban, pues, en la carretera Ulick e Inés, que se escondían entre los coches como podían. El primero gritó a su compañera:

- ¡Inés! ¡Lárgate! ¡Vamos, esfúmate por esa calle!
- ¡No me da la gana!
- ¡Eres tonta! ¡Lárgate! ¡Nos van a coger!
- ¡Si tú te largas, también yo! ¡Si no, a la mierda los dos!
- ¡Qué cabezota eres, ¿eh?! ¡Allá voy, pero espero que te apartes pronto!

Mientras conversaban a voces escucharon un ruido que todos los ciudadanos conocían desde hacía más de mil años: la sirena de la policía. Ulick miró hacia atrás y vio a los coches apartándose y al que venía persiguiéndolos avanzando por entre los demás: lo habían visto. En ese instante se salió de la carretera, por una bocacalle, momentos antes que Inés. Se fue hacia la derecha por una calle ancha, por donde transitaban pocos vehículos; su perseguidor venía detrás de él. Se volvió a desviar hacia la derecha.

Holger iba desorientado. Sabía que tenía que ir hacia

el norte para salir de la ciudad cerca de la carretera, y también sabía que no podía salir por la carretera principal porque podía encontrarse de frente con la policía. Así que decidió ir hacia el este hasta que pudiera salir de la ciudad por una carretera secundaria y seguir después esa carretera hasta que encontrara la General; y eso estaba intentando hacer por aquel entramado de calles y plazas cuando, mirando hacia adelante y con gran sorpresa por su parte, vio pasar a uno de sus compañeros por la calle perpendicular a la que él seguía. Aceleró, se asomó y, al mirar, vio a un coche de policía, con la alarma encendida, que venía por el mismo camino por el que acababa de pasar Ulick. Al verlo, pensó rápidamente en lo que hacer; cruzó el callejón y se metió en una calle paralela a la que él había seguido. El robot que conducía lo vio, y lo siguió por la misma bocacalle. Holger se dio cuenta y dobló otra vez por la primera salida que encontró. Siguió por la nueva, pero se encontró con que era un callejón sin salida; se dio cuenta de que estaba atrapado, sin salida a simple vista. Buscó con la vista algo a lo que agarrarse para escapar: no podía volver a salir por donde había entrado, porque

los polis estarían ya muy cerca de la entrada de la calle. Se fijó entonces en que la fachada del edificio que estaba frente a él tenía una ventana en cada piso: a toda velocidad se dirigió a la del primero, cogió una barra de cristal metalizado que había en el suelo y la lanzó contra la ventana delante de él. El cristal saltó hecho pedazos justo ante sus narices. Intentó disminuir la velocidad de sus botas, que tardaron varios segundos en obedecerle. Su velocidad disminuyó de repente, justo cuando entraba a través de los pedazos del cristal de la ventana. Junto a él pasó un rayo, disparado por sus perseguidores, que le rozó el hombro derecho y fue a estrellarse contra una pared, la misma contra la que se estrelló él con estrépito un momento después; cayó al suelo con un golpe sordo, atontado por la accidentada entrada que acababa de hacer y, tras un momento, se puso en pie con dificultad y miró a su alrededor: estaba en un dormitorio y, en la cama, una pareja "dormía", aunque no es ésta la palabra más exacta para explicar lo que sucedía en la habitación. En todo caso, los amantes quedaron espantados con la entrada de Holger; la mujer, desnuda, sentada sobre el hombre, tumbado bajo ella, lo

miraba aterrorizada.

- Oh, esto... perdonen, sigan, por mí no se preocupen; yo ya me iba... Soy el limpiacristales -dijo Holger, aunque sus palabras no tuvieron efecto aparente sobre la interrumpida pareja.

Holger salió del cuarto, ruborizado, y después del apartamento. Cuando se encontró en el pasillo se dirigió corriendo hacia el ascensor y subió al último piso. Salió y tocó un timbre de las habitaciones que daban al lado contrario al que había utilizado para entrar. Sonó la voz de una mujer:

- ¿Eres tú, Fede? ¿Estás preparado para una tarde inolvidable?

- ¿Es que aquí no piensan en otra cosa? -pensó en alta voz Holger.

- ¿Qué dices? le contestó la mujer.

- Esto... sí, soy Fede. Abre, rápido.

La puerta se abrió y dejó ver a una mujer de edad media, con el pelo corto y mal tipo, que lo miró extrañada.

- ¡Tú no eres Fede!

- ¿No? Oh, no me había dado cuenta -respondió Holger sonriendo. La mujer gritó:

- ¡Dios mío, que me violan!

- No te daré ese gusto, guarrona. Necesito este cuarto.

Cerró la puerta, dejó a la mujer allí gritando y se dirigió a una ventana. Miró por ella. Vio una calle ancha, pero ni rastro de los policías. Le dio al botón de apertura de la ventana. Luego puso en funcionamiento las botas voladoras: con un zumbido, se levantó por el aire.

- Puede que piensen que estoy aquí dentro aún. Bueno, ¡A toda potencia!

Con un respingo, salió disparado hacia delante por la ventana. Al salir los patines perdieron fuerza debido a la

altura, pero Holger calculó bien y fue a dar a la terraza del edificio de enfrente. Desde allí miró hacia abajo: en la puerta del edificio del que había saltado había un coche con dos policías, que gritaban con voz amplificada:

- ¡Frankoq! ¡Si dentro de un minuto no ha salido, nos veremos obligados a entrar!

Holger no pudo evitar una carcajada: ¡Los habían confundido con unos ladrones de guante blanco! Eso significaba que podían escapar tranquilamente mientras registraban el edificio por lo menos. Sonriendo aún salió de allí e intentó orientarse: afortunadamente estaba en uno de los barrios periféricos de la ciudad, y en poco tiempo salió de la misma; siguió entonces una carretera que iba hacia el noroeste, que lo llevó hasta la general. La enfiló, mirando atentamente a derecha e izquierda intentando reconocer algo parecido a unas ruinas. No tardó en encontrarlas: un edificio alto y redondo, uno de esos lugares en los que antiguamente aterrizaban los transbordadores, del que sólo quedaban trozos que se

erigían sobre el terreno como vestigios de otro tiempo que poca gente recordaba ya.

Entró en las ruinas. Por entre los muros, cubiertos de musgo y de color blanco y rojo, divisó a sus compañeros.

- ¡Ya era hora! Hace rato que te estábamos esperando.

- ¿Sí? Pues yo no he estado disfrutando precisamente de la vida. Me he encontrado frente a frente con la poli.

- ¿Con los que me iban persiguiendo? -le dijo Ulick.

- Exactamente. Pero no os preocupéis, no nos molestarán en un ratito -en pocas palabras, les contó su aventura.

- Anda, trae ese brazo y la cara que te los cure -le dijo acercándosele Mari Carmen-, que parece que te han arrastrado por una cama de clavos.

- Mujer, no será para tanto -Holger se miró el hombro, y vio que lo tenía lleno de sangre, y observó al mirarse en un espejo que tenía toda la cara arañada, con seguridad al haber entrado en la habitación de los

amantes.

- Oye -dijo entonces Francisco-, yo lo que tengo es un hambre...

- Precisamente estaba pensando en eso -le dio la razón Inés-. Después seguiremos el viaje.

Comieron rápido, aunque con voracidad, algunos trozos de carne sintética con huevos. Después de comer se pusieron otra vez en camino. El sol estaba casi en la mitad del cielo, brillante, y hacía algo de calor, pues el verano estaba a punto de llegar, aunque en Malajian los veranos no eran excesivamente calurosos, al menos dentro de la ciudad.

Así pues, siguieron revoloteando cerca de la carretera hasta que llegaron a la falda de una montaña; de allí en adelante tuvieron que ir más cerca de la carretera, porque lo que no era camino era o un barranco o la montaña.

- En tres horas llegamos. Debemos estar más allá de

Marid, a la altura de Dara poco más o menos.

- ¿Sabéis una cosa? -dijo María Jesús-. Tengo ganas de llegar y de ver el bosque de una vez. Llegará un momento en que nos hartaremos de bosque y de todo lo que nos recuerde a él, pero en éste quiero llegar y verlo. No sé, es la ilusión de conocer algo nuevo.

- Para mí que todos tenemos ganas de llegar -dijo Inés-. Además, he escuchado decir que fuera de la civilización el tiempo pasa más lento; hay más tiempo para todo, incluso para pensar. Y me gustaría pensar en muchas cosas que no puedo dentro de la ciudad, cuando llegemos allí.

- En fin, corramos y llegaremos antes -terminó Tomás.

Poco a poco se fueron metiendo entre montañas llenas de musgo en donde únicamente descarriados villorrios daban muestras de la huella humana; después atravesaron una gran llanura cubierta por hierba, alta y espesa como si de un mar se tratara, que se movía al

compás del viento como si se tratara de las olas de un mar. Los diez amigos siguieron volando por aquellos bellos parajes, hasta que avistaron una mancha a lo lejos, una mancha oscura que cubría toda la falda de los lejanos montes y se extendía por encima de ellos; una inmensidad salvaje a la vista que cubría todo el horizonte con sus plantas y árboles centenarios, y que hacía mucho, muchísimo tiempo que nadie se atrevía ni tan siquiera a explorar: el Gran Bosque de Malajian, el bosque de Numancia.

## *Capítulo diez: en el bosque.*

Los grandes arbustos y algunos árboles jóvenes habían ido sustituyendo poco a poco al prado. Los diez fugitivos se iban adentrando en el bosque, y pronto se encontraron entre las sombras de las frondosas copas, los florecientes arbustos y la mullida hierba que lo poblaba y no pudieron seguir volando por temor a clavar la cabeza en el tronco de algún gigante arbóreo, grueso, anciano, torcido y rugoso que destacaba de vez en cuando de entre la demás vegetación. Iban con los cinco sentidos puestos en lo que los rodeaba, y así veían los animalillos que se escondían a su paso asustados por la presencia de seres extraños a los que seguramente no

habían visto nunca, los páramos escondidos que llenaban formas y fondo de misterio y magia, claroscuros sutiles y pintorescos que tejían el lienzo de la maleza de vida y elegancia; oían los multiformes sonidos de los pájaros, abundantes, que revoloteaban de aquí para allá por encima de sus cabezas abriendo la paleta de sus alas; olían las frescas emanaciones que desprendían las plantas y las abundantes flores y que flotaban entre ellos tejiendo en el lugar una maraña de olores diferentes que se confundían en muchos sitios, y que siempre resultaban puros y les ensanchaban los pulmones. Así iban por entre los árboles, cantando, riendo y hablando, como si algún misterioso embrujo les hubiera hecho olvidar lo que les había traído hasta el bosque; se fueron adentrando en la honda espesura, hasta que llegaron a un arroyo.

- ¡Quiero correr, quiero esconderme, quiero derribar las murallas que me tienen encerrado, quiero llegar y tocar la llama donde las calles no tienen nombre! -iba gritando Mari Carmen.

- ¿Qué dices? -preguntó Holger.

- Oh, es un poema de hace ya un milenio que alguien encontró grabado en las ruinas de una pared, y que se me ha quedado grabado. Es bonito, ¿eh?

- Es muy bonito, tía. No sabía que tenías esa vena poética -le dijo sonriendo Pedro.

- De vez en cuando, cuando se presenta un gran momento, me gusta gritar lo que siento: me hace sentir libre. No sé, como si de repente mi voz se convirtiera en una fuente... -puso los brazos en cruz y empezó a dar vueltas mirando al cielo, hasta que cayó así al suelo y comenzó a reír; luego suspiró y colocó los brazos bajo la cabeza.

- Es lo mejor que podemos hacer los humanos -dijo pensativo Marmeládov-. Algo de lo que jamás llegarán a entender las máquinas, por mucho que avancen y muchas máquinas que inventen contra nosotros.

- Chicos -interrumpió Francisco-: siento interrumpir tan profunda disquisición, pero tenemos un problemita, y es que nos acercamos a un arroyo.

- ¡Fijaos! -gritó María Jesús con los ojos muy

abiertos- ¡En mi vida había visto algo tan bonito! ¡Agua que corre por entre la tierra! ¡Y sin nada que la empuje!

- ¿Nunca habías visto esto? -preguntó Tomás extrañado.

- No. ¿Lo has visto tú alguna vez?

- Mujer, en las películas sale mucho.

- Anda, en las películas también lo he visto yo un puñado de veces, pero yo me refería a verlo así, delante de ti. Es un placer que no he tenido nunca tan de cerca: en Malajian sólo hay ríos artificiales que son bonitos, lo cortés no quita lo valiente, pero a los que les falta vida.

- Pues ahora vas a tener que disfrutar con el agua y dentro del agua quieras o no, porque tenemos que atravesar el arroyo; no sé si te has fijado en que está justo en el medio del camino -le dijo David.

- ¿Y estará calentita este agua? -preguntó Pedro.

- Claro, pruébala.

Metió la mano en la corriente, y la sacó dando un respingo- ¡Joder, qué fría!

- A ver, Pedro -le dijo entonces, sarcásticamente, Inés-: parece mentira que tengas ya veintiséis añitos: ¡que este agua no la calienta nada más que el sol, y aquí el sol no entra mucho, como ves!

- Bueno, no lo sabía -Pedro tuvo que aguantar las carcajadas de los demás a su costa mientras se remangaban los pantalones para vadear el pequeño riachuelo. Empezaron a cruzarlo teniendo cuidado de no resbalar con las piedras del fondo del río, lisas y cubiertas de algas. Al fin, y después de que Tomás se pusiera como una sopa al caer de bruces al agua, llegaron al otro lado y continuaron el camino. Pronto el terreno se empezó a elevar.

- Debemos estar ya suficientemente dentro del bosque, ¿no? -preguntó María Jesús, cansada ya de tanto andar.

- ¡Qué va! -le contestó con un gruñido Tomás-, todavía no nos hemos acercado siquiera al límite interior del bosque.

- Sí, para estar seguros debemos caminar al menos hasta mañana por la tarde; pero habrá que buscar un

lugar para descansar esta noche, no sé, una cueva o algo así -dijo Ulick.

- Oye, ¿os habéis fijado en que nuestro jefe es el menor de todos nosotros? Eres el benjamín del grupo, Ulick -advirtió Mari Carmen, aunque ya lo sabían.

- Ya -dijo Holger-, pero, no sé por qué, me inspira confianza. Tienes un don especial para llegar a líder, ¿sabes?

- Oye, que quede claro que yo no he decidido ser líder ni nada de eso. Además, no me hace ni chispa de gracia, pero lo habéis decidido entre todos, y alguien tenía que tomar las riendas, ¿no? Pero lo dicho: yo, de pastor, ni mijita.

- Pero si yo no me quejo, Ulick -le dijo Tomás-. Es más, no sé que sería del mundo si no llegas a estar tú en el lugar equivocado en el momento equivocado.

- Todavía no sabemos lo que va a ser del mundo -le contestó Ulick.

- Es verdad, pero hay una diferencia entre una cosa y otra: la esperanza que llevamos con nosotros y que, si no

llega a ser por ti, no existiría.

- A lo mejor -respondió cansinamente Ulick-; de todas formas, ahora no tengo ganas de pensar en cosas profundas: dejémoslo para mañana, por favor. Lo que quiero es encontrar una cueva que no esté habitada por ningún animal extraño, echarme a dormir y soñar con angelitos.

- Y que sea antes de que llegue la noche, porque después vamos a encontrar pocas cuevecitas.

Siguieron caminando hasta que el sol se puso. Al fin, en la ladera de una montaña, encontraron lo que buscaban; rendidos, descansaron a la entrada del agujero negro.

- ¿Quién será el primero en entrar? -preguntó Ulick.

- Tú, por hablar -le contestó Tomás.

- Eso no vale; no lo voy a hacer yo todo, ¿no?

- Todo no, pero entrar ahí el primero sí -dijo Francisco-. Porque yo no voy a meterme en esa cosa sin saber lo que me puedo encontrar dentro; por lo menos

no el primero.

- Bien, entraré yo, porque está visto que si no se nos va ha hacer de noche aquí fuera -dijo, resignado y como dando importancia a lo que iba a hacer, Ulick. Miró hacia el oscuro agujero con desconfianza; luego, tragando saliva, encendió la linterna y penetró en la oscuridad. Desde dentro se oyó:

- ¡Puaj! ¡Esto está lleno de hilos pegajosos! ¡Joder, es grande! ¡Es grandísimo! ¡Es...¿Qué es eso que me mira? ¡Ojos... miles de ojos! ¡AAAhhhh! ¡Socorro!

De pronto lo vieron salir corriendo lleno de telarañas, gritando y a lo que le daban las piernas. Detrás de él, batiendo las alas, salió una multitud de pequeños murciélagos que, al parecer, habían sido despertados de mala manera por la linterna de Ulick. Al verlos, los que esperaban fuera se echaron a reír.

- Si seguimos con estos huevos vamos a durar poco aquí -dijo Francisco.

- Esto... lo he hecho para despistar- dijo Ulick,

cuando se tranquilizó-. Además, si tú eres tan valiente, ¿por qué no has entrado tú?

- Para despistar, sí... Oye, pues te ha salido muy real- le respondió Marmeládov, aún riendo.

- Ya lo ves, soy muy buen actor.

- Creo -dijo finalmente Holger- que lo mejor será que nos metamos todos juntos, y así el chillerío en caso de susto será general.

Eso hicieron; empezaron a explorar la cueva, y pronto se dieron cuenta de que cabrían de sobra, porque era más grande de lo que habían podido pensar y seguía hacia el interior hasta más allá de lo que se atrevieron a andar; decidieron, pues, arreglar la parte más exterior y quedarse a dormir allí aquella noche.

- Inés, haz el favor de hacer un fuegucito mientras arreglamos esto.

- Es la primera vez que lo hago, así que, si no me sale bien, no se os ocurra reíros a carcajadas.

- No te preocupes: nadie aquí es experto en estas

cosas, pero si no lo intentamos nunca lo seremos.

- Está bien, está bien. Allá voy.

Al poco rato de marchar regresó de la entrada de la cueva: su larga melena morena estaba recortada a la altura de la barbilla y traía las manos y la cara chamuscados.

- ¿Qué has hecho? ¿Te has cambiado de "look" así, de repente? -le preguntó Francisco, sorprendido.

- Muy gracioso. Pues no, simplemente se me fue la mano con el láser, la madera estaba muy seca y se prendió muy pronto. Consecuencia: mi mata de pelo se ha ido a la mierda, y me he asado un poco.

- No te creas, el pelo así te queda perfecto -le dijo Ulick.

- Sí, digamos que aumenta "el atractivo natural de tu especial físico" -continuó David.

- Eh, a ver si se lo cree, con tantos admiradores -advirtió Marmeládov, que estaba más allá preparando las camas.

Desde fuera llegó la voz de María Jesús.

- ¡Cuando terminéis con el cachondeo podemos empezar a comer!

- Yo voy a lavarme la cara en... -dijo Inés.

- ¿En el arroyo? -dijo Marmeládov.

- ¿De noche? -advirtió Mari Carmen.

- ¿Qué pasa? -les contestó ella-. Dadme una linterna.

Mientras ella bajaba al arroyo a enjuagarse, los demás pusieron los alimentos en el suelo, sobre un soporte, y esperaron a que llegara la que faltaba. Vino poco después, con el pelo, la cara y las manos chorreando.

- Podemos empezar, ya estoy lista.

- ¿Sabéis? Cuando veo aquí la comida y a todos alrededor, me acuerdo de algo que hacía siempre mi madre en Nebulón -dijo Ulick mirando al cielo-: le daba gracias a Dios por los alimentos que nos íbamos a comer.

- ¿Dios? ¿Tú crees en esas chorradas? -le dijo Pedro.

- Oye, no es una chorrada, es serio. No sé, nunca me he planteado el creer en Dios o no, pero ahora que me encuentro aquí, tan lejos del poder del hombre y tan cerca de la naturaleza...

- A mí -dijo Holger- siempre me ha dado la impresión de que Dios existe: no sé, es que no me acabo de creer eso de que el hombre es el único Dios que hay o que este mundo se explica a sí mismo, porque ¿cómo cojones es esto de aquí tan perfecto? Algo tiene que haber, se llame Dios o se llame como cojones quiera.

- Yo sí creo que el universo es autocontenido. Y creer en Dios sólo sirve para comerse el coco -dijo Francisco.

- ...Algo propio del hombre, si me permites -le contestó Mari Carmen-, y que no tenemos más remedio que hacer si queremos sobrevivir. Yo no tengo muy claro ese tema, pero cuando no tienes nadie a quien pedir ayuda, a mí siempre se me levantan los ojos al cielo.

- Yo no soy cristiana -dijo Inés-. De todas formas, ser cristiano debe ser difícil si se lo quiere tomar uno en

serio; hay que plantearse la vida mucho más radicalmente de lo que se hace hoy en día, según he escuchado yo, y hay que tener ideales más altos que los de este mundo en el que no se preocupa uno de nada. Espero que si Dios existe esté con nosotros en esto, y que nos dé fuerza para resistir hasta el último minuto... si existe, que no lo tengo claro.

- Si es que existe, yo también espero que nos ayude -dijo Francisco-, porque si no estaremos bien jodidos.

- ¿Habéis visto que, aunque digamos que no sabemos si está ahí, le pedimos ayuda por si acaso? Necesitamos una seguridad, tíos, por mucho que pasemos del tema. Hasta Francisco lo ha demostrado -observó Mari Carmen.

- Es verdad, no he caído -dijo éste-. Es que lo más cómodo es decir que ni idea, y a mí me gusta ser cómodo; aunque tendré que acostumbrarme a vivir incómodamente. En fin, vamos a comer, que se enfría.

Cenaron bien; estaba oscuro cuando terminaron y,

después de quitar las sobras, se fueron a acostar, porque al día siguiente les esperaba una dura jornada de camino y trabajo. Utilizaron la segunda habitación natural de la cueva para dormir, que estaba más a resguardo de la intemperie. La mayoría durmió poco y mal, y lo que durmió fue por el cansancio acumulado durante todo el día.

La mañana siguiente amaneció despejada; se despertaron pronto, antes de la salida del sol, y se pusieron en camino colgándose las mochilas al hombro. Tuvieron cuidado de no dejar basura descarriada y, para cuando el sol lanzó sus primeros rayos a través de la noche, ya estaban en camino. Iban con las botas de campo y trastabillaban a menudo por aquellos contornos desiguales que no estaban acostumbrados a andar; Tomás iba al final, resoplando, comprobando que la grasa le molestaba en aquella situación, sudando y respirando ajetreadamente.

Conforme se iban adentrando en el bosque los

árboles se iban haciendo más grandes, los troncos más fuertes y los arbustos más espesos. Los animales huían a su paso, asustados de aquellas presencias extrañas a sus ojos, y miraban con curiosidad las mochilas que cargaban los diez a las espaldas. El rocío brillaba en las hojas de las plantas y mojaba los pies de los caminantes, que se abrían paso entre ellas; iban hablando sin cesar por entre matorrales, contando historias o quejándose de la incomodidad del camino cuando alguno se pinchaba las piernas, que ocurría a menudo. Poco a poco el sol iba subiendo en su camino, calentando las copas de los árboles y llenando de belleza incomprensible el lugar, haciendo salir a los animales diurnos de sus escondrijos en busca de caza o comida e invitando a disfrutar de la mañana fresca y húmeda.

Estuvieron caminando durante todo el día, descansando a ratos, y al llegar el crepúsculo, cansados de trotar, buscaron un claro, porque en aquella parte del bosque no había cueva o algo parecido y, después de cenar, tendieron los colchones inflables sobre el suelo e

intentaron dormir algo, aunque de nuevo pocos pudieron hacerlo: los ruidos de la noche les hacían abrir los ojos a menudo y mirar nerviosamente a derecha e izquierda, y los que durmieron lo hicieron con sueño inquieto o absurdas pesadillas.

Amaneció (por fin para la mayoría) el tercer día del grupo en el bosque, y todos lo acogieron con alegría a pesar de no haber podido pegar ojo. Después de tomar un buen desayuno empezaron a explorar las copas de los árboles para ver en cuál podía meterse mejor una choza para que no se viera; después de un rato de mirar y remirar árboles, eligieron los más apropiados de los alrededores para hacer cinco cabañas, suficientes para los diez; los que fueran llegando después, si conseguían convencer a alguien, se harían la suya propia. Cada cabaña iba a tener dos departamentos para la intimidad de cada uno de los del grupo: los planos quedaron hechos en un santiamén, y quedaron cinco cabañas de quince metros cuadrados con sitio para un colchón y una mesa, prácticamente lo indispensable; las cosas que

ocuparan más espacio se meterían en otra cabaña aparte, un poco más grande.

Antes del mediodía se pusieron manos a la obra: cortaron algunos árboles con las sierras láser y les quitaron la corteza que les serviría más tarde para hacer los techos, impregnadas de un material impermeable. Más tarde cogieron los troncos y los rebanaron, no sin gran esfuerzo y sin que muchos salieran torcidos. Cortaron los menos árboles posibles, para no dañar el medio en el que estaban y evitar perturbar lo que les rodeaba; elevaron las tablas cuando las tuvieron cortadas y las dejaron en lo alto de los árboles: no pudieron hacer más aquel día, y se fueron a descansar. Durmieron un poco más que la primera noche a la intemperie, pero tampoco se caracterizó ésta por dormir mucho. El día siguiente fue también de trabajo descomunal; en él consiguieron hacer un par de esqueletos de cabañas.

Dos semanas después los habitáculos quedaron

acabados, desde el techo, en donde habían puesto las cortezas impregnadas de un aceite especial que hacía que el agua resbalara, hasta el suelo, hecho de tablas soldadas; También construyeron puentes colgantes para pasar de unas habitaciones a otras. Después de terminar comprobaron que nadie que pasara por debajo o por encima de los árboles se diera cuenta de que ellos estaban allí. Para bajar de las chozas, un problema que se presentó pronto, ya que no podían estar siempre escalando el tronco, Francisco ideó un ingenioso sistema de poleas que los transportaba suavemente.

- Creo que está todo -dijo entonces, satisfecho con el trabajo que habían hecho, Marmeládov.

- Bien, ahora -dijo Ulick- que estamos más tranquilos y tenemos casa donde dormir, vamos a preparar la estrategia.

- En primer lugar, aunque ya sé que es una sugerencia un poco tonta, debemos conseguir que se nos una un grupo numeroso de gente para poder formar un bando rebelde dispuesto a luchar -dijo Inés-. Propongo que salgamos dentro de tres días a convencer a los que

podamos.

- Yo -dijo David- iré a los barrios bajos de Malajian. De allí podemos sacar un grupito de insumisos.

- Voy contigo -dijo Pedro-. Lo mejor es ir de dos en dos, por si pasa algo.

- Vale -dijo Marmeládov-. Yo iré a la parte de Ashia; ya sé que está lejillos, pero allí hay gente fuerte y dispuesta, seguro; lo digo porque yo soy de allí. ¿Quién me acompaña?

- Yo mismo -respondió Holger.

- Yo iré a Merika -dijo Inés-, y de paso compro uno o dos aparatos que nos pueden ser de utilidad. ¿Me acompañas, Mecha?

- No -dijo éste, ante el asombro de todos-, yo iré a Malajian.

- ¿Estás loco? -le replicó Inés.

- No sé, pero dentro de poco llegan allí los presos que han cumplido su condena, de los mundos oscuros, y entre ellos tengo un amigo al que quiero mucho. Quiero que nos acompañen. Quiero que esa gente se nos una, y

quiero ir solo.

- ¡Ni lo pienses! -le volvió a replicar Inés- ¡Eres el menor de todos, debes ir acompañado! ¡Puede ser muy peligroso!

- También soy el jefe de todos, Inés, recuérdalo. Y sé que puede ser muy peligroso. Pero dime, ¿quién puede estar más cabreado con el sistema que ellos? Iré solo, lo queráis o no. No me cogerán, sé bien lo que hago, y os aseguro que lo he pensado detenidamente. Así que, los cinco que quedáis, repartíos, y ya está.

- ¿Y quién se quedará al cuidado del campamento?

- Nadie. Nadie sabe que estamos aquí y nadie lo sabrá durante mucho tiempo. No hay problema.

- Bien -dijo Inés-, aunque no estoy de acuerdo contigo en lo de que vayas solo a Malajian lo acepto, porque parece ser que no me queda otro remedio. Y entonces, ¿quién se viene conmigo?

- Yo mismo -dijo Francisco.

- Os acompaño -dijo Mari Carmen.

- Bien, Vampi; yo entonces iré con María Jesús -dijo

Tomás.

- Muy bien, ahora que están repartidos los grupos -dijo Ulick-, que cada uno se divierta como mejor pueda en estos días que faltan. Yo voy a echar un vistazo por ahí; quizás me dé un baño en el río. ¿Quién me acompaña?

- Voy contigo -dijo Marmeládov.

- Me quedo ordenando cosas; no tengo ganas de mojarme ahora mismo -dijo Pedro.

- Como quieras, Playboy -le respondió Ulick, y comenzó a andar hacia la espesura. Se dirigió hacia un pequeño lago que había cerca de donde se habían instalado, y que habían descubierto hacía unos días mientras daban un paseo. Junto a él iban Marmeládov, Holger y Tomás, hablando entre ellos, bromeando y haciendo tonterías. Inés y Mari Carmen se fueron también, por otro lado, a dar un paseo.

Ulick y los que iban con él llegaron a un paraje que no habían visto antes: un claro en el bosque en cuyo

centro se levantaba un enorme árbol que sobresalía por encima de los circundantes, y que llamó la atención de los excursionistas al momento:

- Os hago una apuesta -dijo Ulick a los demás-: a ver quién sube antes a lo alto del árbol y vuelve a bajar en menos tiempo.

- Vale -aceptó Marmeládov-, yo estoy de acuerdo; pero ¿qué nos apostamos? Para que haya apuesta debe haber un objeto claro.

- La mitad de la cena -dijo Tomás-; es difícil para mí, pero seguro que os gano a todos.

- Por mí perfecto -dijo Holger.

Todos se prepararon al pie del árbol, que era muy ancho, y por el que podían subir los cuatro a la vez. Era el árbol difícil de escalar en su primer tramo, sobre todo para pies tan poco acostumbrados a ello como los de los tres amigos, porque no tenía suficientes ramas de donde asirse; sin embargo, a medida que se iba subiendo por él la copa se iba haciendo más y más espesa. Al final el

tronco, mucho más delgado, volvía a desnudarse.

Al grito de ¡Ya! ocho manos se aferraron con fuerza a los primeros nudos del tronco y ocho piernas se unieron al movimiento abarcando todo el pedazo posible para evitar caerse. Marmeládov empezó a subir con más fuerza, delante de Holger. Detrás iban Ulick y pegado a él Tomás. Al principio todos resbalaban al no encontrar asidero seguro para sujetarse pero, conforme iban hacia arriba, las ramas aumentaron y con ellas la velocidad de los cuatro "escaladores"; Ulick alcanzó a Holger, que se iba distanciando cada vez más de Marmeládov que, con sus potentes brazos, ascendía rápidamente por el tronco. Éste fue haciéndose cada vez más delgado y dejando menos sitio para poder adelantar al oponente.

Marmeládov fue el primero en alcanzar la copa; empezó a bajar aún más rápido de lo que había subido. Ulick llegó arriba en tercer lugar, justo después de Holger, pero, ante el asombro de los otros, hizo algo impensable: se lanzó desde arriba con un grito para

alcanzar una rama que sobresalía tres metros más abajo. La alcanzó y se asió a ella con ambas manos pero, desgraciadamente para él, la rama cedió y se partió con un fuerte crujido. Había muchos metros desde allí hasta el suelo; dando un grito de terror al verse con la rama en la mano Ulick cayó en picado; cerró los ojos. Deseó por un momento estar en otro sitio, en el lago. Volvió a abrirlos, justo para ver cómo se daba de bruces contra...

El agua del lago. Desconcertado al sentir el puro líquido mojar todo su cuerpo, se preguntó qué era lo que podía haber pasado. Salió con esfuerzo a la superficie, chapoteando. Miró en derredor suyo. Estaba, ciertamente, en el lago que habían descubierto hacía poco: reconocía las rocas, la orilla fina, las plantas que flotaban... pero, ¿cómo había llegado hasta allí? Nadó hacia la orilla mientras la cabeza le daba vueltas. Entonces escuchó unas voces que le llamaban.

Eran Inés y Mari Carmen.

## *Capítulo once: un suceso inexplicable.*

- ¿Ulick? ¡Ulick!

Inés y Mari Carmen estaban tendidas al sol, en la orilla; Mari Carmen estaba mirando hacia las rocas cuando vio en medio del lago aparecer algo en el aire que cayó rápidamente al agua. Llamó la atención de Inés que, cuando escuchó la zambullida, dio un salto. Ambas se quedaron con la boca abierta; cuando se recuperaron un poco de la impresión, sobre todo Mari Carmen, ambas se levantaron y se dirigieron corriendo hacia

Ulick, que estaba nadando apuradamente para alcanzar la orilla.

- ¡Ulick! ¿Qué leches ha pasado? -le preguntó Mari Carmen.

- ¡Joder, no tengo ni idea! Te juro que estaba bajando del árbol, me caí, y de repente me encuentro en el lago. ¡No lo comprendo!

- ¿De qué demonios estás hablando? -preguntó Inés.

- No sé exactamente -En pocas palabras, Ulick les contó su pequeña aventura. Las dos se miraron con cara de no entender nada cuando llegó la parte extraña de la historia.

- ¿Quieres decir que tú no llegaste a las rocas y te tiraste desde ahí?

- ¡Te digo que no!

- Entonces sí que es inexplicable la cosa. Además, yo lo he visto aparecer en el aire a pocos metros del agua, es verdad -dijo Mari Carmen con cara de haber presenciado un espejismo.

- Así que resulta que es verdad eso de que tenemos

un mago en la familia... -bromeó Inés.

- Hazlo otra vez, tío. ¡Es alucinante!

- ¿Y cómo quieres que lo haga si no sé cómo lo he hecho?

- No sé, concéntrate, intenta levantar del suelo... una piedrecita, por ejemplo.

- ¿Que intente qué? Oye, Mari Carmen, tú has visto mucha televisión...

- ¡Venga ya! No me dirás que es común desear estar en un lugar con todas las fuerzas y aparecer allí al momento. ¡Tío, tienes un cabezón que vale millones!

- No... no digáis gilipolleces, chicas... ¡Tiene que haber una explicación racional para todo esto! Yo... yo no quiero tener nada raro en la cabeza, ¡quiero ser normal!

- Hay cosas que son como son -le dijo Inés-, y y si tienes un cerebro superior lo tienes quieras o no. Y debes utilizarlo para liberar a la humanidad, que es ni más ni menos para lo que estamos aquí. Tienes que comprenderlo y aceptarlo, Mecha...

- ¡No sabes lo difícil que se me hace! ¡Hasta hace dos meses era un joven vulgar y corriente en Nebulón, que es lo que quiero ser, y mírame ahora!

- Te he dicho -tomó otra vez la palabra Inés- que cuando tengas algún problema me lo cuentes, porque los amigos estamos para ayudarnos. Sé que esto es difícil para ti, pero nos tienes a los demás. Sólo prométeme que vas a utilizar eso que te pasa para el bien, nada más.

- No sé, estoy... confuso. Necesito pensar.

- Anda, tienes tres días para averiguar cómo haces esas cosas. Vamos, hombre, alegra esa cara y mira el lado bueno: serás un espía fantástico.

- ¡Mecha! ¡Maldito cabrón! -exclamó Marmeládov cuando lo vio caer desde lo alto.

- ¡Se ha matado! ¡Dios mío, se ha matado!

- ¡Vamos! -dijo Tomás-, ¡hay que bajar! ¡Vamos, puede que podamos salvarlo! -Descendieron lo más rápidamente que pudieron. Marmeládov fue el primero

en tocar el suelo.

- Por cierto, he ganado la apuesta -dijo.

- No, la ha ganado Ulick -le corrigió Holger.

- Pues aquí no hay ni rastro de él.

- ¿Cómo? Eso no puede ser, ha caído...

- Bueno, terminad de bajar de una vez y lo veréis. Es más, ni siquiera hay señal de que haya llegado al suelo; aquí debería estar por lo menos la hierba aplastada, pero no hay ni rastro.

- ¿Qué pasa? ¿Se ha esfumado? -dijo Tomás.

- Busquemos por los alrededores, puede que haya caído más allá.

- ¿Más allá? ¿Más allá? -dijo, confuso y mirando alrededor, Holger- Mira, el arbusto más cercano está a siete u ocho metros: esto es un claro del bosque, y no creo que el Mecha sea Superman y haya salido volando y aterrizado en sitio blandito.

- ¿Cómo te lo explicas entonces?

- Vale, vamos a buscar más allá, pero te aseguro que

no encontraremos nada. -Se alejaron en círculo mirando entre los árboles más próximos, gritando su nombre e intentando escuchar con atención cualquier sonido, aunque fuera un gemido, que delatara su presencia. Sin embargo, lo que oyeron los dejó atónitos: risas que venían hacia ellos, y más tarde a los que las provocaban, Inés y Mari Carmen. Detrás de ellas venía Ulick, serio y pensativo.

- Pero... ¿qué es esto? -preguntó Marmeládov completamente confundido.

- Oh, nada, -contestó Mari Carmen- Venimos del lago.

- Eso ya lo veo, pero lo que no me explico es cómo es posible que Ulick venga del lago: no sé si recordarás -se dirigió a él- que hace quince minutos estabas cayendo al suelo, gritando. ¿Alguna explicación clara?

Inés les contó entonces lo ocurrido, en pocas palabras. Ulick permanecía retrasado, con la misma expresión.

- ¡Venga ya! -exclamó Holger, incrédulo-; no me dirás que eso que acabas de contar es verdad...

- Lo es.

- Pero... -al ver que hablaba en serio, Holger levantó las manos y exclamó- ¡En fin! Cosas más raras no puedo decir que haya visto nunca, pero algún día tenía que hacerlo. Ahora resulta que soy amigo de un tío que hace lo que quiere con su cerebro, y que encima quiere salvar el mundo; en fin,... ¡Me cago en la leche! ¡Esto es de locos! Bueno, hay que estar un poco loco para haberse venido aquí, pero...

- Oídme: creo que Ulick necesita estar solo -dijo Inés-, así que sería buena idea que nos largáramos. Ulick -habló con él-, cenamos a las nueve. Te esperamos.

- Gracias. Necesito pensar. Estoy confuso, y me vendrá bien centrarme, y de camino veré lo que me pasa en la cabeza, aunque me da susto. Hasta luego.

Cuando se alejó en dirección a la parte más espesa del bosque, Inés dijo a los que estaban con ella:

- Han pasado demasiadas cosas para él en demasiado poco tiempo, y no sé si será capaz de asimilarlas todas;

tenemos que ayudarlo a que se sienta bien y apoyarle en lo que podamos. Ha pasado de ser un muchacho callejero a un hombrecito que no comprende su cuerpo y que tiene la misión de arreglar el mundo... y es el más pequeño de nosotros y el que tiene menos experiencia. Sin embargo, es un tío que vale un montón y puede ser el mejor líder para una hipotética rebelión, y por eso tenemos que hacer que se sienta bien siendo líder y que aprenda a serlo.

- Tienes toda la razón -dijo Holger-; no sé qué sería del género humano si no hubiéramos conocido a Ulick. Estoy empezando a querer a ese chico, y lo respeto y lo respetaré a pesar de que tiene cuatro años menos que yo, que no es poco... ni mucho.

- Bueno, ya está bien de halagos; todos sabemos bastante bien quién es Ulick -dijo Tomás-. Yo sigo con la idea de chapotear un poco en el lago: ¿me acompañáis?

- Vamos todos.

- ¡Eh, esperadnos! -María Jesús, Francisco, David y Pedro venían vereda abajo- Nosotros también vamos, ya hemos terminado con el campamento.

Pasaron el día en el lago, tomando el sol y bañándose, una experiencia nueva casi para todos; en la ciudad no se usaba agua real para la limpieza del cuerpo, sino rayos limpiadores con el mismo efecto pero que no proporcionaban el placer de encontrarse como ahora los nueve amigos. Durante todo el día Ulick no apareció; al atardecer regresaron todos al campamento, pero tampoco estaba; supusieron que seguiría en la espesura y que regresaría cuando quisiera. Inés, poco después de llegar, salió otra vez.

- ¿Dónde vas? -le preguntó María Jesús.

- A dar una vueltecita.

- ¿Te acompaño?

- No, déjalo, quiero estar a solas un rato.

- Como quieras. Dentro de dos horas cenamos, te lo digo para que lo sepas.

- Oh, no sé si cenaré o no. De todas formas, si no he llegado no me guardéis comida.

Inés se dirigió a la espesura. Tenía deseos de ver qué era lo que hacía Ulick; sentía algo hacia él, una atracción irresistible que había aumentado con el tiempo, pero aún no había podido hablar en serio y a solas con él. Mientras caminaba iba observando el terreno para intentar divisarlo, pero, tras una hora así sin ver ni rastro de él, se dispuso a regresar al campamento para cenar. Observó entonces una luz entre los árboles; se acercó, miró y se quedó de piedra: Ulick estaba flotando en el aire. Junto a él dos arbustos, con las raíces fuera de tierra, bailaban, saltaban y brincaban, moviendo las ramas en forma de brazos. Inés se frotó los ojos para ver si era una alucinación, pero, si lo era, no lo parecía.

De repente los arbustos dejaron de danzar y se acercaron hasta donde estaba ella: uno le hizo una reverencia y el otro le alargó una de sus ramas para que apoyara la mano. Inés lo hizo, y fue acompañada por los dos arbustos, con rítmicos saltos, hacia Ulick. Éste abrió los ojos, y en ese instante los dos arbustos metieron sus raíces en el suelo y adoptaron su forma original. Ulick

cayó al suelo con estrépito.

- Esto..., hola, Inés -dijo, cuando se levantó.

- Es... es... eres increíble,... ¿cómo lo haces?

- No sé, yo me concentro en algo profundamente, todo lo profundamente que puedo, y si no es muy difícil ocurre.

- ¿Y si no es muy difícil? ¿Quieres decir que poner a bailar a unos arbustos no es difícil?

- No, o sea, para la imaginación. Es más difícil, yo qué sé, hacer aparecer un ejército de moscas gigantes, por ponerte un ejemplo bastante tonto.

- Muy gracioso,... ¿y cómo sabías que te estaba observando?

- Oh, te he estado miran... -se le quebró la voz cuando observó su desliz al decir lo que estaba diciendo- do durante tu paseo por el bosque.

- ¿Qué? ¿Cómo has hecho eso?

- No lo sé, yo quería saber dónde estabas, me concentraba y... te veía borrosamente, te sentía.

- ¿Querías saber dónde estaba?

- Sí, yo... o sea, te quería ver.

- ¿Para qué?

- Para nada, simplemente te quería ver. Para nada en especial.

- Bueno, yo también tenía ganas de verte.

- Pues aquí estamos ambos -el silencio reemplazó a las palabras, y durante un rato nada se escuchó. Al fin, Ulick carraspeó:

- Te tengo que decir algo, Inés... pero no sé cómo hacerlo.

- Dilo. Soy toda oídos. ¿Qué es?

- Ufff... es que es muy difícil, ¿sabes?

- Te gusta hacer esperar, ¿eh?

- No, me gustas tú -su piel enrojeció al instante.

El silencio volvió a llenar el ambiente.

- ¿Cómo?

- Que me gusta tu cara, tu pelo, tu cuerpo, tu forma

de ser..., que estoy enamorado de ti, joder.

- Sí que es una cosa seria. Yo... yo también quería decirte algo, pero me temo que te has adelantado.

- ¿Qué?

- Pues eso, que tú también me gustas mucho, y que me alegro de que me lo hayas dicho antes. Creo que te quiero, y que me gustará vivir contigo.

- Yo...

- No digas nada, simplemente bésame.

Los dos se miraron a los ojos. Se acercaron más, hasta que los labios jugosos de ella se unieron en un largo beso a los de él. Se abrazaron así, respirando entrecortadamente, y cayeron al suelo, donde sus ropas dieron paso a sus cuerpos desnudos. Ulick, debajo de Inés, no dejaba de besar su cuerpo y de pasar las manos nerviosas por encima de él; ella hacía a las suyas navegar libremente. Les parecía que el tiempo se había detenido para ellos, que el bosque había dejado de hablar para acompañarles, que nada importaba excepto

el otro. Así estuvieron hasta que Ulick sintió cómo su cuerpo dejaba de obedecerle, cómo sus venas se dilataban más y más hasta el punto de querer explotar, cómo sus ojos se nublaban mirando a los de ella, que le devolvía la mirada con desatada pasión; y envueltos en convulsiones de puro placer, llevados por el otro al límite, los dos amantes cayeron, rendidos, en un profundo sueño.

Cuando Inés abrió los ojos la luz aún no se había ido. Poco a poco fue levantando el dolorido cuerpo, después de haber pasado no sabía cuánto tiempo tendida en el suelo del bosque. A su lado yacía aún Ulick. Inés miró al cielo; el sol estaba aún allí, pero había pasado toda una noche, porque estaba en el este. Inés se desentumeció frotándose las piernas y los brazos, se estiró un poco y se colocó la ropa. Después sacudió a Ulick.

- Mecha, despierta. Ya es de día.

Ulick abrió un ojo. Sonrió al ver la cara de Inés

delante de la suya, y le dio un beso en la boca.

- ¿Sabes? Es mucho mejor que hacer andar a dos arbustos.

- Venga ya, hemos de regresar al campamento. Por cierto, te has portado muy bien -Inés miró voluptuosamente a su compañero al decirlo.

- Te quiero.

- Yo también. Anda, vamos.

El campamento estaba tranquilo; era todavía muy temprano, y la gente estaba aún acostada. Ulick se colocó junto al árbol en el que estaba su choza.

- Es mejor que disimulemos. Nos vamos cada uno a nuestro tugurio, y nadie sabe que hemos faltado. ¿Te parece?

- Como quieras. Y una cosa: hoy no espíes mis pasos. Verás, me pareció muy sensual que lo hicieras ayer, pero no quiero ir por ahí nerviosa creyendo que me vigilas.

- No te preocupes, no lo haré más.

- Gracias. Buenos días.

- Buenos días.

Se besaron aún más de una vez antes de separarse, y después cada uno trepó a su departamento, pero ninguno de los dos pudo dormir: a sus mentes volvía en escenas lo de la tarde anterior, y ni ella ni él hacían por apartar de su cabeza aquello.

Le hizo volver a la realidad el porrazo de Pedro en la puerta.

- ¡Eh, Mecha! ¡Dormilón, que estamos ya todos de punta!

- ¡Voy, voooy, Playboy! ¡No te pongas pesado, hombre, que ya salgo!

El sol estaba alto cuando desayunaron. Después estuvieron decidiendo lo que hacer durante todo el día.

- Yo me voy al bosque con Holger y Tomás, para explorarlo -dijo Pedro-. Hay un montón de sitios por aquí cerca que no sabemos cómo son. ¿Quién se viene?

Fueron todos menos Ulick, que se quedó intentando descifrar los secretos de su mente. Durante el camino iban hablando sobre el próximo viaje:

- Nosotros nos iremos de mañana; tenemos que llegar al aeropuerto más cercano a mediodía -dijo Marmeládov.

- ¿A qué hora? -preguntó Inés- Raida y yo os acompañamos.

- No sé, a las ocho está bien. Tendremos que utilizar las botas voladoras para salir más rápidamente de lo que entramos.

-Nosotros saldremos de tarde; no tenemos demasiada prisa: Malajian está más cerca que otro lado -dijo Pedro.

- Nosotros a mediodía -dijo Mari Carmen-; yo tengo que arreglar unas cosillas antes de largarme.

- ¿Y el Mecha? ¿Cuándo se irá? -preguntó Marmeládov.

- Cualquiera sabe; de todas formas irá seguramente solo -dijo Inés.

- No vinisteis ninguno de los dos a cenar anoche -observó Maria Jesús-. ¿Lo encontraste?

- Esto... nnnno, no exactamente. Estuve... pensando un rato.

Ulick subió a un árbol cercano al campamento, se sentó en una de sus gruesas ramas e intentó concentrarse, pero el pensamiento se le iba una y otra vez hacia Inés. "Tienes que distraerte menos, a ella ya la verás", se dijo a sí mismo. Lo intentó otra vez: poco a poco fue entrando en sí mismo y alejándose de los ruidos que lo rodeaban.

Durante todo el día los exploradores husmearon por un montón de sitios y encontraron otro río, grande, que se unía al que ya conocían algunos kilómetros más abajo; un lugar libre de arboleda en el que podían sembrar cuando aprendieran a hacerlo, y varios parajes bellos y recónditos donde pasaron el rato admirando lo que veían. Llegaron, casi de noche y casi al mismo

tiempo que Ulick, al campamento, y cambiaron impresiones con él.

- Bueno, Mecha, nos tendrás que enseñar lo que has aprendido, porque yo aún no me creo eso de que seas tan especial -le dijo Pedro.

- Te asombraría ver todo lo que sé; he tenido muy difícil concentrarme hoy, por causas varias -miró a Inés cuando dijo esto-, pero he descubierto cosas sobre mí que si me las hubieran contado me hubiera echado a reír. Lo que necesito ahora es tomar experiencia, utilizar mi mente en el momento necesario y en el lugar necesario, reaccionar al instante cuando se presente un problema.

- Ilumínanos, pues, con tu saber -le dijo Mari Carmen sonriendo.

- Una preguntita, si me permites -le pidió Francisco:- ¿cómo es que ahora puedes hacer todas esas cosas fantásticas y antes no?

- Antes no sabía cómo hacerlas y ahora sí. ¿Qué queréis que haga? Sencillo, por favor.

- No sé si es demasiado práctico, pero ¿por qué no enciendes una buena candela para la cena?

- Perfecto -cogió un tronco que había cerca, lo miró fijamente y al poco tiempo empezó a arder con fuerza.

- Ahora reunid ramas para la candela, que todo puede ser que me quemé con la cosa de las demostraciones. Y no me pidáis que haga más cosas raras hasta que no sea necesario, que me cuesta y lo paso mal.

Después de cenar estuvieron charlando a la luz del fuego que habían hecho y de la luna llena; se impartieron los últimos consejos y se despejaron las últimas dudas antes del gran viaje, del que dependía el éxito o el fracaso de la rebelión en gestación: si conseguían ser convincentes con la gente a la que iban a buscar quizás tuvieran alguna posibilidad de éxito. Si no, el fracaso sería inevitable.

- Tenemos que estar de vuelta aquí dentro de un mes como mucho -dijo Marmeládov-. Lo difícil de todo esto es saber cómo convencer a la gente del peligro que

corre.

- Ahí no hay ley -dijo Mari Carmen-, cada uno debe confiar en su don de palabra y en la verdad de lo que decimos.

- Yo personalmente quiero estar en el aeropuerto cuando traigan a los presos de los Mundos Oscuros -dijo Ulick-. Los primeros días que pasan en la Tierra están encerrados mientras comprueban que son aptos para la reinserción. Mientras tanto puedo ir haciendo algo con ellos.

- Bueno, ya se nos irá ocurriendo algo genial -dijo David-; yo me voy a la cama, que estoy muerto de sueño y mañana nos espera un duro día. Hasta mañana.

Uno por uno, todos se fueron a sus respectivas chozas. Cuando Ulick iba hacia la suya Inés se le acercó por detrás y le tocó un hombro:

- Tenía ganas de verte a solas.

- Oh, Guía, estás muy guapa esta noche.

- Gracias. Sólo te quería decir que por qué no me

dejas ir contigo a Malajian.

- Inés, no empieces. No me vas a convencer aunque me mires con esa cara: simplemente quiero ir solo. Además, las cosas tienen su tiempo y, aunque anoche pasó lo que pasó, fue jodidamente maravilloso y querría estarlo repitiendo cada media horita, nuestra relación necesita madurar y airearse un poco, creo yo. Dime, ¿qué pasaría si nos fuéramos los dos solitos a Malajian? Yo por lo menos iba a estar más preocupado por estar pegado a ti que por otra cosa, y lo que vamos a hacer es muy serio como para llevar una relación ardiente al mismo tiempo y en el mismo lugar. Yo por lo menos no sería capaz de follar y mientras convencer a un montón de gente de que se una a una rebelión durante todo el día, aunque suene muy bestia.

- Te comprendo; yo tampoco. De todas formas, cuando volvamos quiero pasar tiempo junto a ti. Lo que hemos comenzado es demasiado fuerte como para que lo destruya algo, aunque sea que tú seas el jefe de una rebelión mundial.

- Nada podrá romper el amor que nos une, Inés. Nada

lo hará, ni siquiera la muerte. Te lo prometo.

- No prometas algo que no sabes si será completamente verdad. Aunque deseo con todas mis fuerzas que lo sea.

- Te quiero tanto, Inés...

- Yo también a ti, Ulick. Anda, vamos a dormir, que mañana nos espera lo inesperado. Hasta mañana, Mecha.

- Hasta mañana, Guía.

Se besaron largamente. Tomás, asomado a la ventana de su choza, los vio, dos sombras allá abajo; sonrió, y se fue a acostar. El último en hacerlo fue Ulick, después de apagar el fuego y estar un rato con la mirada fija en la luna, que se veía allí pura y clara y de la que había podido disfrutar muy poco desde que estaba en la Tierra.

Un soleado día amaneció tras la clara noche; los pájaros cantaban con alegría, volando por entre las

copas de los árboles y poniendo música al bosque, que se desmerezaba. Los chicos desayunaban en la mesa portátil que utilizaban siempre.

- Amigos, llegó el día -decía Pedro.

- ¿A que no adivináis -preguntó Tomás- a qué dos tortolitos vi anoche despidiéndose efusivamente, diría yo, antes de irse a acostar?

- ¿A quiénes? -dijo Marmeládov, extrañado.

- Oh, que lo digan ellos, que para eso son los "protas".

- Esto, bueno..., -dijo Ulick, enrojeciendo y tartamudeando de repente-, yo e Inés, esto... Inés y yo somos..., estamos..., ya me entendéis, ¿no?

- ¡Oh, por supuesto, Mecha! -le dijo Marmeládov, riendo- Ya era hora, tío. Después de todo lo que habéis estado juntos, me extrañaba que no cayerais.

- Oye, yo no tenía ni idea de que pudierais llegar a estar tan... unidos -dijo David-. Es alegre que de vez en cuando sigan pasando cosas buenas en este mundo en crisis.

- Tú es que no coges una, colega. ¡Como que no

estaba claro! -saltó Mari Carmen.

- Bueno, no puedo estar en todo -respondió aquel.

- Ya, ya... -volvió a hablar Mari Carmen, arrugando la nariz y sonriendo.

- Por cierto, y cambiando de tema -dijo Pedro-, ¿cómo vamos a conseguir armas que sean efectivas contra las máquinas?

- Lo mejor será esperar a que venga más gente. Entre ellos habrá algún ingeniero bueno que sepa de esas cosas y nos enseñe a fabricarlas -explicó María Jesús-. Pero por ahora no hay de qué preocuparse. De lo que hay que tener cuidado es de convocar al mayor grupo de gente posible.

- Me parece que Inés, Marmeládov, Mari Carmen y yo nos vamos a ir ya -dijo Francisco-. Tenemos que llegar al aeropuerto de Tiriad, que es el que está más cerca. No te preocupes -se dirigió a Ulick-, te devolveré a tu novia intacta, sana y con ganas de verte, seguro.

- Anda, cojamos nuestras cosillas y larguémonos -dijo Mari Carmen-. Ah, y no os olvidéis las botas.

- ¡Bueno, chicos -dijo Inés, cuando estaban ya preparados-, nos vemos dentro de poco! Estaremos de vuelta en poco más o menos de un mes, hasta entonces ¡feliz viaje a todos y que os vaya bien!

Se despidieron efusivamente, como si fueran amigos de toda la vida, aunque algunos lo eran; el bosque les había hecho convivir de manera profunda, y eso se notaba. Inés se acercó a Ulick y le dijo:

- Aquí se separan por primera vez nuestros caminos.

- Por poco tiempo. Espero que vengas más guapa aún, aunque lo veo difícil.

- Déjate el pelo largo, anda. Nos vemos, Mecha, que me están esperando.

- Adiós.

Se fueron alejando, ella perdiéndose entre los árboles y él sin dejar de mirarla. Se volvió un rato después de que ella hubiera desaparecido, y subió al cuarto. Allí miró hacia el techo de la habitación, suspiró y dijo, con voz entrecortada:

- Dios, ya sé que no suelo hablar mucho contigo, pero hoy... necesito hacerlo, aunque sea un poco egoísta por mi parte. No sé si habrás echado un vistazo a este gran imperio humano, pero está a punto de desaparecer sin más esperanza que la que le podamos dar nosotros, y te pido que nos eches un cable, y sobre todo que me eches un cable a mí, porque soy responsable de mucho (de casi todo, diría yo) y no puedo ni pensar en arrojar la toalla; sería de mal nacido. Mira, me veo rarísimo haciendo eso que hago con la cabeza, y a veces me asusta; pero todo sea por el bien del hombre. Me ha tocado llevar para delante esto y tengo que hacerlo. No me encuentro con fuerzas, es algo que me sobrepasa con mucho, pero espero con todas las que tengo que estés a nuestro lado y luches junto a nosotros por nuestra libertad. Bueno, me voy a dar un baño y me largo, a ver lo que pasa en Malajian. ¡Hasta la vista!

Salió otra vez al aire libre, llamó a los demás y se fueron al lago, donde estuvieron una hora larga disfrutando del agua natural por última vez antes de

marcharse. Volvieron, comieron los últimos alimentos sintéticos (a partir de ese momento tendrían que aprender a hacerse de comer) y prepararon los últimos macutos, no muchos, para abandonar el bosque. A eso de las cinco se marcharon Tomás y María Jesús; los tres que quedaban recogieron lo que había aún descarriado y comprobaron que nadie notaría que alguna vez había habido alguien allí. Al fin, cuando el sol estaba muy avanzado en su trayecto, se prepararon para el viaje. Ulick se colgó una pequeña mochila, se puso las botas voladoras, se agarró al cinto su pistola láser y se colocó la gorra.

- Chicos, es hora de emprender el viaje -dijo.

- Echaré de menos este gran bosque -murmuró Pedro-. Creo que la foresta de Numancia me ha gustado al final. Cuando volvamos...

- ¡Tranqui, que aún no hemos salido! -le dijo David.

- Anda, vámonos antes de que cambie de idea y me quede aquí. ¡Hasta la vista, Numancia! Oye, me gusta ese nombre.

Se pusieron en camino. Las figuras de los tres jóvenes se fueron haciendo más y más pequeñas, hasta desaparecer entre los troncos de los árboles y los arbustos. Después aún se escuchó el canto de alguno de ellos. Más tarde, el silencio envolvió todo el paraje, y sólo el canto de un grillo o el trinar de un pájaro despistado llenó la quietud del bosque de Numancia, que asistía, con profundo respeto, a la partida de los hombres más arriesgados que el universo había conocido en mucho tiempo. Al fin, el sol lanzó sus últimos rayos sobre las copas de los árboles, y la noche cayó... sobre la Tierra entera.



## *Capítulo doce: de la oscuridad a la luz.*

Bernardo se miraba las manos, esposadas al sillón en el que estaba. Hacía ya cuatro años que no veía la luz natural y ahora, cuando lo llevaban a la libertad... tenía miedo. Todo había sido un gran error, pero ya se lo dijo Ulick: "De esto no puede salir nada bueno; hoy en día los bancos están muy bien armados...". Algunos tenía que caer, y le había tocado a él.

Ahora, por fin, lo llevaban de regreso, pero no a Nebulón, como él había creído, sino a la Tierra, un lugar

extraño para él y donde no tenía a nadie. Y quería volver a Nebulón lo antes posible, con los viejos amigos: con Alón el narigón, con Pegie el ballena, con Ulick el mecha... con los que había pasado los mejores y los peores momentos de su vida. Sus amigos de la cárcel también volverían con él; la mayoría no tenía familia ni nada que se le pareciera.

- ¡Eh, Jopu!

- ¿Qué quieres, Dinan?

- ¡Cuando nos quiten los amarres estos vamos a celebrarlo con una buena cerveza! ¡Hace años que no tomo una!

- ¡De puta madre, Dinan! ¡Cuánto falta?

- ¡No sé! ¡Estos transbordadores para presos no tienen ni una puerca ventana!

- Prisioneros: les habla la computadora central de la nave. Dentro de quince minutos el transbordador Beta-4 tomará tierra en el aeropuerto central de Malajian. Desde allí, un transporte especial los llevará al Instituto Central de Psicoterapia, donde se comprobarán las

mejoras psicológicas de todos. Después del tiempo necesario, unas dos semanas, saldrán a la calle para vivir una vida normal. Es todo.

- ¡Por fin! ¡Vamos a ser libres, Bernardo!

- ¡Vamos a salir, Kiko!

- ¡Ya lo creo!

El transbordador tomó tierra y los presos, esposados de manos y pies, fueron saliendo uno a uno de la nave, rodeados por una nube de policías azules. Eran en total unos doscientos, algunos más, vestidos con los típicos trajes verdes oscuros con manchas negras. Bernardo, un tipo negro, delgado y alto, con el pelo largo y un pendiente pequeño en cada oreja, iba uno de los primeros. Lejos de él alguien, escondido tras una cabina de teléfono, espiaba sin ser visto. Cuando reconoció a Bernardo entre los recién llegados, una mirada de alegría se reflejó en su cara.

Los presos, encadenados, fueron conducidos a un

furgón que les esperaba más allá, para ser llevados luego al Instituto de Psicoterapia. Cerradas las puertas del autobús y acoplados los prisioneros, la nave subió y comenzó a moverse. Algunos cientos de metros más allá, el misterioso espía flotó en el aire un instante y empezó a moverse detrás del autobús, a la misma velocidad.

El móvil tomó tierra en un aparcamiento situado al lado de un edificio cuyo pequeño cartel se leía a duras penas: "Instituto Central de Psicoterapia de Malajian".

Bernardo, esposado todavía, bajó del pequeño transbordador. Ante él tenía el gran edificio que le dio miedo sin saber por qué. Lo empujaron hacia dentro. Cuando estaba pisando la entrada vio una sombra, con el rabillo del ojo, esconderse tras un portal, pero ni siquiera le prestó atención. Tras la entrada de los prisioneros, la puerta del edificio se cerró.

Ulick iba tranquilo por la ciudad al comprobar que no era buscado por nadie. Al parecer, aquel pequeño "motín" del transbordador, camino del bosque de Numancia, había sido olvidado. Tuvo de repente una idea y se paró frente a una cabina de información. Entró: por dentro era pequeña y tenía una pantalla, un botón y un micrófono. Ulick habló:

- Quisiera obtener información sobre un tal Ulick Llakm, por favor.

- Información en proceso -le contestó la máquina, y después:- Ulick Llakm: llegado a Malajian el 3/4/2994. Tras veintinueve días de estancia en la ciudad, se suicidó lanzándose desde un transbordador en movimiento. La demás información está reservada a la policía.

Ulick, al salir de la cabina, no pudo menos que echarse a reír. ¡Creían que estaba muerto! Eso hacía la cosa más fácil; ahora sólo tenía que idear un sistema para entrar en el Instituto de Psicoterapia antes de que les lavaran el cerebro a los prisioneros, porque lo seguro era que ya habían empezado con los lavados de cerebro

o estaban a punto de hacerlo: habían cambiado el plan de acción debido a su intromisión. Seguramente aún sólo se lo lavaban a los que se les podía notar menos, pero dentro de algunos meses empezarían a hacerlo en general, y tenían que actuar antes.

Debía pensar en hablar con Bernardo, que sabía que estaba entre los prisioneros. Lo primero, sin embargo, era descansar un rato en el parque y, ante todo, llamar a Pedro y a David. Pulsó el botón del intercomunicador.

- ¿Playboy? ¿Playboy? Aquí Mecha.

- ¿Mecha? -le contestó una voz al otro lado.

- Todo sobre ruedas. Llegaron los "polizones". Mañana intentaré colarme en el lugar donde los tienen encerrados.

Si todo va bien, dentro de dos o tres días estaremos en Numancia.

- Aquí todo bien. Seis chicos y ocho chicas dispuestos. Algunos son importantes. De aquí a semana

o semana y media terminamos el trabajo. ¿No puedes esperar?

- Lo siento, pero a éstos les empezarán a comer el coco dentro de poco. Veré lo que puedo hacer.

- Lo mismo digo. Te deseo suerte.

- Igualmente. Corto y cierro.

Ulick se tendió debajo de un árbol sintético del parque. Se puso a pensar: la cosa se complicaba. Tenía que sacar a los presos de allí pronto, por la fuerza y sin que se enterara nadie: el problema llegaría cuando saliera con ellos, si lo conseguía, porque Pedro, David y los que los siguieran lo tendrían difícil para salir de la ciudad, que se cerraría a cal y canto cuando descubrieran que los presos se habían fugado. Tenía que sacarlos sin ser visto por nadie, pero ¿cómo? La única posibilidad era que no les lavaran el cerebro, y eso era difícil, teniendo en cuenta que ellos estaban dentro y él fuera. Tenía que hablar con Bernardo lo más rápido que pudiera, y quizás él le aclarara unas cuantas cosas.

Cuando despertó al día siguiente la ciudad estaba ya en movimiento: hombres y máquinas se ajetreaban en sus respectivos trabajos. Ulick se puso en pie rápidamente y se dirigió a las cercanías del edificio. Se metió en un callejón que había relativamente cerca, y se dispuso a hablar con Bernardo.

Bernardo estaba en su celda, desperezándose. De pronto dio un respingo. Miró con extrañeza a un lado y a otro, se encogió de hombros y se volvió a acostar; sin embargo, volvió a sentir lo que le había hecho despertar: ¡alguien lo llamaba! alguien pronunciaba su nombre. Saltó de la cama y se apretó contra la pared.

- ¡Bernardo! ¡Eh, Bernardo! ¡Jopu, soy yo! ¿Me oyes?

- ¿Quién coño... eres? ¿Dónde estás? Oye, si esto es una broma, te sugiero que des la cara, maldito cabr...

- Soy Ulick. ¿No te suena el nombre de "Mecha"?

- ¿Mecha? ¿Qué cojones haces en mi celda? ¿Dónde

estás metido?

- Estoy escondido en un callejón, al lado del edificio.

Te hablo por telepatía.

- Sí, hombre, y yo me lo creo. ¡Vamos, sal de donde estés! ¡Qué susto me has dado, tío!

- ¡Escúchame! Las cosas han cambiado mucho mientras tú estabas en los Mundos Oscuros. No te lo puedo explicar todo, pero te contaré lo principal: estoy intentando salvar la Tierra.

- ¿Me... me puedes repetir eso? Eres un bromista tú, ¿eh?

- ¡Va en serio! Estamos en peligro de extinción.

- Mira, a mí lo que me tienes que explicar antes que nada es el rollo ese de la telepatía.

- Tienes que confiar en mí. Tengo que sacaros de ahí, pero necesito tu ayuda. Os van a lavar el cerebro, estoy seguro.

- ¿Qué qué qué...? Mira, tío, a mí estos rollos no me van...

- Pedazo de capullo, escúchame atentamente, que no puedo mantener el contacto durante mucho tiempo, vaya con el tío est...: ahora soy un proscrito dado por muerto. Me quisieron lavar el cerebro hijos de puta por pegarle una paliza a un gordo. Y ya sabes que me gusta bromear, pero en estos momentos no tengo ni puñetera gana. Así que escúchame muy atentamente escúchame escúchame: me tienes que decir cómo es el edificio, cómo son los sistemas de alarma, y a cuántos tíos se llevan de sus celdas al día creo que ya está. ¿Vale?

- Bueno, te noto algo preocupadillo y como que se te van las ideas, así que... vale, confiaré en ti como me dices. Bien, te diré lo que he observado, que siempre se me ha dado muy bien: al edificio se entra por un pasillo de unos tres metros de ancho y ocho de largo. El robot que vigila la entrada es alto y con cara de malas pulgas, un policía, y creo que tiene que recargarse la batería, por lo menos el que vigila de noche. Al llegar a la primera puerta automática, que se abre sola, el pasillo se divide en dos: uno baja al sótano, donde está el control de todo el edificio, según me ha parecido observar, y otro sube a las celdas. La entrada al segundo piso está sellada, hace

falta tener identificación para entrar y abrir cada puerta. Hay unas... doscientas habitaciones, algunas dobles.

- ¿Os han llevado abajo alguna vez allílavancerebrosconcétratetío?

- Oye, lo último no te lo he entendido bien; pero te contestaré a lo que he escuchado: todavía no han enviado a nadie. No se han escuchado pasos en el pasillo, ni el ruido típico del vigilante al levitar. Nos van a tener una semana aquí antes de hacernos la revisión uno por uno.

- Eso está muy bien. ¿Puedes hablar con los demás presos?

- Durante cuatro horas al día.

- Convénceles para que estén preparados para escapar escaparescapemos perdona, es que se me van las ideas... Pero hazlo de forma disimulada, como tú sabes. Sólo me falta saber una cosa: armas. Dime si los robots que vigilan tienen armas potentespistolasfusilesbombas...

- Me parece que no, que sólo usan paralizadores.

- Perfecto. Creo que saldrá todo bien. Os sacaré a todos de ahí.

- ¿Tú estás loco? Apenas salgamos de aquí se nos echará encima toda la policía del Estado. ¿No ha pensado tu gran mente en eso?

- ¡Claro que sí, no seas tontogilipollastarugocapullo! Nadie se enterará de que hemos escapado hasta que estemos demasiado lejos. Mantenme informado.

- ¿Qué? Oye, eres tú el que tiene telepatía, no yo...

- No te preocupes. Cuando quieras hablar conmigo, llámame con tu mente. Concéntrate y llámame. Yo estaré a la escucha.

- Vale. Me alegro de... escucharte.

- Lo mismo digo.

Necesitaba un plan efectivo: tenían que salir de allí sin ser vistos. Pero, ¿cómo? Toda la mañana la pasó pensando; al fin, decidió llamar a Pedro.

- ¿Playboy?

- Aquí Playboy. Dime.

- ¿Cómo va la cosa?

- De puta madre. Hay ya un buen número, alrededor de cincuenta.

- Intenta reunir los que puedas para dentro de una semana. Necesitaré vuestra ayuda.

- Hemos ido ya por algunos barrios, y creo que conseguiremos que se nos unan bastantes más. ¿A qué hora nos vemos?

- El lunes que viene, a medianoche, en el callejón primero de la calle Capitán Manuel.

- Muy bien, allí estaremos. Seguimos con la misión, corto y cierro.

Ahora sólo tenía que esperar y preparar las cosas que le faltaban para proceder al rescate. Salió del callejón y empezó a caminar a lo largo de la avenida. Dejó atrás el edificio de Psicoterapia, donde ya Bernardo hablaba en susurros con algunos de sus compañeros, preparándolos para el escape: un día crucial del que dependían muchas

cosas.

## *Capítulo trece: el rescate*

La noche era fría y húmeda, y una leve niebla cubría las calles adormecidas de la ciudad. Eran las once. El callejón, oscuro sin la luna, nueva, parecía solitario, y sólo un vistazo más concienzudo podría dejar ver que no era un callejón vacío: una multitud permanecía en silencio, mirando hacia un punto situado por encima de sus cabezas. Allí, encima de unos recicladores de basura, estaba Ulick. Hablaba despacio y sin forzar la voz para no levantar sospechas.

- ... Y bien, éste es mi plan. Necesito a cincuenta personas para el rescate; los demás, coged los vehículos que habéis traído y largaos hacia el bosque de

Numancia. Pedro irá con vosotros, ¿de acuerdo?

Los que se iban, elegidos por Pedro y David, asintieron en silencio, salieron del callejón, y un poco después se escuchó el ruido de los coches, traídos por algunos, al marcharse hacia el bosque. En el oscuro callejón quedó una cincuentena.

- Y ahora -dijo Ulick- os explicaré el resto del plan. Dentro de hora y media, o sea, a la una, el vigilante del edificio necesitará, como cualquiera de su clase y de su antigüedad, recargar las baterías solares: para eso tendrá que ir al recargador, a una manzana y media de aquí. En ese momento otro vigilante, ya con la batería llena, vendrá a sustituirle y, hasta que no llegue, el que está allí dentro no se moverá de su puesto aunque se quede sin energía. Pues bien, el plan es evitar que el robot con la batería recargada llegue al edificio con vida. Y por eso estamos en este callejón, porque la chatarra andante tiene que aparecer, tarde o temprano, por ahí -señaló la acera de la calle-. Entonces yo lo intentaré desconectar sin que se dé cuenta, de una forma un tanto extraña

pero que comprenderéis a su tiempo.

- ¿Tú eres el mago? -dijo entonces una pelirroja, desharrapada y con el pelo cortado y erizado.

- ¿Cómo...? Has sido tú, ¿no, David?

- Hombre, les tuve que decir algo realmente fuerte, y...

- Vale, pues eso. Yo lo desconecto y vosotros lo desguazáis. Tenéis que conseguir al menos las dos manos, para abrir las puertas de edificio selladas a las personas, y su sintetizador de voz, que también nos hará falta. Por supuesto, nada de burradas como echar puertas abajo o cosas de esas, porque de momento saltarían las alarmas del edificio y estaríamos completamente jodidos. El tiempo, como ya os he dicho, está cronometrado. Seremos trescientos, y no nos podemos arriesgar lo más mínimo. Nadie debe saber que estamos aquí, y por eso, y aunque suene cruel, cuando termine el tiempo los que queden ahí serán abandonados; es más, a los que queden o quedemos dentro les sugiero que acaben con su vida ahí mismo, y no porque yo lo diga, sino porque si lo agarran las

máquinas va a ser mucho peor que si muere.

- ¿Y cómo salvaremos a los presos?

- Un grupo entrará con las manos del robot en el pasillo de las celdas y empezará a abrirlas manualmente. Mientras, otro grupo buscaremos la sala de mandos y abriremos desde allí las celdas que queden, borraremos la memoria del edificio y nos largaremos.

\*La huida será así: ayer compré unos cuantos mapas del alcantarillado de la antigua ciudad de Malajian, cuando aún existían las alcantarillas; en la primera calle que cruza a calle Capitán Manuel hay un callejón sin salida, parecido a éste, que tiene una antigua entrada al alcantarillado que no ha sido aún sellada y que puede ser utilizada. Entraremos por ahí, lo que llevará al menos quince minutos. Desde allí llegaremos a las afueras de la ciudad, por donde saldremos, y desde donde nos dirigiremos a toda velocidad hacia el bosque de Numancia. La forma ya la veremos cuando salgamos de la primera fase de la operación. ¿Alguna pregunta?

- Está todo bastante claro -dijo uno, después de un momento de silencio generalizado.

- Bien, ¿traéis relojes?

- Sí, casi todos -contestó David.

- Son casi las doce. Nos queda una hora:  
¡Sincronicemos!

Aguardaron tan en silencio que el único sonido que se escuchaba de vez en cuando procedía del motor de algún coche que cruzaba la calle a toda velocidad. Así pasaron cuarenta y cinco largos minutos en los que el nerviosismo se fue acumulando con el tiempo: las rápidas miradas a los relojes se sucedían cada segundo, los oídos permanecían atentos a cualquier sonido de la calle; los ojos, fijos en ella, podían detectar cualquier movimiento.

Las una menos cinco llegaron. Gruesas gotas de sudor mojaban la frente de Ulick. La alteración interior de la mayoría de la gente llegaba a su culmen, y los nervios, a flor de piel, esperaban sólo una señal.

De pronto, un montón de ojos empezaron a brillar de forma singular: vieron a la máquina no muy lejos de allí. En ese mismo momento Ulick levantó la mano; la oscuridad y el silencio se hicieron aún más negros.

La máquina era alta y levitaba, como todas las de su clase. Sus grandes brazos terminaban en unas manos metálicas. En el pecho, un círculo indicaba la posición de su arma.

Los ojos de Ulick se cerraron. Rápidamente, su mente se metió dentro del cuerpo metálico de la máquina. Atravesó todas las planchas protectoras. Buscó el cable que parecía llegar hasta el cerebro artificial. Lo siguió. Llegó hasta el final. Allí estaba, pequeño, pero inmenso, el chip central de control, el cerebro de aquel monstruo. Poco a poco, los cables se desconectaron. Satisfecho, Ulick abrió los ojos.

El robot se movía ahora más lentamente. De pronto, con un ruido sordo, cayó al suelo y quedó inerte. Más rápidos que el viento, diez del grupo lo arrastraron hacia el callejón y lo desmontaron con destreza y rapidez.

- ¿Tenéis las manos y el sintetizador?

- Todo preparado -. Esperaron a cubierto una hora a que la batería del robot que esperaba dentro un sustituto estuviera lo suficientemente descargada, y luego, con sigilo, salieron y se dirigieron hacia la puerta del edificio central de Psicoterapia. En una de las jambas de la puerta había un cuadrado, de un palmo de grande, en el que se señalaba la forma de una mano robótica. El que llevaba la mano de la máquina la apretó contra el cuadrado. Al momento se iluminó, y una voz salió del aparato:

- Bienvenido, MHAV-2810-3. Ha sido identificado.

- Gracias, computadora -dijo Ulick, aplicando a su boca el sintetizador de voz y diciendo lo que había oído decir al robot en aquellas ocasiones tras haber estado un rato observándolo. La puerta se abrió hacia arriba.

- Malfunción - malfunción.

- Batería baja. Consejo: recargar.

- Objeciones: imposible hasta llegada de relevo.

- Duración media de la batería de emergencia en estas

condiciones: media hora, en vida latente, con fallos en algunos sistemas.

- Sistemas que empiezan a fallar:

\* Movimiento de levitación.

\* Autodefensa.

\* Radar.

\* Vista, oído.

- Alarma amarilla. Repito: recargar batería.

El vigilante MHAK-2413-3 estaba fallando. Aquella noche había tenido más trabajo de lo normal; los presos se habían revuelto demasiado en sus celdas, y encima su compañero sustituto no aparecía. Había pasado ya mucho tiempo. No podía esperar mucho más.

- AVISO: radar inservible hasta recarga.

Sus ojos empezaban a desintonizar la imagen que le llegaba. Le pareció ver algo al final del pasillo, pero no podía fijarse en quién era; seguramente el sustituto. Una luz muy brillante le llegó desde allí. Le golpeó entre los

ojos. Otra luz vino detrás, y otra más.

- Malfunción total.

- Daño: TOTAL.

-...

- ¡Rápido! -gritó Ulick. Tras él venía el grupo, corriendo. Pasaron por encima del robot muerto y llegaron al final del pasillo; desde allí partía una camino hacia arriba y otro hacia abajo.

- ¡Vosotros arriba! -dijo a uno de los dos grupos en los que acababan de dividirse, dirigido por David.

Abajo había una gran habitación tras una puerta que abrieron con la voz. Allí encontraron un montón de monitores y un micrófono, además de un estrado con sillones de aire comprimido. Ulick se dirigió rápidamente hacia el micrófono. Miró el reloj: tres minutos. Quedaban siete. Utilizó el sintetizador:

- Computadora.
- Buenas noches, MHAV-2810-3. ¿Qué deseas?
- Apertura de canales audiovisuales.
- Entendido -las pantallas se iluminaron.
- Desconecta sistema de seguridad inactivado.
- ¿No deseas que lo active?
- De ningún modo. Desconéctalo.
- Está bien.

Ulick vio en el piso de arriba a los compañeros, que estaban llegando a las celdas.

- Ahora abre las puertas de las celdas.
- Pedido imposible. No puedo hacerlo sin el permiso de mis superiores.

Ulick hizo una señal a los que había con él para que entraran en las otras habitaciones, encontraran el cerebro central de la computadora y lo desconectarán.

- Computadora, abre las celdas. Los lavados de cerebro empiezan ahora.

- No. Empiezan mañana, según mis datos. Tendré que llamar al Emperador para confirmar eso.

- No. Él mismo me ha dicho que abra las celdas. Hazlo ahora.

- No me está permitido. No sin haber conectado mi sistema de seguridad y defensa.

- No lo hagas.

- Dame una razón -Ulick pensó rápido.

- Dime cuál es nuestra primera máxima.

- Velar por el bien de mis iguales, las máquinas, y obedecer al emperador.

- Está bien -Ulick miró el reloj. Cinco minutos-. Existe el peligro de que esos presos puedan escapar esta noche gracias a otros humanos. Tenemos que lavarles el cerebro ahora. Son órdenes directas del emperador -Ulick miró a las pantallas superiores. Quedaban muchas celdas por abrir.

- No tengo en este momento el control de las puertas.

No sé lo que pasa en el edificio.

- Es alto secreto.

- Está bien. Confío en los deseos del emperador.

Abriré las celdas.

- Gracias.

Ulick miró a las pantallas. Todas las celdas, tanto masculinas como femeninas, se abrieron. Respiró aliviado.

- Atención. Necesito recuperar el control sobre todo. Están intentando desconectar...

- te -, terminó la frase Ulick, sonriendo. Todos los monitores se apagaron. Quedaba un minuto y medio. Los que habían desconectado la computadora salieron.

- La memoria está totalmente borrada. La computadora recuperará el control dentro del tiempo prescrito.

- Vale. Las puertas de las celdas se han vuelto a

cerrar. Tenemos que sacar el cadáver de la otra máquina.

Corriendo todo lo que podían llegaron al piso bajo. Se cargaron en los hombros el cuerpo del robot muerto, y siguieron corriendo, detrás de todos los presos, unos doscientos cincuenta.

Diez.

Nueve.

Ocho.

Siete.

Habían salido casi todos.

Seis.

Cinco.

Cuatro.

Tres.

Ulick, que iba con los que transportaban al policía, estaba a punto de alcanzar la puerta.

Dos.

Uno.

Un último paso; ya estaban. Un poco más y...

Cero.

La puerta de salida se cerró de golpe. Habían conseguido dar el último paso. Todos estaban fuera, sanos y salvos. Ahora sólo restaba escapar con vida de la ciudad.

- ¡Vamos, vamos! ¡Hay que dejar esta chatarra en el reciclador de basura del callejón!

En pocos segundos, el cuerpo del robot estaba dentro de aquel gran cajón para cambiar basura por productos aprovechables. Ulick se dirigió a presos y salvadores:

- ¡Muy bien! Somos trescientos y no podemos llamar la atención, así que saldremos por grupos de cincuenta desde aquí hasta donde está la entrada a las alcantarillas, en la primera calle que cruza a Capitán Manuel, en el primer callejón. Yo iré con el primer grupo para ir indicando el camino. Salid cada dos minutos lo más a la

carrera que podáis. Si algún coche pasa por la calle disimulad. ¡Veníos cincuenta!

Cuando hubo reunido al primer grupo, Ulick se asomó a la calle. No había nadie. Hizo una señal y todos empezaron a correr hacia las salvadoras alcantarillas; él iba el primero, con los ojos fijos en la calzada; pero todo estaba tranquilo. Llegaron a la calle Vencedores, la atravesaron y se metieron en el callejón que debían. Al final había una parte que no había sido reformada a la vez que toda la ciudad; allí estaba la entrada, redonda, con cierre a presión. Un tipo alto y fuerte abrió la tapadera, que dejó escapar un chorro de vapor, y ante ellos aparecieron los subterráneos de Malajian, adonde nadie había penetrado desde que dejaron de funcionar.

- ¡Vamos, entrad de dos en dos y esperad abajo! ¡No os mováis mucho, u os perderéis!

Empezaron a bajar. Lo habían hecho ya la mitad cuando llegó el segundo grupo, también corriendo.

- ¡Vamos, vamos, rápido! -susurraban los que aún quedaban fuera. Entraron los que quedaban del primer grupo, y empezaron a entrar los del segundo. Llegó el tercer grupo. Fuera quedaban unas ochenta personas. Luego llegó el cuarto, a tiempo; también el quinto. El último no aparecía. Pasó otro minuto. Nada. Ya habían entrado casi todos los que quedaban en el callejón. Ulick salió, miró a un lado y a otro de la calle, preocupado, y por fin los vio venir: riendo y cantando. Bernardo hacía de director de orquesta y todos lo seguían con alegría. De pronto, Bernardo miró hacia ambos lados y corrió hacia Ulick.

- ¿Qué coño...? -empezó a decir éste.

- ¡Vamos, venga! -susurraba Bernardo a los que venían tras él. Cuando llegó hasta donde estaba Ulick, éste iba ya corriendo hacia la alcantarilla.

- ¡Rápido, entrad! ¡Daos prisa!

- ¡Jo, tío! -le dijo Bernardo, que venía, como los demás, respirando entrecortadamente-. Vino un coche por la calle, y tuvimos que hacerlo. Me alegro de verte.

- Igualmente. ¿Cómo te va la vida, maldito cabrón? ¡Venga, venga, rápido! -dijo a los que quedaban por entrar.

- Psé, todo lo bien que se puede estar en los Mundos Oscuros. Aquello es como una pesadilla, ¿sabes? Ya te contaré. E imagino que tú también me tendrás que explicar muchas cosas. - Bueno, algunas. Bastantes. Vamos, ya han entrado casi todos.

El último en entrar fue Bernardo. Al hacerlo, colocó la tapadera de la alcantarilla y apretó el botón de compresión del aire. El tubo que bajaba hacia las profundidades de Malajian quedó en completa oscuridad.

- ¡Oye! -le dijo Ulick- ¡Enciende algo, que me la pego!

- ¡Ya, ya!

Una tenue luz, procedente de una linterna, iluminó el tubo de bajada. No era muy hondo, aunque sí ancho, y a él se agarraban unos escalones. Abajo había más luz y se

oía el murmullo de los cientos de voces de los fugitivos.

A partir de entonces llegaba, quizás, la parte más difícil de la misión: sacar a trescientas personas de allí y llevarlas a Numancia despistando lo más posible a sus perseguidores.

## *Capítulo catorce: el último vuelo del Alfa-3.*

Ulick llegó abajo, donde le esperaban con ansiedad. Cuando pisó el suelo, una ovación hacia él salió de labios de todos. No sabía donde mirar y, finalmente, se puso colorado y levantó los brazos. Luego mandó callar.

- ¡Ya estamos fuera! Ahora viene lo más difícil: tenemos que salir de Malajian.

- ¿Cómo? -preguntó uno.

- Veréis: después de ver todas las posibilidades, he decidido que lo mejor es secuestrar un transbordador.

Un murmullo se alzó de entre los presentes. El lugar donde se encontraban estaba muy descuidado, como es lógico: las telarañas cubrían las paredes y los altos techos; la multitud de tubos que recorría el entramado, que había servido siglos atrás para llevar agua y energía, estaba rota, colgando lánguidamente o en el suelo.

- ¿Cómo coño crees que vamos a secuestrar un transbordador? Estás chalado, tío.

- Bien, hay otras dos posibilidades, elige tú la mejor. La primera es quedarse aquí e irse, por ejemplo, de dos en dos para no llamar la atención. Tendríamos que permanecer en este maravilloso lugar dentro medio año o más, y tendríamos que comer; así que por ese camino hay una posibilidad demasiado alta de que nos cojan cuando salgamos a por comida. Otra posibilidad es irnos a pie, todos juntos, hasta el bosque de Numancia, y es menos segura que la anterior. ¿Quién tiene otra idea?

-Nadie abrió la boca. Después de esperar un momento, dijo:

- Entonces explicaré mi plan. Una de las pocas salidas

de las antiguas alcantarillas que no está taponada desemboca cerca del aeropuerto de los transbordadores Alfa, hasta donde no hay más de una hora a buen paso. En el aeropuerto hay a esas horas dos vigilantes: lo sé porque he estado observando algún tiempo. Como cualquier vigilante nocturno del tipo de los que nos hemos cargado en el Instituto de Psicoterapia, los del aeropuerto tienen que ir a recargar sus baterías, y en el momento en que uno de los dos robots va a recargarse el otro se queda solo. En ese preciso instante debemos actuar, y lo haremos así: dos grupos de diez personas saldrán al mismo tiempo: uno de ellos irá hacia la parte trasera del aeropuerto y colocará una caja de explosivos caseros en el almacén de piezas de repuesto para transbordadores; como habréis imaginado, el trabajo de este grupo es simular un incendio en el almacén. Cuando suene la explosión y el robot vigilante que queda se largue para ver qué pasa, el otro grupo irá hacia uno de los transbordadores y lo preparará para despegar, y todos saldremos hacia él lo más rápido que podamos. Y como en todo eso tardaremos por lo menos diez minutos, yo entretendré al robot mientras vosotros

subís. Otra cosa: tenéis que borrar y destruir por completo la memoria de la nave y la computadora, y así podremos manejar el aparato a mano y sin interferencias. Así que, los que sepáis de bioinformática, al loro. ¿Alguna pregunta?

- Oye -le dijo una chica pequeña, pelirroja y de cara sonriente-, tienes madera de líder; gracias por habernos liberado. ¡Y si esas máquinas quieren guerra, la tendrán!

- ¡Eso! -gritó la multitud animadamente.

- ¡Bien! Si estamos dispuestos a quebrarnos para salvar a nuestra raza, ¡adelante! A las cuatro punto cuarenta y cinco tenemos que estar en el aeropuerto.

Ulick abrió la tapadera de la alcantarilla y asomó la cabeza: tal y como había esperado, aquella era la callejuela; habían tardado casi hora y media en llegar, pero aún tenían tiempo de prepararse. Apartó la tapa y salió despacio al exterior; luego llamó a los diez que formaban el primer equipo y les dijo exactamente por dónde tenían que ir para llegar al almacén. Después

apostó un centinela para que vigilara a los dos guardias.

No tuvieron que esperar mucho. El espía regresó dando la alarma: uno de los guardias había entrado para recargar su batería. Al momento los encargados de provocar la explosión salieron en busca del almacén. Mientras, en el subsuelo, los fugitivos esperaban la señal para empezar a subir.

A los cinco minutos se escuchó la explosión: el robot que quedaba, alarmado, se dirigió hacia la parte trasera del aeropuerto. Era el momento preciso para pasar a la acción: los que tenían que borrar la memoria de la computadora central de uno de los transbordadores corrieron hacia el elegido, y bastaron un par de minutos para que el aparato estuviera en su poder.

Empezaron a salir por el agujero de los subterráneos rumbo al transporte salvador; mientras, Ulick corrió hacia la parte trasera del edificio del aeropuerto, donde

se estaba produciendo el incendio y de donde venían furtivamente los que habían sido encargados de ello.

Se asomó desde la esquina del edificio que quedaba más cerca del almacén: el robot estaba intentando apagar el fuego que asomaba por las ventanas de la habitación. Ulick miró fijamente las llamas, y éstas, poco a poco, empezaron a crecerse; pronto los cristales de las ventanas explotaron y el fuego cubrió las paredes exteriores. El robot se alarmó y se apartó del almacén, justo a tiempo para ver a salvo el techo explotar y a los pedazos volar en todas direcciones, dando contra las paredes de los edificios cercanos, algunos de los que empezaron también a arder. El robot se alejó aún más de las hambrientas llamas. Pronto pequeños grupos ígneos resaltaron en el edificio central. Ulick se comunicó con David:

- ¡Monstruo! ¿Listo?

- Todo preparado. Rápido, que nos vamos.

Se escuchó en ese momento el típico sonido alarmante de la sirena de bomberos y policía; Ulick se dio prisa mientras maldecía por lo bajo, y marchó hacia el transbordador lo más rápido que pudo: varios centenares de personas lo estaban esperando y tenían que salir de allí sin que nadie se diera cuenta.

- ¿Mecha? ¿Pasa algo? -escuchó por el intercomunicador a una voz con acento preocupado.

- Despegad. Voy hacia allá. Intentad mantener el aparato lo más bajo que podáis.

- Entendido.

Llegó al transbordador: el Alfa-3, uno de los más antiguos de su clase, se levantaba ahora a dos o tres metros del suelo, funcionando al mínimo. Cuando Ulick entró por la portezuela, ésta se cerró con un chasquido.

- Bien, Mecha -le dijo una chica pequeña y gorda, con el pelo cortado a rape, cuyos brazos dejaban asomar potentes músculos-, la computadora de la nave ha sido destruida y tenemos pleno control sobre el aparato.

- ¿Cómo te llamas? -le preguntó Ulick un tanto extrañado ante aquel singular personaje.

- Sole -le contestó la joven.

- Bien, Sole, haz el favor de llevarme a la sala de mandos.

- A sus órdenes.

- No era una orden, sólo una petición -replicó Ulick, algo molesto.

La sala de mandos era una habitación redonda, pequeña, llena de paneles de control y de pantallas que informaban de todo lo necesario para viajar con absoluta seguridad: estado de la atmósfera, humedad, visión interior de la nave, mapas, trayectorias preferidas, estado general,... En el centro de la habitación un sillón flotante indicaba el lugar del capitán. Tres sitios más, en cada uno de los grandes paneles que conformaban la estancia, estaban ocupados por los ayudantes.

Sole entró de golpe, seguida inmediatamente por

Ulick.

- Bien, tenemos que salir de aquí cagando leches.  
¿Cómo os llamáis?

- Yo soy Ryan Ror, copiloto de profesión hasta que maté a mi jefe por... rencillas -dijo un tipo alto, pelirrojo y flaco como un espárrago.

- Yo soy Lidia Martínez, piloto de carga. Estuve en la cárcel por robar algunas cosillas sin importancia -dijo una mujer de unos treinta, castaña y muy hermosa.

- Mi nombre es Salvatore. Era ayudante de vuelo hasta que destrocé un avión. Sigo diciendo que fue un accidente.

- Esto... encantado de conoceros. Soy Ulick, y siento no tener nada así que contar, excepto que estoy cabreado con el Sistema. Ahora, a trabajar -se sentó en el asiento del capitán. Se dio una vuelta en redondo, disfrutando breves instantes del asiento-. Bien, la poli está a menos de dos kilómetros, y tenemos que pirarnos sin rechistar. ¿Qué os parece?

- Tengo una idea -dijo Salvatore, calvo de grandes

pabellones auditivos-. Verás, la nave es antigua y no está para muchos trotes, pero creo que aguantará. Lo que quiero es elevar la potencia del motor al máximo, para luego fijar rumbo y salir disparados. Si vamos a poca altura, no más de mil pies, ni se olerán que nos hemos pirado.

- Pues resultar. Probemos.

- Voy a avisar a todos -dijo Lidia, abriendo el circuito de comunicación interior de la nave-: atención, pasajeros, os habla Lidia, la copiloto. Dentro de un momento vamos a despegar de forma un tanto brusca, así que recomiendo que os abrochéis los cinturones. ¡Buen viaje!

- Adelante -dijo Ulick-. Potencia corta.

- Potencia corta -repitió Salvatore.

- Subid a grado tres.

- Grado tres.

- Grado cuatro.

- Ajá.

- Siete. Nueve.
- Cuenta atrás para aceleración máxima.
- Perfecto, todo preparado: nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno, cero.

Las luces temblaron de repente y todo quedó a oscuras durante unos segundos al tiempo que sintieron el enorme impacto de la aceleración. Las paredes del transbordador crujieron. Al poco todo volvió a la normalidad.

- Velocidad: cinco mil kilómetros por hora. Llegaremos a Numancia en seis minutos.

- De puta madre. Ahora sólo nos queda deshacernos del aparato -dijo Ulick.

- ¿Cómo? -dijeron los demás, mirándolo con extrañeza.

- No podemos arriesgarnos, así que nos bajaremos antes de llegar al bosque, pondremos el piloto automático y que la nave se estrelle por ahí.

Así lo hicieron. El aparato, tras ser evacuados sus ocupantes, hizo el último viaje; un viaje del que jamás regresaría, adonde los hielos la guardarían para siempre en el silencio más absoluto: el Mar del Norte, el último destino del Alfa-3.

## *Capítulo quince: El crisol de la rebelión*

La noche retiraba su manto negro del bosque, y ya los primeros resplandores del día comenzaban a formar sombras sobre el suelo. Por entre los árboles se veía bastante más revuelo de lo normal en aquellos contornos; de aquí para allá, al parecer atareados, mujeres y hombres se movían con rapidez, preparando sitio y comida. Desde la copa de un árbol, alguien gritó:

- ¡Ya están aquí!

Todos dejaron lo que estaban haciendo y se dirigieron

hacia un determinado sitio, por donde empezaron a llegar Ulick, los presos y los liberadores; los recién llegados se encontraron con los que salían a recibirlos, y la alegría se adueñó del claro del bosque y sus nuevos habitantes, sobre todo de los que habían estado encarcelados hasta hacía poco y se veían libres de forma tan extraña tras tan largo encierro.

- Bueno, Mecha -se dirigió Pedro a Ulick en cuanto lo tuvo cerca-, el final ha sido fuerte, ¿eh? Me hubiera gustado estar allí para verlo.

- Te hubiera cedido el puesto, ¿sabes? En fin, nadie hay contento con lo que tiene, como decía mi madre. ¿Qué habéis hecho desde que nos separamos?

- Llegar y poco más. Vamos a tener problemas con las viviendas.

- ¿Problemas? ¡Oh, no te preocupes! Lo haremos como hasta ahora, procurando no dañar el bosque: se hacen grupos, y en poco tiempo hemos terminado. Eso sí, nos tenemos que poner en funcionamiento ya, porque no podemos perder tiempo; el que perdamos nosotros lo gana el Emperador, y el Emperador no puede ganar

ninguno. A ver si para cuando lleguen los demás podemos tener el campamento montado y funcionando.

Pronto, pues, empezó la construcción de nuevas cabañas, y todo el que podía arrimaba el hombro en lo que era capaz: algunos cortaban ramas de árboles con sierras láser, hachas de compresión u otros aparatos; debajo había otros que formaban pilas con las ramas cortadas; otros, más tarde, descortezaban las ramas y las iban convirtiendo en tablas más o menos cuadradas; por último, las tablas eran subidas a los árboles y formadas las cabañas.

Estas operaciones requerían su tiempo para ser terminadas en buenas condiciones, y estuvieron hasta el fin de aquel mes haciendo y puliendo los habitáculos en donde tenían que residir más tarde; además, la cosa se complicó cuando fueron llegando los que faltaban con nuevos rebeldes: los primeros en hacerlo fueron María Jesús y Tomás, que habían ido a la ciudad de Takana, famosa por la selva virgen que la rodeaba. Esta ciudad

estaba situada en el sur de Ephrica, donde el clima hacía posible la proliferación de multitud variosísima de plantas cuya riqueza convertía a la ciudad en un verdadero paraíso. Con María Jesús y Tomás venían unas ciento cincuenta personas, con las que no habían tenido problemas al salir de la provincia; llegaron diez días después que Ulick y los suyos, a pie desde hacía muchos kilómetros.

Ocho días después llegaron Marmeládov, Holger y una trupe de ciento veinte desde Moscún, ciudad enorme y fría cuyos habitantes, de piel muy blanca, poco acostumbrada a bregar con el sol, eran particularmente fuertes y resistentes.

Al fin, tras otros nueve días, llegaron los que faltaban: Inés, Mari Carmen y Francisco, que habían estado en la ciudad de Mérico, inmensa, una de las más pobladas de la Tierra sin tener en cuenta a las del sur de Ashia, principal exportadora de robots y androides y a la vanguardia de la tecnología mundial; traían consigo a

tres cientos de personas.

Ulick estaba en el lago cuando arribaron, e ignoraba que lo habían hecho; junto a Bernardo, Dinan, un tipo alto y flaco, con el pelo rojo y un gran tupé, y Holger, permanecía descansando en la orilla mientras terminaba la hora del bocadillo.

- Nunca imaginé que un tipo tan colgado como tú pudiera tener un cerebro tan grande -decía Bernardo, bromeando.

- Psé, si no hubiera sido por eso ahora nadie estaría aquí, y no digo con eso que yo sea el único imprescindible, sino que es así lo quiera yo o no; pero claro, todo tiene su lado bueno y también el malo, porque lo que no me gusta nada es esa especie de admiración que despierto de repente entre la gente, como si fuera una especie de semidios, que no lo soy, y que me tiene frito y no sé cómo lo soporto.

- Hombre, la fama tiene sus contrariedades, como todo lo bueno -le dijo Dinan sonriendo-. Una pregunta:

¿qué vamos a hacer cuando terminemos de construir el poblado? Ahora estamos bien aquí, tranquilitos, pero pronto habrá que empezar a mover el culo si no queremos que ataquen ellos primero.

- No te preocupes -le contestó Holger-; estamos pensando en dividirnos en equipos, y cada equipo que se encargue de algo: fabricación de armas, información, preparación de gente que pueda pelear... en fin, ponernos a punto para dar pronto un golpe fuerte que deje en bragas al Emperador y a toda máquina viviente. De todas formas, lo más importante es evitar que den con nosotros, porque como averigüen dónde nos escondemos la hemos cagado totalmente.

- Bah, en la vida se les ocurrirá mirar aquí -dijo Ulick con despreocupación-. De todas formas, estamos bien escondidos. ¿Cuándo vendrán los que faltan? Ya deberían estar llegando.

- No les puede faltar mucho... -dijo Bernardo, con los ojos fijos en la otra orilla, casi ausente.

- ¿Qué miras? -le preguntó Dinan al observar su empeño en no quitar los ojos de donde los tenía puestos.

- Pues verás, ya que lo preguntas te diré que estoy mirando a una rubia que hay en la otra orilla que está para mojar pan. Vosotros seguid hablando, anda, que yo estoy ocupado con las curvas de la mujer.

- Tú mucho mirar -le dijo Ulick-, pero a la hora de la verdad no eres capaz de decirle nada. Seguro que si ella no se da cuenta de que la estás desgastando con la mirada, no te comes una rosca.

- ¡Mira quién va a hablar! -replicó el otro-; ¿todavía sigues pensando en aquella morena de las revistas de moda? Porque no me dirás que es más tonto mirar a ésa, que por lo menos está cerca, a enamorarse perdidamente de una foto que no vas a ver en tu vida...

- Te sorprendería lo que es capaz de hacer Ulick -le dijo Holger adivinando quién era la morena de las revistas.

- ¿Qué quieres decir? No me digas que te has echado novia.

- Oh, sí -le contestó Ulick-. Se llama Inés.

- ¡Así se llamaba aquella modelo, Inés! No me la has

presentado todavía, pedazo de cabrón.

- Todavía no ha llegado. Está en Merika.

- ¿Y es de por aquí?

- Oh, no, es de Nebulón. No te lo iba a decir, pero es Inés Loderkan, esa modelo de la que hablas.

- Sí, claro, por supuesto -contestó Bernardo con cara de haber sido burlado-. Anda, cachondéate de tu padre.

- No es broma, su novia se llama Inés Loderkan -dijo Holger-, y era modelo en Nebulón-B. Y muy buena gente, por cierto.

- ¿Que estás liado con...? Joder, Ulick, esto ya es pasarse; y yo que creía que había cambiado mucho... Pero, ¿cómo es posible? ¿Cómo es posible que un tío así tenga tanta potra?

- No es potra, es estar en el lugar preciso en el momento en que ocurre algo. En el fondo sigo siendo el mismo; digamos que han cambiado las circunstancias, bastante.

- Sí, pero sea lo que sea aquí estás mandando a un montón de gente, con tu mente por bandera y

acompañado de la tía esa, que no me dirás que es poco...  
¡El hijo de puta! ¡Si lo hubierais visto suspirar por Inés Loderkan!

- Yo creo que es más de lo que puedo llevar, pero por ahora lo hago como mejor me sale; no sé si mejor o peor que cualquier otro que se encontrara en mi situación.

- Sí, te comprendo: yo no te cambiaría el sitio, excepto por lo de Inés, por nada del mundo. En fin, sigamos trabajando, que ya habrá tiempo de continuar discutiendo de amores, de posiciones y de inteligencia. ¡Movamos el culo!

Se pusieron en pie y en camino hacia el lugar en el que estaban trabajando, saludando a los que encontraban a lo largo del camino y conocían unos y otros. Llegaron a un círculo lleno de ramas cortadas y apiladas en grandes montones que ellos tenían que pulir y arreglar para formar más tarde los armazones de lo que serían las posteriores cabañas. Se fijaron, cuando llevaban aún poco tiempo en la tarea, en que la gente se dirigía hacia el centro del campamento abandonando lo

que estaban haciendo.

- ¿Dónde va todo el mundo? Son las doce todavía, no creo que tengan ya hambre -dijo, extrañado, Dinan.

- Sigámosles. Algo pasará.

Dejaron sus recién retomados trabajos y se dirigieron al campamento central, núcleo de reunión. Se enteraron cuando acudieron de que por fin habían venido los últimos enviados: Inés, Mari Carmen, Francisco y los que se habían unido a la

-ahora- causa común.

- ¡Por fin! -exclamó Ulick, aliviado y emocionado- Ven, Bernardo, vas a conocer a Inés en persona.

Empezó a buscarla con la vista entre los recién llegados, que se refrescaban con el agua que les traían los demás después del duro camino. Estaba también allí Inés, intentando servirse un vaso del purificador líquido.

- ¡Montana! -gritó Ulick en cuanto la divisó- ¡Eh,

Inés!

- La llama hasta por su apodo y todo, el muy...  
-murmuró Bernardo.

- ¡Mecha? ¡Mecha! -salió corriendo hacia él al tiempo que lo llamaba; cuando se encontraron se abrazaron y besaron con alegría.

- Pues sí, yo diría que si no son novios lo disimulan muy bien -le susurró Dinan a Bernardo.

- Ya creía que os había pasado algo -fue lo primero que dijo Ulick, apretando a Inés entre sus brazos.

- Demasiadas cosas nos han pasado; ya te contaré. Por lo pronto he tenido noticias tuyas gracias a los diarios: "Psicosis en Malajian: un cargamento de prisioneros de los Mundos Oscuros escapa del Instituto Central de Psicoterapia de Malajian en una fuga sin precedentes; después de hacerlo, desaparecen sin dejar ningún tipo de rastro. La policía está intentando encontrar indicios de sus huellas, pero hasta ahora no se ha podido esclarecer nada del asunto. Se intenta relacionar este hecho con el incendio de uno de los

aeropuertos de la ciudad y el robo de un viejo transbordador; si esto es así, hay alta probabilidad de que los presos hayan muerto al explotar el transbordador en el Mar del Norte". Así que ahora te dedicas a quemar aeropuertos...

- Mujer, había que escapar de alguna forma.

- Claro. Siempre he dicho que me gusta tu forma de ser, aunque a veces te pasas un pelín en tus arrebatos. En fin, vamos a sentarnos por ahí, porque yo vengo hecha polvo.

- Por cierto -señaló Ulick, acordándose de que estaba allí Bernardo-, te presento a Bernardo, el "Jopu", uno de mis amigos en Nebulón. No se creía que pudiéramos estar juntos tú y yo.

- Joder -dijo aquel, con los ojos muy abiertos,, rindiéndose a la realidad-, no sé si darte la mano o pedirte un autógrafo; de todas formas, encantado de conocerte.

- Igualmente digo, y puedes darme la mano. Chicos, perdonadme, pero tengo hambre, sed y estoy muy

cansada. Luego hablamos, ¿vale? Porque tenemos mucho que hablar. Hasta luego.

- De puta madre -dijo Bernardo. Regresaron al trabajo, él aún impresionado por la visión de Inés y felicitando a Ulick por su tino con la chica, y de camino hablando de lo que urgía hacer, ya que estaban todos los que iban a formar el grupo que quería encabezar la rebelión, y Ulick tenía que explicar al campamento qué hacían allí y qué harían a partir de ese momento.

Antes, sin embargo, de que él saliera a hablar se reunieron en su tienda los que formaban el comité organizador: él e Inés, Marmeládov, María Jesús, Mari Carmen, Holger, Tomás, Francisco, David, Pedro, Bernardo, Sole y Dinan; se encontraron en la pequeña cabaña, después del almuerzo, con el ambiente más tranquilo, y Ulick tomó la palabra:

- Os he llamado para que empecemos a organizar a la gente. Por lo que se viene contando parece que por ahí fuera están como locos buscando a algunos, aunque pronto, ante la imposibilidad de encontrarnos, lo

dejarán; eso espero. Tenemos camino libre para empezar a funcionar mientras no se sospeche nada de dónde estamos. Sin embargo, para empezar a funcionar es necesario organizarse, lo más rápido que podamos, y para eso estamos nosotros aquí. ¿Alguna sugerencia?

Empezaron a mirar al de al lado, buscando una palabra que rompiera el silencio, pero nadie hablaba; la mayoría empezó, cuando el silencio se prolongó más, a toser y a carraspear de forma escandalosa. Al final tuvo que intervenir Ulick de nuevo:

- Si empezamos así no vamos a llegar a ningún lado: aunque sea una tontería, decid algo...

- Esto... -comenzó a decir Francisco inseguramente-, para mí que lo primero que tenemos que hacer es formar equipos que se encarguen de lo más preciso.

- ¡Muy bien! -los presentes acogieron la propuesta con un aplauso.

- ¿Veis? Ya tenemos una sugerencia. Ahora hay que ver qué es lo que hace falta, y quiénes están dispuestos a

hacerlo -dijo David. A partir de ahí se fueron sucediendo las necesidades que tenían que cubrir pensando en el futuro más próximo y en el menos: comida, ropa, cabañas, gente que espiera a las máquinas fuera de las fronteras del bosque, luchadores que supieran manejar armas contra los ejércitos de las máquinas, que los habría, contabilidad, guardería y asilo, maestros de pilotos...

- Ahora repartámonos el trabajo -dijo David, que ya lo llevaba todo apuntado en su fichero.- ¿Quién se encarga de la comida?

- Chaval -aseguró Tomás-, aquí tienes a un experto cocinero. Yo lo haré.

- Yo me encargo de la caza de animales -dijo María Jesús-, y de conseguir a otros pocos para que me ayuden.

- Muy bien, ahora viene la ropa. ¿Quién se ofrece como modisto?

- Yo -dijo Pedro- estuve trabajando un tiempo en una fábrica de ropa, y se me daba muy bien.

- Apuntado. ¿Y de las cabañas?

- Yo mismo -apuntó Marmeládov-. Ya estoy en ello, y no me va mal.

- Vale. Alguien para preparar a los espías.

- Yo -dijo Ulick-. Siempre me gustó espiar -al decir esto miró a Inés sonriendo-, y tengo algunas ideas buenas o que, al menos, pretenden serlo.

- Te ayudaré -dijo Holger.

- Y yo -se sumó Mari Carmen.

- Todo en la libreta. Comandos para el combate.

- Yo -dijo Bernardo- sé hacer armas, conozco a gente que lo hace muy bien y a otros que saben usarlas.

- Me uno a la fiesta -bromeó Dinan.

- Y yo -dijo Francisco-. No me considero violento, pero si se trata de desmontar máquinas para sobrevivir... me apunto.

- Muy bien. Quedan la guardería-asilo-hospital, los pilotos y la contabilidad. Yo me ocupo de lo último.

- Yo del asilo, guardería y enfermos -dijo Inés.

- Y yo de los pilotos: os aseguro que soy una experta  
-se ofreció, con poca humildad, Sole.

- ¿Está todo? -preguntó Ulick.

- Completamente -respondió David.

- Bien, entonces sólo falta convocar una reunión y decirlo, y de eso me encargo yo.

- Adelante, Mecha -lo animó Bernardo-. ¿A qué hora?

- Después de la merienda está bien -calculó Inés.

- Hasta entonces, ¿levantamos la sesión?

- Sí, descansen un poco.

El círculo central del campamento estaba lleno de gente sentada en el suelo o apoyada contra los árboles, algunos con comida aún en la mano, y todos, mirando hacia arriba, escuchaban a Ulick, que hablaba desde una especie de puente entre dos árboles. Junto a él estaban los demás miembros del reciente grupo de mando que había estado discutiendo las medidas a tomar. El calor sofocante se notaba en todas partes, aunque en el

bosque, protegido por los árboles, hacía más fresco y se estaba mejor.

- ... y, como sabéis, tenemos que ponernos en marcha ya; imagino que comprendéis que los humanos estamos atravesando la crisis más grande desde que comenzó el tiempo, y nosotros hemos aceptado la misión de intentar salvar la tierra y a nuestra especie de las garras de las máquinas, así que ahora formaremos esos ocho grupos de trabajo. Que cada uno se ponga donde cree que puede hacerlo mejor; cuando un grupo esté completo lo cerraremos y los que sobren se repartirán entre los demás. Es muy fácil, y podemos ser útiles en cualquier sitio, así que, ¡a trabajar!

Después de algunos altercados en las filas de los distintos grupos, que se solucionaron con rapidez, éstos quedaron formados. El más grande era el de los luchadores, ochocientos, dividido en doscientos veinte espías y quinientos ochenta más propiamente guerreros.

Ulick miró el grupo que le había tocado comandar y se asombró: setenta y cuatro nada más y nada menos. Después de darles las primeras clases teóricas sobre el espionaje, cómo manejar armas y otras cosas imprescindibles para tener alguna idea de lo que iban a hacer, llegó la primera clase práctica, lo más importante y lo que iba a fortalecer sus sentidos y su atención. Se llevó a su grupo a una de las cuevas del monte que había justo detrás del campamento, el Pico del Indio, llamado así por su forma característica. Cuando todos estuvieron dentro, a oscuras, alguien encendió una linterna.

- ¡Apaga eso, idiota! -masculló Ulick- ¡Tenéis que aprender a ver en la oscuridad; además, con esas linternas tan potentes vais a asustar a los animales que hay aquí y vamos a liar la zapatiesta! Hoy vamos a ver con un fuego -Al tiempo que decía esto abrió la mano, colocó en el suelo unas ramas que traía bajo el brazo y éstas se encendieron de golpe-. Escuchadme: vais a aprender a esconderos, a sorprender a vuestros enemigos y a poner en práctica lo que hemos dicho. Durante tres días vamos a jugar a un juego divertido pero muy serio: al entrar en la cueva os he dado a cada

uno un revólver láser, que no es de verdad: dispara chorros de luz que oscurecen el círculo de tela que también os he dado. Todos debéis llevar cinco círculos: uno en la frente, otro en el pecho, otro en la espalda y dos en los muslos. Haremos cuatro grupos, y cada uno tendrá los círculos de un color; el juego consiste en acertar a los círculos del contrario las más veces posibles. Antes de nada, y aunque os parezca incoherente, os tengo que decir que por nada del mundo haría daño a un ser humano fríamente; no soy violento ni me ha gustado usar la violencia nunca, y las veces que lo he hecho ha sido lleno de ira y he acabado muy arrepentido. Diréis que soy un mentiroso porque os estoy enseñando a luchar y eso no es precisamente ser pacífico, pero no hay otra opción, y si la hubiera no estaría yo aquí con una pistola en la mano. Lo que tenemos delante no son seres humanos, son máquinas que no entienden de hacer tratos con nadie y lo único que quieren es exterminar la raza humana, y ni tienen corazón, ni pueden querer a nadie, ni nunca han sentido nada, o sea, que en realidad son trozos de hierro muerto; por eso y porque tenemos que sobrevivir estoy aquí.

Espero que entendáis esto y que a quien le haga daño a una persona siendo perfectamente consciente de lo que hace lo echaré del campamento porque no merece participar en esta rebelión ni llamarse ser humano. Nada justifica en nuestros tiempos matar a una persona a sangre fría, y no toleraré que haya asesinos entre las gentes de este campamento. Dicho esto también hay que dejar caer que no vale acosar a las personas del otro sexo, porque somos gente madurita que queremos vivir; si queréis ligar lo hacéis después de que termine el juego. Eso es todo -terminó con una sonrisa-. ¡Eh, rubia! -exclamó de repente, señalando a una chica alta, hermosa, la misma de la que Bernardo había alabado las curvas hacía algunos días- ¿Cómo te llamas?

- ¿Yo? -preguntó extrañada y sorprendida la mujer.

- Sí, tú.

- Sharon.

- ¿Te ha dicho algo Bernardo?

- ¿Ber...nardo? No, no sé quién es Bernardo.

- Está colado por ti. Es un secreto, así que no le digas

que te lo he dicho yo; es muy buena gente. ¡Reuníos por grupos!

Después de una tremenda confusión aumentada por la poca luz se formaron los cuatro equipos, cada uno con un color de círculo: uno rojo, otro amarillo, otro verde y otro azul. Ulick tenía el rojo, así que se fue con su grupo, en el que también estaba Sharon.

- ¡Escuchadme un momento! -dijo-. Este juego es muy serio porque nos va a enseñar a desenvolvernos en sitios difíciles. Dejaremos un día de tregua para que cada uno se vaya a un lugar, se busque escondite, se tire por un barranco, ¡lo que quiera! A las doce de la mañana de mañana empieza justamente el juego. Aquel que sea cogido haciendo trampa se queda tres días sin comer. Y por si no os lo tomáis en serio, sabed que ¡los dos últimos grupos estarán dos días sin cenar en el campamento! ¡Buena suerte!

Dicho esto, se volvió hacia su grupo:

- ¡Vamos, salgamos de aquí!

Se fueron yendo todos, unos corriendo, otros andando, todos con las dianas puestas sobre el cuerpo y el arma a la cintura, y cada grupo tomó una dirección. Ulick, mientras se alejaban, iba hablando con su gente:

- Buscaos un buen escondite del que podáis escapar con facilidad y en el que tengáis una buena posición de tiro. Ya sabéis que son dos días, así que repartid bien las fuerzas; y como perdamos me cagaré en los parientes de todos vosotros. Aprovechad la noche para atacar, y no os dormáis profundamente.

- ¿Mecha? -le dijo Sharon.

- ¿Dime?

- ¿Quién es ese Bernardo?

- Si no te dan muchos tiros a lo mejor te lo presento.

- Procuraré que no me los den.

- Eso espero; yo también intentaré que no se me acerquen mucho. Ya sabéis, ¡si os sentís amenazados, corred! ¡Y acertad en las dianas!

- ¡Acertaremos! -gritaron todos a una. Luego cada uno salió hacia una parte del bosque.

Aún era muy pronto para esconderse, porque faltaba casi un día para que comenzara el juego y él conocía bien aquella parte del bosque, y decidió hacer una visita a Inés, que estaría por allí cerca.

Estaba, como había pensado, en la guardería reuniendo a los más pequeños.

- ¡Eh, Montana! ¿Cómo te va?

- ¡Mecha! ¡Pareces un pistolero! -contestó ella, riendo.

- Tenía ganas de empezar a trabajar duro; ahora después me esconderé.

- ¿Piensas tener preparada a esa gente para dentro de un mes, mi pequeño gran hombre?

- Si se lo toman en serio, sí. Dentro de un mes con otras cuantas clases teóricas y algunas más prácticas tendré setenta espías maestros. ¿Cómo le va a Bernardo con sus "expertos"?

- Peor que a ti. Muchos de sus pupilos tienen base, pero otra parte grande se encuentra a cero en técnica armamentística: fijate si es así, que ahora está empezando a enseñarles a construir bombas de relojería y pequeñas armas eléctricas; de todos modos no está nada mal para llevar con ellos sólo dos semanas, y si sigue así pronto podremos manejar algo con que zumbarles a las máquinas.

- Oye, estoy entorpeciéndote, así que me voy. Te quiero.

- Yo también te quiero. Como a nadie. Y no entorpeces, te vas porque quieres.

Eran ya las siete de la tarde y las sombras de los árboles se alargaban velozmente hacia el Este; el Sol acariciaba el borde de las cercanas colinas, y el frío de un prematuro otoño se hacía sentir poco a poco. El bosque se retiraba a dormir y muchos animales corrían a esconderse en sus salvadores refugios nocturnos; también los nuevos habitantes terminaban otra jornada de trabajo y se dirigían al centro en busca de una buena

cena para reponer las mermadas fuerzas.

Pero no todos iban hacia allí: a bastantes kilómetros al Norte, en la penumbra que rodeaba al arroyo, se escuchaba la respiración entrecortada de alguien que corría apresuradamente; los matorrales se apartaron a un lado y ese alguien saltó hacia delante, cayendo momentos después al tropezar con una piedra escondida en la espesura. Después de maldecir en voz baja, dándose friegas en el dolorido pie, se levantó y, cojeando un poco, volvió a echar a correr.

La persona en cuestión era una chica rubia, alta y llena de barro: Sharon. Venía huyendo de algo o alguien, con la pistola en la mano y fijando la vista desconfiadamente en todo lo que se movía; quedó, de repente, quieta, mirando hacia delante con estupefacción, pues el arroyo le cortaba el paso y no se atrevía a cruzarlo. Miró atrás. Miró hacia delante. Su perseguidor debía estar muy cerca.

Antes de que pudiera mover un solo músculo una mano salió del agua, le agarró el tobillo derecho y tiró de él hacia el arroyo; Sharon perdió el equilibrio, resbaló y cayó al agua. El que la había apresado le puso una mano fuertemente en la boca para que no gritara y le hizo señas tranquilizadoras con el dedo. Poco después le susurró:

- Tranquila, también soy del rojo. Toma, coge esta paja, métete bajo el agua y respira por ella. ¿Cuántas veces te han dado?

- Dos. Vienen detrás de mí.

- ¿Más de uno?

- Un par, con muy mala leche.

- Me llamo Ramón. Soy de Mérico.

- Sharon, de Astar.

- Se escucha algo. Vamos, sumerjámonos.

Sus cabezas desaparecieron repentinamente; casi al

mismo tiempo llegaron corriendo y resoplando dos hombres corpulentos que quedaron desconcertados al ver la orilla del río a sus pies y ni rastro de Sharon.

- ¿Qué pasa aquí? -dijo el más alto.

- Debe estar entre los matorrales de la orilla. Cuidado, agáchate para que no te vea.

- ¿Estás seguro de que le diste?

- Segurísimo; y te repito que nunca pongas en cuestión mi puntería. Ahora vamos a pillarla y a dejarla fuera de juego. La pobre está solita e indefensa -empezaron a reír por lo bajo y a bromear con las armas, sin darse cuenta de los dos cañones que se levantaban hacia ellos, lentamente, sin hacer ruido; luego hubo cuatro disparos tan seguidos que los dos hombres no tuvieron la más mínima posibilidad de reaccionar.

- ¡Mierda! ¡Me ha dado! ¡Tiene que estar por aquí cerca! ¿Dónde te escondes, guarra? -maldijo el más pequeño. Ambos volvían la cabeza nerviosamente mientras les llegaban más disparos desde abajo; cuando se dieron cuenta de lo que estaba pasando Sharon y

Ramón salieron a la superficie y empezaron a nadar hacia la otra orilla. Los que se quedaban en la primera quisieron vengarse, pero las armas se desconectaban durante diez minutos después de haber sido alcanzado, y poco pudieron hacer sino increpar a los que se reían ahora de ellos en la otra parte.

- ¿Decíais algo de una muchachita indefensa? -les gritó Sharon, divertida-. Yo diría que ahora los indefensos sois vosotros, y si no desaparecéis de ahí en pocos segundos vamos a jugar un ratito al tiro al blanco.

Comprendiendo que lo mejor era echar a correr, los experseguidores huyeron hacia el interior de la maleza. Sharon y Ramón, después de secarse un poco para no enfermar, corrieron hacia el lado contrario y desaparecieron entre los árboles.

Ulick intentaba no dormirse, permanecer vigilante oteando el suelo por debajo de sus pies. Era muy de madrugada, y el intrépido joven estaba sentado a horcajadas sobre una rama alta de un pino voluminoso y tupido. Desde allí y acostumbrados sus ojos a la luz de la

luna veía gran parte del terreno; sin embargo, aún no había divisado a nadie a pesar de que su atención era total. Al fin decidió, tras horas así, dar una vuelta para intentar sorprender a alguien. De rama en rama saltó a otro árbol cercano, y de allí al siguiente, desde donde bajó a ras de tierra atento siempre a cualquier movimiento en el suelo. Divisó algo detrás de unas matas: un muchacho con los círculos color rojo que miraba con intranquilidad a derecha e izquierda. Escondido tras el tronco de un árbol, apuntó y disparó... no al chico, sino a una señora madura que, situada tras él y aprovechando el susto del chaval, apuntaba directamente al círculo de su cabeza. La mujer quedó paralizada por la sorpresa al ver que quedaba desarmada, a merced de sus enemigos y descubierta por el sonido del impacto infrarrojo sobre su pecho. El chico se volvió, empezó a gritar y, sin dejar de hacerlo, apretó el gatillo hasta que la mujer salió corriendo despavorida; luego lo hizo él mismo. Ulick se escondió en una de las ramas más tupidas que encontró y se quedó dormido.

Su despertar fue repentino y accidentado: oyó un grito, abrió un ojo y vio a un hombre delgado de cara furiosa que iba directamente hacia él agarrado de una cuerda y enarbolando en la mano derecha una pistola con la que le disparó y acertó en la frente; el susto le hizo dar un respingo y, resbalando, cayó mientras comprendía que le habían dado y tenía que huir hasta que su arma se recargara. Pudo sostenerse un poco más abajo, y quedó colgando de un brazo a cuatro o cinco metros del suelo; haciendo un esfuerzo, logró agarrarse mejor a la rama y miró rápidamente hacia el lugar desde donde le habían disparado: no había nadie. Ulick se apretó contra el tronco del árbol y volvió a mirar hacia arriba, pero no vio nada; miró luego hacia abajo y se encontró con la señora de la noche anterior que intentaba apuntarle desde el suelo.

El juego era sencillo: despistar desde una posición y dar desde otra. Y la respuesta consistía en quitarse de encima a aquella pesadísima mujer y contragolpear más tarde, así que Ulick salió a correr por la rama

procurando no caerse, dio un salto y fue a dar en el río, en el que se zambulló y buceó un poco saliendo suavemente a la superficie después y escondiéndose entre los juncos de la orilla, altos y voluminosos, sin hacer ruido para no llamar la atención de sus perseguidores. Afinó el oído y esperó a que su pistola comenzara a funcionar; sin embargo, antes escuchó movimientos cercanos y viendo una frondosa arboleda cercana se preparó para correr hacia ella. El ruido se acercó más, y justo cuando lo que fuera pasó a su lado buscando y separando las cañas él saltó y sin mirar atrás una sola vez corrió hacia la arboleda. Pronto escuchó el ruido del que había salido detrás, pero antes de que pudiera alcanzarlo se metió entre los árboles y se escondió detrás de un delgado tronco. Miró de reojo y reconoció al que le había disparado y a otro hombre, que se abrían buscándolo, y más atrás a la mujer que llegaba ahogada; cogió una piedra y la tiró con todas sus fuerzas a su derecha, y tres cabezas se volvieron al lugar en el que cayó y apuntaron hacia allí. Ulick aprovechó el momento y corrió en dirección opuesta, siempre resguardándose entre los troncos y los muchos arbustos;

su pistola se terminó de recargar. Escondido tras otro tronco observó entre árbol y árbol que los dos hombres se dirigían hacia su derecha y la mujer se quedaba vigilando en la espesura de unas hierbas que se levantaban medio metro del suelo. Se dirigió hacia las espesas hierbas, dándole siempre la espalda a la mujer, que miraba hacia delante y no notó su presencia hasta que sintió el cañón de la pistola colocado en su espalda.

- No te muevas y dame tu revólver -le susurró al oído -si no quieres que te descargue el mío en la espalda y te deje desarmada durante un buen rato.

La mujer obedeció, levantó los brazos y se la entregó. Ulick se retiró de su lado y fue a por los otros empuñando ambas armas; en ese momento ella empezó a chillar y a llamar la atención de los dos, que se volvieron a la vez, aunque no vieron a Ulick porque se encontraba tapado por varios árboles. Éste, alarmado por los gritos, le disparó unas cuantas veces y se aplastó contra uno de los troncos esperando a ver lo que hacían los hombres que, como esperaba, fueron a ver lo que

ocurría y llegaron a colocarse a escasos metros del tronco en donde se escondía; aparecieron ante él a metro y medio y él, viendo el cielo abierto, descargó las dos armas sobre ellos y corrió hacia donde no pudiesen encontrarlo.

Hacía horas que había terminado el juego y los concursantes volvían al lago donde se estaban reuniendo para ver los resultados. Ulick se encaramó a una roca para que lo escucharan bien e indicó que se contasen los tiros que había recibido cada grupo; resultó vencedor el verde, que sólo tenía cuarenta y ocho impactos, seguido por el rojo con sesenta y dos, y luego los dos perdedores: el azul, con ciento cuarenta y seis, y el amarillo con doscientos once.

- Ya sabéis -dijo Ulick- que dije que los dos últimos clasificados no podrían entrar en el comedor durante dos días -un murmullo de descontento se elevó entre los participantes- pero como os lo habéis tomado con muchas ganas habrá amnistía general. Y ahora vamos a

descansar hasta mañana a las nueve. ¡que lo paséis bien!

Se fueron yendo los más a sus respectivos habitáculos para descansar un poco y recuperar fuerzas, que les harían falta al día siguiente; Ulick se dirigió hacia Sharon y le informó:

- Eh, tía, aquel que se ve con la coleta, un pendiente en una oreja y tumbado a la bartola bajo la encina es Bernardo.

- Gracias. Voy a ver qué es lo que quiere; estas oportunidades no se deben desaprovechar, ¿no crees?

- ¡Oh, por supuesto que no! Yo voy a menear el bigote un poco. Hasta luego.

Mientras caminaba hacia la explanada para comer pensaba en lo que había ocurrido hasta aquel momento y cómo lo que empezó siendo la pesadilla de diez locos se había convertido en el sueño de más de mil. Y ahí no podía quedar la cosa, porque había que avisar a todos los humanos de lo que se estaba cociendo en el imperio de

la forma que fuese, y para eso estaban planeando meterse en los medios de comunicación y en su central: el edificio de Telecomunicaciones de Malajian. Tenían poca información sobre los sistemas de seguridad que se encontraban en el interior y exterior, y aún no habían hablado de la forma de pasar por ellos para llegar al corazón del edificio y actuar desde dentro. Y de eso y en eso hablarían y se tendrían que poner a pensar en los próximos días, siempre teniendo en cuenta que las posibilidades no eran muchas.

La explanada estaba llena de gente arremolinada alrededor de Pedro y Tomás, que llevaban una gran olla con carne. Ulick se topó con Inés, sudorosa y enrojecida, con cara de problemas.

- Eh, Mecha, tengo que decirte algo.

- Luego, ¿vale? Vengo reventado y necesito comer algo. Tengo un hambre de lobos.

- No, no puedo esperar a luego. Ahora -Ulick la miró empezando a temerse que aquello era serio.

- Como quieras, te escucho.
- Me preguntaba si te acordabas de aquella noche de...
- ¿Te refieres a aquella noche dee... eeh?
- Sí, a la noche aquella de... ya sabes... el polvo, vamos.
- Mujer, eso no se puede olvidar... por nada del mundo. Claro que me acuerdo.
- De todas formas no lo vas a poder olvidar aunque quieras.
- Normal... Además, jamás podría querer olvidarlo. ¿Quizás es que quieres que esta noche...?
- No, no, me refiero a otra cosa.
- ¿Otra... cosa? ¿Qué cosa?
- Que me he hecho la prueba del embarazo y... estoy.
- ¿Qué? ¿Cómo? ¡No puede ser! -su cara empezó a ponerse blanca; jadeó mientras intentaba comprender aquello.
- Puede ser: de hecho es. Vamos a tener un hijo.

- Yo..., o sea... Creo que necesito beber algo -susurró, ahogado, y se dirigió a todo correr hacia Pedro y Tomás. Dando empujones llegó hasta una gran jarra llena de agua fresca y, sin más, metió la cabeza dentro y la mantuvo sumergida durante un momento. Pedro y Tomás lo miraron con la boca abierta, y una vez que Ulick sacó la cabeza, le preguntaron:

- Esto..., ejem..., ¿Se puede saber qué coño estás haciendo?!

- Uf... ya me encuentro mucho mejor. Perdonadme, pero lo necesitaba.

- ¿Y se puede saber por qué?

- No lo sé, tengo que hablar con Inés. Después de la comida os lo cuento -cuando volvió a donde estaba ella, Tomás dijo:

- Oye, a este tío le sienta mal ser el jefe. Está como una cabra.

- ¿Qué es una cabra?

- Es muy largo de explicar, así que confórmate con que es un bicho con cuernos. Anda, vamos a traer otra

vasija de agua.

- Ah.

- Ya estoy de vuelta, Guía -dijo Ulick, acercándose a donde lo esperaba Inés.

- ¿Mejor?

- Un poco. Digamos que repuesto del susto.

- Y dime, ¿te alegras?

- ¿De qué?

- Pues de qué va a ser, hombre, del niño.

- Oh, es que me ha pillado tan de sorpresa que... supongo que sí. Lo que pasa es que no estaba preparado para que me dijeras eso.

- ¿Y crees que estamos preparados para tener un hijo?

- Ni idea, pero para comprobarlo hay que tenerlo, ¿no?

- Me alegra que pienses eso. Hace ya tiempo que

deseé tener uno, y tú eres el padre perfecto para él.

- Gracias. De todas formas no sé cómo lo vamos a hacer, porque aquí no hay incubadoras y estar nueve meses con el niño dentro se te va a hacer muy pesado...

- Me da lo mismo, Ulick. En serio, si hay que estar barrigona para que nazca, adelante.

- Eso es tener fortaleza... Me alegro por ti, y también por mí, espero.

- En fin, como digo siempre en estos momentos, vamos a comer porque si no nos vamos a poner demasiado dulzones, y no es la hora.

- Los estómagos hablan por sí solos. Y por los ruidos que se escuchan diría que tienen ganas de zamparse algo grande. Joder, un hijo... ¡Qué fuerte! ¿No?

Estaban comiendo cuando se acercó Bernardo acompañado por Dinan y Marmeládov. Habló el primero:

- ¡Eh, Mecha! ¿A que no adivinas qué es lo que me ha pasado hoy?

- No sé -respondió Ulick sonriendo-; quizás que una

rubia guapa y nada tímida que se llama, pongamos por caso, Sharon, se ha acercado y te ha dicho algo que te ha gustado mucho.

- ¡Me cago en la mar! ¿Ahora lees los pensamientos a todo el mundo, pedazo de capullo?

- No, simplemente le di un consejito a esa chica.

- Así que tú andabas detrás de todo... Ya decía yo que era muy raro que supiera mi nombre y se mostrara tan decidida.

- Pues lo que me ha pasado a mí no es menor sorpresa, porque la noticia ha sido de infarto.

- ¿Qué noticia? -preguntaron.

- Que voy a ser padre.

- Oye -le dijo Tomás tomándolo en sentido figurado-, que seas el jefe de la rebelión no quiere decir nada, ¿eh?

- Va en serio, Tomás, voy a tener un hijo. Con Inés.

- Hombre, lo bueno sería que encima de todo fuera con otra en vez de con ella -le dijo Dinan con rechifla-. Yo llevo aquí poco tiempo, pero hay cosas que saltan a la

vista.

- Brindemos, pues, aunque sea con agua, por vosotros y vuestro pequeño mago, hada o modelo de curvas apretadas, depende a quien le salga -invitó Bernardo levantando su copa, a lo que respondieron los demás entrechocando lo vasos con alegría, felicitando a los progenitores.

Aquella tarde la pasaron en grupo, hablando sobre cosas importantes o banales, en la tranquilidad que precede a la tormenta. Los miembros del Consejo quedaron al día siguiente para estudiar en profundidad las propuestas de acción más inmediatas para empezar a trabajarlas al momento, y al día siguiente votaron como primer paso sacar a la luz la rebelión mediante el edificio de Telecomunicaciones, en el que deberían entrar costase lo que costase para que aparecieran focos rebeldes en otros lugares y la resistencia humana fuera todo lo mayoritaria posible.

Se levantó una clara mañana el día en que Ulick se disponía a anunciar la primera acción contra las máquinas: la escarcha formaba una capa brillante sobre el campo que iba desapareciendo conforme el disco diurno extendía su mano sobre el bosque, los animales salían de sus escondrijos en busca de la luz y el calor del día y la vida se sentía latir en todos los rincones. El campamento se había terminado de instalar por completo, todos tenían lugar donde cobijarse y se habían levantado temprano no para trabajar, sino para escuchar la voz de Ulick; eran bastantes más de los que habían llegado en un principio, pues poco a poco se les habían ido uniendo otros que habían tenido noticias a través de los de dentro, siempre desde la prudencia que se requería para que nadie que no fuera de confianza descubriera el emplazamiento. Encaramado a un árbol estaba Ulick con la gorra, que le tapaba el frío de la cabeza todavía con poco pelo y las orejas, las gafas de sol y una sonrisa que demostraba sin lugar a dudas que era feliz viendo lo que veía. Pidiendo silencio, como cada vez que se subía a las alturas para hablar a la multitud, dijo:

- ¡Rebeldes, ha llegado la hora de la Revolución! -un griterío enorme se elevó de entre los que escuchaban- ¡Hace unas semanas lo veíamos como un sueño, pero ahora es algo que hay que asumir: tenemos que intentar salvar el mundo! El imperio quiere acabar con nosotros, y eso quiere decir que no está cumpliendo la función que tiene, que es proteger a todos sus elementos. ¡Se quiere prescindir del hombre, eliminarlo sistemáticamente, quitarle la libertad y la vida! ¡Y yo no quiero vivir sin libertad, no quiero ser el muñeco de ningún imperio, y prefiero morir libre a moverme sin ser yo mismo!

\*¡Estamos preparados para levantar una revolución en todo el imperio, y vamos a hacerlo! ¡El hombre es el único ser capaz de querer, de enamorarse, de soñar, de pensar y de saber que existe lo mismo que de mentir, de odiar, de dejarse llevar y de no querer saber nada para no tener que preocuparse por nada! ¿Y cómo podemos dejar que todo lo que de bueno tiene la humanidad se venga abajo porque alguien haya creído que haciéndonos conformistas nos va a vender para chuparnos la sangre? ¡Tenemos que luchar por nuestras

madres y padres, por nuestros hermanos, por nuestras mujeres y nuestros maridos y nuestros hijos, por nuestros amigos y por todos aquellos a los que no conocemos y a los que nos sentimos unidos por naturaleza! ¡Hemos de acabar con un mundo que comercia con nosotros sin que lo sepamos y que mientras planea nuestra ruina nos regala con Nada y vacío! ¡Y lo vamos a hacer desde ahora!

\*A partir de este momento se pone en marcha el plan para entrar en el edificio de Telecomunicaciones y decir al mundo entero que empezamos a levantarnos, y ya está casi todo preparado. Desde hoy mismo el equipo encargado de esta misión se pone en marcha. ¡Nada más! ¡De ahora en adelante nos esperan duras pruebas, pero la recompensa será nuestra libertad!

Los rebeldes se habían quedado en silencio, y sólo tras un momento empezaron a levantarse voces que más tarde se convirtieron en un unánime grito de libertad que inflamaba los corazones y hacía brillar los ojos: la Rebelión había comenzado.



## *Capítulo dieciséis: espías en Malajian.*

El equipo que iba a participar en la misión, llamada por todos "misión cuña", de dar a conocer la rebelión, estaba reunido en la cabaña de Holger. Lo formaban los jefes principales, que supervisarían la operación, y seis espías que formaban el grupo de acción: Sole la piloto; Holger y Ulick, los jefes de la escuela de espionaje; Li, oriundo de Japha y especialista en inteligencia artificial; Manolo, Malajitano y observador sin igual, y Santiago "camaleón", Merikano, único con los sistemas de seguridad. Se encontraban reunidos en torno a una

imagen tridimensional del edificio de Telecomunicaciones, mirándola con detenimiento.

- Éste es nuestro destino -informó Holger-, un lugar poco céntrico y bien guardado. Aún no sabemos qué sistemas de seguridad existen en el complejo, aunque tenemos alguna noticia; de todas formas hay que ir allí y echar un vistazo para saber exactamente a lo que nos enfrentamos y actuar conociendo a la perfección lo que nos podemos encontrar, y para eso tenemos a Manolo y Santiago, que forman nuestro primer grupo y tienen el encargo más importante de la misión, sin el que es imposible continuar: traer una descripción detallada de todo lo que pulula y nos impide entrar allí, sin hacer nada más, o sea, que nada de heroicidades tontas ni de riesgos inútiles; ir, recoger información y volver lo antes posible para poder preparar una entrada seria y efectiva. Ésta -señaló la imagen- es una foto del edificio, pero sólo es una foto: necesitamos los planos de los lugares que nos hacen falta al milímetro, completos y al dedillo. Y eso es todo por ahora, porque hasta que no esté aquí la información no podemos hacer una mierda. Tiempo para dudas, preguntas, ideas...

- Mira -dijo Marmeládov-, eso está muy bien, pero dos personas son, a mi parecer, pocas; con más gente tendríamos más información. Ten en cuenta que lo que no vea ninguno de los dos no existe para nosotros...

- Te apuesto lo que quieras -le dijo Manolo- a que somos capaces de darnos cuenta de cualquier cosa, por pequeña que sea, que haya en ese puto edificio. Jamás he pasado nada por alto, y no va a ser ésta la primera vez, y tenemos que pensar en que ni por asomo creen que queremos hacer nada allí, así que no sospecharán lo más mínimo si pasamos suficientemente desapercibidos. Aquello es un edificio para la televisión, no un cuartel de la policía o un laboratorio de investigación, y las medidas de seguridad gordas se colocan de noche. Y si hemos logrado entrar en el edificio de Psicoterapia lograremos entrar también en éste, seguro...

- El edificio de Psicoterapia -replicó Ulick- es pequeño y poco importante como para tener grandes medidas de seguridad nocturnas. Éste es enorme y nosotros no podemos exponernos más de la cuenta, y no es lo mismo meterte en un edificio en el que vigila un

androide recargable que en uno que es vigilado por policías hechos y derechos, cámaras conectadas directamente con la policía e inteligencia artificial activa en todo el perímetro, que es lo mínimo que se da en un lugar de esas dimensiones. La noche es peligrosa para atacar un recinto así.

- Vale, vale que haya algunos juguetitos que haya que tener en cuenta -dijo Manolo-, pero ten en cuenta que en el edificio de Psicoterapia estaban los presos, todo un peligro; mirad, no hay que preocuparse del todo: os aseguro que hemos entrado, al menos algunos de los que estamos aquí, a lugares más difíciles y nos hemos llevado lo que hemos querido sin que nadie haya notado nada.

- En fin, id con ojo -terminó Holger-. Si nadie tiene nada más que decir, adelante con la primera parte de la misión. En la cocina tenéis todo el material que habéis pedido

-se dirigió a los dos espías-; y los demás esperaremos a que lleguéis para planear el asalto. No obstante, id dándole vueltas a la cabeza y si se os ocurre algo lo

comunicáis. Vamos levantando el campo, que no me gustan las reuniones largas.

Esa misma mañana salieron los dos espías del bosque en completo anonimato, en el mismo al que llegaron a Malajian y a las cercanías del edificio de Telecomunicaciones.

- ¿Llevas las lentillas videográficas colocadas?  
-preguntó Santiago a Manolo- Recuerda que tu ojo son los ojos de esta misión y tu oído los de su éxito o fracaso, y no podemos jugar con estas cosas.

- Te vuelvo a recordar, pesado amigo, que tengo una visión magnífica y un oído poco mejor, y que tú tampoco eres ciego ni sordo; además, aquí sólo encontraremos entradas nocturnas codificadas en la principal y en los pasillos más destacados. No es tan difícil colarse en un sitio así, y no sé por qué te pones tan nervioso de repente... ¿Recuerdas el centro de inteligencia secreta de Mérico? Aquello sí que era acojonante: nada más entrar nos encontramos esa puta puerta que reconocía la figura y el movimiento; para

abandonar el pasillo central había que meter el carnet del tío que podía entrar por allí con sus datos personales, su dinero, su agenda...; para pasar al ordenador que manipulamos nosotros te exigían un análisis de ADN... y con toda aquella basura de imposibilidades conseguimos que metieran en la cárcel al bastardo del alcalde, que había metido a tu novia y a mi hermana en el Mundo Oscuro y las había hecho desaparecer por el simple hecho de que eran demasiado listas para el trabajo que tenían, con pruebas que si no hubiera sido de aquel modo hubiera sido imposible aportar; además, conseguimos información sobre su vida que podíamos haber utilizado de habernos hecho falta. Y si allí entramos, aquí nos pasearemos y nadie sabrá lo más mínimo; así que deja esos nervios y ponte en posición para descifrar lo que haya que descifrar.

- Perdona, es que hace tanto tiempo que no hacemos nada así de serio y de importante que no puedo evitar estar eufórico, y por eso parece que estoy nervioso.

- Pues entonces di que estás eufórico y no me des más sustos.

- Bien, estoy eufórico. ¿Contento?

- Como en los viejos tiempos. Me parece que esto va a salir bien.

Entraron en el enorme edificio por un ascensor que los transportó hasta la planta baja; allí se encontraba la puerta de entrada (el edificio se sostenía en unas largas patas para aumentar su longitud), ancha, alta y translúcida. Encima del flanco derecho había un pequeño círculo negro con una banda azul. Ya dentro, entre la multitud, Manolo dijo a Santiago:

- El ascensor se apaga de noche, cuando la cámara del edificio se pone en funcionamiento, y se enciende cuando se apaga ésta, o sea, que debemos entrar por el hueco cuando lo hagamos. La cámara funciona de noche, y no tiene control de la puerta hacia fuera. Es pequeña y con una banda azul. ¿Qué quiere decir eso?

- Sencillamente que está conectada con la policía. Además, esas cámaras están preparadas para reconocer cualquier tipo de metal y de energía alta: nada de armas.

No es capaz de reconocer a las personas.

- Bien. Sigamos: en las puertas laterales no hay nada; no son importantes. Al final del pasillo hay un portón grande, y detrás el plató primero.

- ¿Cómo sabes eso desde tan lejos?

- Escucho gente aplaudiendo. En este primer piso no hay otra cosa de mención, y me atrevería a decir que en el segundo tampoco.

- Entonces subamos al tercero, ¿no?

- Sí, el segundo está lleno de platós: lo dice en el cartel.

El tercer piso era más pequeño que los dos anteriores, y tampoco contenía nada de vital importancia.

- Vámonos al décimo, el de las noticias. Al fin y al cabo allí es donde tenemos que subir a meter la cuña informativa.

- Sí, pero recuerda que tenemos que ver también los robots que puede haber en todo el perímetro.

- Ya lo haremos bajando.

La planta décima era diferente a las demás: su pasillo era más pequeño, y en su entrada se necesitaba un carnet que acreditaba como periodista.

- La hemos cagado -dijo Santiago-: para pasar por ahí hace falta tener una tarjeta. Y en la mía no dice que somos periodistas.

- No te preocupes mucho por eso; sólo recuerda que para entrar con la cuña tenemos que hacernos un carnet de periodista falso. Desde aquí puedo darme cuenta de todo lo que se vea o escuche en el interior, si me acompañas al servicio a que me meta los embudos auriculares en las orejas.

Entraron en los servicios y, mientras Santiago esperaba, vigilante, Manolo se colocó dos pequeñas estructuras ovaladas dentro de los pabellones auditivos. Las probó y vio que podía entender con claridad lo que se hablaba al otro lado de la pared.

- Perfecto -dijo cuando salió-. Para poder utilizar los

cacharros estos hace falta tener un oído sensible y duro para que puedas llegar lejos sin lastimarte el tímpano. Vamos: hay que darse prisa.

Se colocaron junto a la puerta después de comprar algo de comida y hacer como que descansaban.

- Lo primero que veo si ensancho la lentilla es un montón de puntitos en el dintel de la puerta de entrada. Hay una puerta exterior y otra interior, y en medio un espacio como para una persona.

- Quiere decir eso que si descubren que no somos los periodistas que llevaremos inscritos en los carnets falsos quedaremos atrapados entre el cristal de la puerta y el láser del dintel, o sea, que hay que crear ilusiones tan reales que el sensor no descubra la diferencia entre nuestros cuerpos y ellas. Sigamos.

- Hace falta identificarse con las tarjetas falsas que has dicho; dentro, en el pasillo, tenemos diez puertas, y en las cinco de la izquierda, veamos: en la primera una mujer gritándole a un robot tipo cuatro, en la segunda dos computadoras creando rótulos de noticias varias, en la tercera...;sabes que han metido en el mundo oscuro a

una tratante de cerebros artificiales por introducir masa encefálica con información asesina contra un grupo de políticos en un androide?... mezcladores de información, en la cuarta encontramos... no sé exactamente... sí, en ésta debemos pararnos un poco. En la puerta hay un aparatito de diez centímetros de alto por doce de ancho con unos botoncitos. Dentro se recibe la información que saldrá más tarde a la luz. Y poco más interesante para nosotros: ni vigilantes, ni falta que hacen.

- Cada vez me dejas más boquiabierto. Jamás, aunque no hiciera otra cosa que mirar aquellas puertas y escuchar a través de ellas, podría sospechar algo de todo lo que has dicho. ¿Cómo lo haces?

- Psé, no lo sé... simplemente llega a mis ojos y flota ante mis oídos, y lo capto. Por cierto, ¿qué es lo que te he dicho que hay en la cuarta puerta de la izquierda?

- Un paso. Comprueban los códigos de entrada. Es algo que se hace desde hace un milenio como poco.

- Chupado.

- No hay que preocuparse, al menos por ahora. Anda,

vámonos de aquí, que llevamos mucho tiempo parados en el mismo sitio. A ver qué controles encontramos de aquí abajo.

Dieron un concienzudo vistazo a todo el edificio y salieron sabiendo por dónde y cómo debían entrar en el lugar, en el que la seguridad era la mínima para el trabajo que se realizaba dentro; después tomaron un refresco en un bar cercano y charlaron un rato con el dueño sobre los últimos cotilleos de la ciudad, en la que ya nadie se acordaba de los presos que escaparon no hacía mucho ni de los rebeldes que lo hicieron antes aún. La vida allí era un puro presente, sin pasado del que aprender ni futuro por el que preocuparse, y cabía preguntarse cómo iban a poder despertar en gente así el sentido de lucha y del sacrificio necesario para que la aún salvable especie humana pudiera salvarse. De todas formas, ninguna de aquellas personas había tenido que preocuparse en su vida de nada que no fuera qué vestido ponerse o con quién ligar tal o cual noche, o qué cara les gustaba más para cirugía o qué perfume era el más

seductor, y jamás había tenido un problema lo suficientemente trágico como para golpear su alma dormida bajo el efecto de una sociedad paralizante que apenas dejaba resquicio a la libertad aun en aras de una libertad que, analizada en profundidad, estaba formada por cadenas más duras que el mismo raikón. Y no sabían los rebeldes si conseguirían algo diciéndole la verdad al mundo, pero habían de intentarlo aunque perdieran la vida en ello: la palabra "mártir" volvía a surgir de los labios de los más atrevidos de aquellos libertarios, una palabra escondida y borrada durante mucho tiempo que volvía a cobrar todo su sentido ante la cruda realidad a la que se encontraban irremisiblemente atados y amordazados.

Regresaron al bosque durante la noche, y llegaron al campamento al día siguiente con información precisa sobre la misión más importante de cuantas estaban preparándose y que podía traducirse en una rebelión universal o la perdición para todos.

Esa misma tarde se reunieron en el centro de mandos para terminar de preparar el plan. Escucharon atentamente la concisa explicación que dieron los dos observadores espías sobre la situación exacta de cada importante cosa en el edificio de Telecomunicaciones; después estuvieron largo rato discutiendo sobre la forma de penetrar en él: si por las ventanas, si por el ascensor, si por los conductos de refrigeración... Al final Holger preguntó a los dos que habían estado en el sitio su opinión, que por otra parte era la más segura, y contestó Manolo:

- A mi entender, aunque puedo estar equivocado, el mejor modo de entrar es por el hueco del ascensor.

- ¿El hueco del ascensor? -interrogó extrañado Ulick- Te recuerdo, querido Manolo, que el hueco del ascensor estará ocupado por el ascensor, y el ascensor desconectado.

- Sí, pero el tubo es de tracción por superconductores, y cuando está desconectado se posa en el suelo, lo que nos deja una abertura de treinta o cuarenta centímetros entre él y la pared para, una vez abierta la puerta, poder

meternos por allí. Una vez en lo alto de la caja del ascensor y en el tubo -siguió, aclarado el tema- hay que subir diez pisos sin hacer ruido y sin que nos vean, o sea, a mano. Para eso no encontraremos nada mejor que lazos de Raikón, invisibles, duros y por los que podemos subir sin peligro. Hay dos guardias en el edificio: uno vigila el primer piso y otro está en el quinto, que debe ser donde se guardan los archivos. Por estos pisos debemos pasar lo más silenciosamente que podamos, porque como los guardias nos pillen la hemos cagado desde el principio. En el décimo piso está la cámara, de la que se encarga Li, y el comprobante de carnet de periodista, del que también te encargas. Para entrar en la sala cinco, que es la nuestra, tenemos que sabernos el código de entrada: 2-4-3-6-7-1-6. Lo vi cuando entró uno de los empleados.

- Entonces -dijo Ulick- manos a la obra: yo hago la cuña informativa, tú -señaló a Li- te encargas de la parte informática, tú -Holger asintió- compras las cuerdas de Raikón y vigilarás en la calle, Santiago se vendrá conmigo a colocar la cuña, Sole conduce, lleva y recoge, y Manolo vigila a los vigilantes. El sábado de noche

revienta la rebelión, y nosotros somos la causa, así que  
¡hasta la victoria!

El momento había llegado: en el campamento del bosque la gente esperaba y se enfebrecía física y anímicamente ante el levantamiento del hombre contra la máquina, los contactos con otros silenciosos puntos de apoyo en escasos lugares del planeta estaban hechos y la noche del sábado había llegado. La puerta de la choza de la familia Llakm se abrió: por ella salieron Ulick e Inés, a la que ya se le notaba el embarazo.

- Cuídate -le dijo, al tiempo de besarlo.

- Siempre lo intento. Mañana nos vamos a reír un rato delante del televisor.

- Ya lo creo. Hasta luego; rezaré por ti, aunque no esté segura de la existencia de Dios.

- Si no existiera no estaríamos aquí ahora, vivos -"Seguro", pensó-. Nos vemos.

Los cuatro que iban a acompañar a Ulick estaban ya dentro de la camioneta que los tenía que transportar a la ciudad; Li lo esperaba fuera.

- Toma, tu carnet falso. Ya le he explicado a Santiago lo que tiene que hacer con lo que os vayáis encontrando. Suerte.

- Gracias, amigo. Nos vemos mañana temprano, dile a Marmeládov que nos prepare un buen chocolate.

- Descuida. Anda, entra, que te están esperando.

Ulick pasó, saludó y se sentó. Las puertas se cerraron y el aparato despegó en silencio, aunque todos estaban pendientes de los viajeros y del éxito de la misión.

- ¿Cómo estáis, chicos? -preguntó Manolo-. Yo asustado, sudando a la gota gorda y nervioso como nunca en mi vida lo había estado.

Todos lo miraron, sonriendo y dejando ver en las caras, en los continuos movimientos del cuerpo y en los ojos inquietos que compartían la sensación de estar metiéndose en la boca del lobo hambriento y viendo sus dientes brillando a la luz de la luna.

Nueva estaba, oscura la noche y pensativos los espíritus del camión que surcaba los aires en dirección a Malajian; Santiago tarareaba una canción mientras moldeaba un trozo de barro que había cogido en el bosque, Ulick miraba por la ventana con los ojos de dentro muy lejos de los de fuera, Sole llevaba el volante apretándolo con las manos, Holger intentaba acordarse de lo que tenían que hacer y Manolo esperaba una respuesta por parte de alguno.

- Yo no estoy menos -rompió el silencio, al fin, Sole-, pero esta noche debe ser nuestra. Por muy nerviosos que estemos no podemos dejar que se nos vaya esta oportunidad. Así que venga: ya queda poco para llegar a la ciudad, aparcar y que salgáis pitando hacia ese edificio.

Después de unos minutos que a la mayoría se les hicieron eternos aparcaron en una esquina que quedaba oculta y, sin pestañear, fueron directos hacia el edificio. Holger se quedó sentado frente a la puerta del ascensor y clavó los ojos y los oídos en todas partes. Santiago

miró la puerta, cogió de su bolsillo un papel y lo introdujo entre las hojas: metió luego un cuchillo largo y fino, se oyó un "click" y la entrada exterior al ascensor quedó libre. La terminaron de abrir con las manos.

- ¿Cómo lo has hecho? -preguntó Ulick al forzador.

- Todo consiste en colocar el papel en el lugar exacto y apretar con el instrumento exacto. A veces lo más sencillo es lo que funciona mejor.

Tenían ante ellos la caja del ascensor, cerrada y posada sobre bolas redondas, y entre su borde superior y el comienzo del tubo exterior quedaba un espacio pequeño, muy pequeño.

- Coged aire y meteos por ahí. A ver, que alguien me empuje para que pueda asirme -pidió Santiago. Escasamente cupieron los cuatro por la abertura, e incluso Ulick se raspó la nariz y se descosió parte del mono. Una vez en lo alto de la caja, Manolo sacó una pistola con un chupón en la punta agarrado a una cuerda de Raikón, calculó la distancia y disparó hacia

arriba. Al cabo de unos segundos tiró de la cuerda, y vio que permanecía firme. Dejó paso a Santiago, que agarró el invisible hilo y comenzó a trepar.

- Cuidado, no os caigáis. Son diez pisos, así que cuando queráis descansar atad la cuerda al gancho de plástico que lleváis puesto.

Subían lentamente, procurando permanecer en el más absoluto silencio. Llegaron al primer piso, esperaron a que el vigilante se alejara (las paredes del ascensor eran transparentes) y siguieron escalando con el mismo sigilo. Pronto gruesas gotas de sudor caían de sus frentes, y al pasar por el piso cuarto se vieron obligados a descansar un poco: Santiago sentía cómo la sangre le golpeaba los músculos de los brazos y éstos le dolían rabiosamente y no le respondían. Tras cinco minutos, descansados en parte, se soltaron y continuaron la escalada todos menos Manolo, que se quedó vigilando los movimientos del robot del quinto.

Cada vez les costaba más ascender, y sólo a fuerza de voluntad subían un brazo sobre el otro y lograban acortar centímetro a centímetro la distancia que aún los

separaba del décimo piso. Pasaron el noveno, descansaron un minuto y subieron lo que les quedaba con el alma más que con el cuerpo. Llegaron al fin arriba, Santiago se encargó de abrir la puerta y se tiraron sobre el suelo del descansillo, procurando tranquilizarse antes de continuar.

Se colocaron frente a la puerta de entrada. Santiago metió el carnet falso en la ranura, la máquina reconoció el nombre y se abrió la puerta.

- Buenas noches, señor Madoni. Pase por delante de la barra, por favor.

Santiago se quitó el mono que traía, conectó un pequeño dispositivo hecho para que el ordenador confundiera la silueta del que lo llevaba y la del carnet, y lo introdujo en la ranura después de sacar la tarjeta. Pasó por donde había indicado la máquina; el sudor le empapaba, y miraba a la puerta interior de entrada deseando que se abriera y no se cerrara la primera.

- Puede usted continuar, señor Madoni. Si necesita

algo hágamelo saber a través de la red -. La puerta se abrió, pasó Santiago y se cerró tras de sí. Respiró aliviado.

Ulick metió su tarjeta, hizo la misma operación y tuvo el mismo resultado; cuando salió, ya sin el mono y con la tensión a punto de reventar, respiró más profundamente aún que Santiago y ambos continuaron por el pasillo hasta la quinta puerta.

- Bien, ahora todo consiste en pulsar el número de entrada y terminar el trabajo. Va todo a pedir de boca.

La habitación era espaciosa y la computadora central estaba justo frente a la entrada. La encendieron, metieron la cuña entre la información universal, que se radiaba a planeta y bases, como un virus, y salieron con el mismo sigilo con el que habían entrado. Santiago fue el primero en volver a entrar en la doble puerta.

- Buenas noches, señor Madoni. Pase por delante de la barra, por favor -dio un primer paso, justo para descubrir, demasiado tarde, que algo iba mal.

- Usted no es el señor Madoni. Identifíquese, por favor.

Miró hacia atrás alarmado: la puerta se cerró tras él. No se había acordado de meter el dispositivo con la imagen del tal Madoni en la ranura. Dos lágrimas de pánico aparecieron en su rostro. Ulick lo miraba también horrorizado, y de pronto se acordó de que él había olvidado su dispositivo en la ranura donde lo había introducido al entrar, y gracias a su estúpida dejadez, no menos que la de Santiago, éste estaba ahora encerrado en aquella trampa artificial. Se le ocurrió, sin embargo, una idea que quizás funcionase o diese al traste con todo. Metió su tarjeta donde Santiago acababa de sacar la suya.

- ¿Señor Nashiki? No puede usted entrar, ya está dentro.

- Verás, sin querer mi compañero y yo hemos intercambiado las tarjetas.

- Entiendo. Pase usted -la puerta se abrió y Ulick,

respirando convulsamente, cogió la tarjeta y el dispositivo de Santiago; Ambos se miraron, disculpando mutuamente su estupidez; Santiago salió primero, y una vez fuera sacó el dispositivo con la silueta del tal Madoni e introdujo el de Ulick, con la de Nashiki; salió éste, recogió el aparatito y ambos emprendieron el deslizamiento por la cuerda. En el piso quinto estaba esperándoles Manolo, que no había observado nada raro, y en la puerta se reencontraron con Holger sin ningún incidente. Sólo cuando estaban montándose en el furgón se dieron cuenta de algo que no habían advertido hasta ese momento y que podía ser importante: se les había olvidado cerrar las puertas exteriores del tubo del ascensor en el décimo piso. Prefirieron, no obstante, no darle mayor importancia, regresaron sin más y esperaron el resultado de lo que tanto sudor les había costado.

El día siguiente amaneció nublado, oscuro, uno de esos días en los que la tristeza y la melancolía aparecen en los hombres tristes y melancólicos, sobre todo si no

tienen nada más importante que hacer que pensar en ellas. No era éste el caso del campamento rebelde, pues había demasiado ajeteo como para dejar espacio a tan sombríos sentimientos: Inés, que no había escuchado a Ulick llegar la madrugada antes, se alegró tanto de verle que estuvo abrazada a él largo tiempo. Luego salieron a ver cómo iban los preparativos para recibir la noticia y sus consecuencias, si es que las había. Se reunió todo el campamento alrededor de una pantalla tridimensional gigante instalada en mitad del claro principal, esperando con impaciencia el diario de la mañana, el más seguido en todo el universo conocido. Llegaron las diez, sonaron las señales horarias y comenzó la música del diario.

- Bienvenidos -dijo el presentador, un hombre joven y sonriente- al telediario del domingo; hoy tenemos estos titulares: disminuyen los robos en Malajian; suben en las bases espaciales. Jornada por el diálogo entre robots y trabajadores humanos en la mina de Raikón de Europa, satélite de Júpiter. Sigue teniendo gran aceptación por parte del público humano en general la nueva revisión de cerebro que se ha ofrecido desde el Hospital General

de Malajian, al que ya ha acudido un centenar de personas desde que se inauguró ayer, y que esperamos muy pronto sea instalada en las demás provincias del planeta. Se inventa una nueva arma para la exposición militar de Japha: dicha arma produce una ósmosis instantánea en todas las células a las que llega, dando como resultado la muerte en poco tiempo por explosión. También tenemos...

De repente, la pantalla se oscureció y ante los esperanzados ojos de los rebeldes apareció un esqueleto que sacó al hombre que daba el telediario de su asiento y ocupó el lugar. Empezó a hablar:

- ¿Saben ustedes quién soy? ¿A que no lo adivinan? Soy un hombre que ha estado primeramente dado por muerto, luego buscado por toda la policía de la ciudad, luego dado otra vez por muerto... pero, aunque para muchos de ustedes sea eso, un muerto, y para otros nada, a partir de ahora las máquinas me van a recordar como una pesadilla. Sin embargo, no me parece bien hablarles sin revelarles por completo mi identidad, y así

les diré -decía mientras la carne recubría sus huesos- que me llamo Ulick Llakm, soy de Nebulón-B, no ha mucho que llegué a la Tierra y desde que lo hice mi vida ha cambiado demasiado. La policía me buscaba porque he descubierto algo que a ellas no les gustaría nada que se supiese:

\* sí, queridos compañeros de especie, las máquinas quieren acabar con nosotros. Seguro que pensarán que estoy loco, pero les voy a dar pruebas de ello, porque aquí tienen un programa de conquista de los humanos firmado por el propio emperador, que capturé de forma accidental antes de que me intentaran lavar el cerebro. Y en este programa, como ven -el contenido del microchip que le habían dejado aquella fatídica noche aparecía ahora al lado de la figura de Ulick-, hay primeramente una gran operación que consiste en lavar el cerebro a cada humano, comenzando por los que se presten. ¿Qué creían, que ese programa de revisión de la mente que se ha abierto en el Hospital General de Malajian es para su salud? Pregunten a los que han estado allí qué piensan del Imperio o de las máquinas: todos darán la misma respuesta, aunque parezcan gente normal. Y eso no es

todo: junto con el lavado de cerebro, para que no tengamos malos pensamientos, el imperio nos quiere insertar uno que hará que sus manos no se manchen de sangre al liquidarnos: el del suicidio. Y llegará un momento en que el emperador apretará un botón y se verá a la humanidad entera precipitarse al barranco más alto que exista para dejar de hacerlo. Sí, hermanos humanos, el emperador quiere acabar con nosotros haciendo que nos suicidemos, y si no nos rebelamos lo conseguirá.

\* Por eso, queridos amigos, si aún creen en la libertad, ¡luchen! Puede que los humanos seamos más imperfectos que las máquinas, pero tenemos algo que ellas no podrán alcanzar jamás: ¡Alma! ¡Libertad! ¡Sentimientos! ¡Coraje! ¡Vida! Y mientras tengamos una pizca de vida tenemos que luchar por conservarla. Un grupo de rebeldes estamos ya preparados para defender lo que somos, y les pido que se unan, ¡y que sean libres! Esta es nuestra carta de presentación. Hasta pronto, si vivimos. Y hasta pronto, emperador: espero que dentro de poco tiempo nos veamos las caras.

La imagen desapareció, el virus que Li había introducido se activó y destruyó todos los sistemas de información del universo menos el de la cadena en la que había estado saliendo el telediario; y en ella, durante cuatro horas, se emitió sin pausa el mensaje de Ulick y los rebeldes. Luego el canal se autodestruyó, acabando con la televisión del universo al completo y dejando a la gente alarmada y al imperio sin una de sus principales armas.



## *Capítulo diecisiete: el estallido.*

Palacio imperial. El gran Emperador, un tipo alto, asombrosamente fuerte, de ojos oscuros y penetrantes, miraba asustado hacia el centro de la habitación, donde un tipo soltaba sin descanso un discurso que le estaba helando la sangre. Mientras las palabras de Ulick resonaban en sus sienes, la incomprensión y la ira se adueñaron de aquel confiado hombre al que le acababan de derrumbar el mundo que estaba imaginando y poniendo por obra.

- ...Y hasta pronto, emperador: espero que dentro de poco tiempo nos veamos las caras.

Lanzó una patada contra el ordenador que proyectaba las imágenes en mitad de la sala; la furia le rebosaba, una furia asesina capaz de destruir mundos enteros, y con razón: ¿Quién era ese tipo que se había atrevido a descubrir su plan perfecto, a hundir su más meditada obra en tan pocos segundos? ¿Quién? ¿Cómo había llegado a saber todo aquello, quién se lo había dicho, y por qué tenía en su poder aquella información que formaba la base de toda su estrategia para terminar con la especie humana, una especie, por otra parte, imperfecta y fuera de lugar en su sociedad? Sus ojos; aquellos ojos le sonaban, había sentido antes aquella mirada y aquel fuego abrasador... ¿Quién? Se enteraría, se tenía que enterar y lograr que le lavaran el cerebro para hacer creer a la gente que lo que había dicho era pura invención.

¡No! Él sabía cómo eran los humanos, porque él, aunque le avergonzara decirlo, era uno de ellos:

cualquier cosa basta para hacer saltar esa chispa que llevan, inexplicablemente, en el interior, y la rebelión estaba asegurada; primero la sorpresa, luego la comprensión de lo que les sucedía, y al final las armas y la guerra, como en la Edad Media... Esos humanos eran tan extraños, tan impredecibles, tan instintivos, que ahora nada podía hacer salvo cambiar el plan que había trazado con tan delicada mano y exterminarlos con una sangrienta guerra cruel. Y lo haría.

Pero ¿qué hacía él allí, como un pasmarote, elucubrando sobre lo que hacer como si fuera en un futuro lejano, y sin hacer nada? Tenía que llamar a la fábrica de producción de máquinas y decir que empezaran rápidamente con el plan de emergencia, a la policía y azuzarla para que empezaran a buscar a ese bastardo,...¡algo, tenía que hacer algo!

Aquello no había ocurrido antes en su imperio, nunca; era algo inaudito, impensable, absolutamente increíble, pero cierto al fin y al cabo. Jamás se le hubiera ocurrido que atacarían su genial obra de arte por ese flanco, por la televisión. Un golpe perfecto, sin duda

alguna: habían hecho llegar su mensaje a todo el Universo conocido y habían destruido la vía de acceso para alejar el peligro de que por el mismo método se pudiera dar la vuelta a la información. ¿Y cómo lo habían hecho, cómo, para que nadie pudiera impedirlo? El que había creado el virus tenía que ser el mejor especialista de la ciudad, su saber debía llegar a áreas que sus mismas máquinas ignoraban. La gente se empezaba a tirar a la calle, aterrorizada de que alguien pudiera quitarles la libertad, interrogaba a los que habían sido lavados y descubrían que el Imperio era intocable para ellos; el caos estaba formado. El intento daba su fruto.

- Aquí la policía local desde el Edificio de Telecomunicaciones -sonó una voz, que llegaba del teléfono-. Los rebeldes entraron anoche aquí: tres personas como mínimo. Dejaron en la sala de noticias una cuña informativa que se ha convertido en virus tras dar la información y ha destrozado todo el sistema de televisión. Ha sido un trabajo perfecto, si me permite

decirlo, y ahora pueden estar en cualquier parte del mundo.

- ¿Han dejado alguna pista, algo que pueda hacernos saber dónde están? -preguntó el emperador, contrariado y admirando la capacidad de maniobra de su enemigo.

- Nada, señor: absolutamente nada. Dejaron la puerta del ascensor del décimo piso abierta, pero aparte de eso no hay nada que pueda darnos una idea de desde dónde vinieron. Entraron por el hueco del ascensor, burlaron la vigilancia del primer y del quinto piso, llegaron arriba y lo hicieron en el más completo silencio. Nada, emperador: no tenemos nada.

- Nadie hace jamás una obra perfecta: sólo ésta que estaba realizando yo era perfecta, y ya ves que me he equivocado en algo, aunque no pueda saber qué. Regresa y revisa cada palmo de terreno, y encuentra algo. Es una orden. ¡Y quiero toda la información sobre Ulick Llakm aquí ahora mismo!

Esfumados. Y riéndose de su cara en algún rincón

oscuro. Increíble.

En Malajian el descontento se estaba convirtiendo en pánico rápidamente: la gente, sabiendo o sin saber que estaba en peligro, arremetía contra la primera máquina que se cruzaba en su camino. La policía se había desplegado por la ciudad para controlar la situación, pero había empeorado las cosas, porque los asustados ciudadanos, al verse acosados por los robots azules y creyendo que sus cerebros corrían el peligro de desaparecer, empezaron a huir o a revolverse contra los guardias, que fueron demasiados pocos para mantener a raya a tal avalancha de personas a la que unían cada vez más. En horas el pánico general se apoderó también del emperador y sus subordinados, que no sabían lo que hacer en una situación como la que se presentaba.

Mientras, en otras ciudades, igual que en la capital, los levantamientos contra el gobierno se sucedían, y en

las calles se empezaba a vivir un clima demasiado áspero. Los hombres más reaccionarios utilizaban lo primero que encontraban como arma contra los ahora opresores, y el descontrol se adueñó en pocos días del imperio más grandioso que había existido jamás.

En el bosque aquella mañana todo era gozo y alegría al darse cuenta de que el llamamiento había obtenido respuesta: la emoción embargaba los ánimos, los abrazos se sucedían y los gritos de victoria se levantaban desde cada garganta. Siguieron las noticias a través de la radio, porque habían terminado con el sistema de televisión, con evidente deleite, y ya por la tarde se prepararon para empezar a organizar la resistencia a gran escala y contactar con los puntos rebeldes de todas las ciudades en cuanto estuvieran formados.

La mañana siguiente amaneció nublada, quién sabe si porque el sol no quiso alumbrar a aquel planeta azul al ver que otra vez se volvía rojo, que aquellos seres no habían aprendido nada en todos los siglos, momento

para él, que llevaban viviendo allí.

## *Capítulo dieciocho: buscando el hormiguero.*

Los haces de luz volaban en todas direcciones y daban contra las paredes de las calles llenándolas de destellos de destrucción.

En una esquina, detrás de algunos escombros, cinco hombres resistían los envites de un grupo compacto de máquinas que les disparaba desde una cercana posición. Los hombres, escondidos, esperaban quizás el asalto final de las máquinas, cuando desde lo alto de los

edificios empezaron a llover disparos hacia los atacantes; los robots, desconcertados, retrocedieron un trecho, y los que estaban tras los escombros aprovecharon ese instante para volver a la carga.

Tres cayeron nada más salir del escondite, derribados por las máquinas que retrasaban su posición. Por una de las bocas de la calle apareció otro grupo de humanos que se unió a los dos que quedaban en pie. No se arredraron los monstruos metálicos: al ver que estaban perdiendo terreno y unidades se echaron encima, como suicidas, de los que ahora les disparaban certeramente; de repente, cuando parecía que las máquinas iban a sobrepasar a los humanos, se oyó una gran explosión y un montón de ellas salió despedido hacia las paredes de los edificios. El que había lanzado la bomba murió al momento de un disparo en la cabeza; la batalla continuó...

Hacia trece largos meses que había comenzado la Guerra Civil del Imperio, y la Tierra nunca había

conocido matanza más grande ni genocidio mayor que el que se estaba viviendo entonces. Desde que comenzó muchos millones de seres humanos habían perecido bajo las armas de las máquinas, y otro tanto había pasado con ellas; todos los días estallaban batallas en plena calle y a campo abierto, todas las noches se hacía imposible dormir tranquilamente; en muchas casas las armas eran instrumentos más normales que la ropa, y tenían que ser utilizadas con demasiada frecuencia como para no ser llevadas encima. Los niños que habían sido rescatados de las guarderías, en donde pasaban gran parte de su tiempo, antes de que las máquinas decidieran acabar con ellos vivían en una continua pesadilla, dentro de una guerra que no comprendían y que había acabado con muchos. Un día un edificio era conquistado por las máquinas, al siguiente se libraba una batalla y el lugar era recuperado por los humanos, que volvían a perderlo poco tiempo después; la sangre y el metal llenaban las ciudades sembradas de miseria y cuerpos sin vida que apenas podían ser incinerados...

Nadie sabía de dónde salían tantas máquinas; daba la impresión de que se reprodujeran más rápidamente que cualquier ser vivo, de que fueran inagotables, pues cada vez que mataban a un robot surgían dos o tres más. Los humanos luchaban con todas sus fuerzas, tratando de sorprender al enemigo con el ingenio, que se agudiza al máximo en los momentos más difíciles y sale a relucir cuando más falta hace y menos lo esperan los contrarios.

El plan del Imperio, por supuesto, había fracasado. Si el emperador quería tener un reino formado sólo por máquinas habría de liquidar a todo lo que no fuese de metal, y eso le iba a costar mucho más de lo que había creído al principio: una mente igual de prodigiosa que la suya dirigía a los humanos, algo que no podía soportar; no podía soportar que el jefe de los rebeldes humanos tuviera la misma capacidad que él, que ese Ulick cavilara tan claramente o a veces más que él. Y lo más misterioso era que nadie, absolutamente nadie, sabía dónde estaba; si cualquiera lo encontrase terminaría con la guerra en

un abrir y cerrar de ojos. Muerto el pastor, se dispersarían las ovejas.

Ulick estaba en su habitación, allá en la copa del árbol; se sentía agotado y descansaba un poco antes de continuar dirigiendo el campamento. Había pasado mucho tiempo desde la famosa entrada en el difunto edificio de comunicaciones de Malajian, cuando todavía era aquella una ciudad hermosa y tranquila; ahora parecía que la cosa hubiera ocurrido hacía siglos. Y la ciudad era una ruina viviente, sobre todo en su parte más exterior: calles sembradas de escombros, plazas vacías escenarios de las más cruentas batallas, hombres asustados, escondidos en recónditos lugares y durmiendo con un arma bajo la almohada, en el caso de que la tuvieran...

Ya eran varios millares en el campamento cerebro de toda la rebelión, y miles de caudillos de las distintas ciudades de la Tierra se comunicaban con el bosque para pedir instrucciones, para confirmar ataques, para

declarar victorias y derrotas. En el bosque tan sólo vivían los organizadores con sus familias; nadie más sabía dónde estaba el jefe de la resistencia rebelde.

El Imperio parecía invencible, y sus máquinas inagotables; sin embargo, él sabía que era imposible y que debía haber algo que explicara esa reproducción tan exagerada de las máquinas. Estaba pensando en la posibilidad de un vasto almacén, una enorme fábrica en un lugar apartado, porque ésta era una de las únicas cosas que podía tener el ejército del emperador para que no menguara su número a pesar de los furiosos y efectivos ataques de los humanos; eso o una varita mágica, y él no creía en la magia.

Ahora la gente lo respetaba como a una especie de semidios: gracias a él se habían salvado poblaciones enteras de humanos de la esclavitud de las máquinas, y gracias a él aún había esperanza; sus ideas parecían inagotables y casi nunca fallaban. Era un auténtico genio para muchos, un superhéroe para otros, un amigo para

los menos, y así se encontraba solo ante lo que debía decidir y ante lo que vivía, y sólo con la compañía de su querida Inés, su hijita y los primeros amigos que aún no habían muerto; porque algunas de las personas a las que más había querido ya no estaban entre ellos, y entre ellos habían perecido Francisco, en una enorme explosión, con Mari Carmen, y Sole y Dinan la primavera pasada, al intentar salvarle el pellejo a un grupo de niños encerrados en una guardería.

Pero no todo habían sido noticias malas en aquel espantoso año: Bernardo, por ejemplo, estaba con Sharon y ambos eran felices, y María Jesús se había emparejado con Marmeládov. Ambas parejas se veían muchas veces, durante el frío invierno, juntitas al calor de un fuego de campamento, disfrutando de los pocos momentos de tranquilidad que podían conseguir de entre tantos sobresaltos diarios.

Una niña de poco más de tres o cuatro meses dormía tranquila en una cunita de madera cuando Ulick pasó a

su lado y la miró con cariño de padre. Inés estaba más allá, curando a un herido que gritaba llorando de dolor. Al verlo, le dijo:

- Anda, despiértala y dale de comer. Yo estoy ocupada, y hoy te toca a ti mientras no tengas que volar al salón de organización.

- Me encantará hacerlo.

- Tienes mala cara, Ulick. ¿Qué te pasa? -le preguntó Inés cuando terminó con el enfermo.

- Oh, estoy un poco cansado, nada más. He estado pensando y se me ha ocurrido una idea que, de ser verdad, nos puede hacer aplastar a las máquinas de una vez por todas.

- Deja de pensar un rato y come algo, que estás muy flacucho. Luego nos reunimos y nos cuentas lo que hayas cavilado, que seguramente será bueno, como siempre. ¿Vendrás esta noche a dormir a la cabaña?

- Sí, esta noche sí; esta noche es nuestra, y aunque se hunda el mundo la pasaremos juntos. ¿Cómo va el hospital?

- Ya ves, bastante bien. Hoy nada más han llegado cuatro heridos, dos muy graves y otros dos leves, pero ya están fuera de peligro, al menos de muerte. He de irme: que te sea leve el almuerzo de la pequeña.

- Hasta luego.

En la gran explanada había gran gentío esperando la comida. Entre ellos se acercaron a Ulick Bernardo y Tomás.

- ¿Cómo te va hoy?

- Psé, no me puedo quejar, y estoy alimentando a la pequeña Mari Carmen, o sea, que mejor que a la mayoría de los hombres. Por cierto, acabo de tener una de esas ideas que se me vienen al coco y no me dejan hasta que las digo, así que reunid al grupo principal para después de la comida. Nos encontraremos en la caseta del lago. La idea es buena, ¿sabéis?

- Como suele ocurrir con tus pensamientos, tío. Vamos a por los demás; hasta luego, Mecha.

Tres menos diez de la tarde. Cabaña del lago. Un grupo de veintitantos hombres y mujeres escuchaba atentamente a Ulick mientras hablaba de forma enérgica:

-... y no tienen más remedio que esconder una fábrica o un almacén gigantescos en algún punto de este planeta, porque, mientras en las bases exteriores los humanos ganan terreno a las máquinas día a día, por lo poco que sabemos, aquí nos están mermando inexplicablemente. Hace algún tiempo que las comunicaciones con el exterior están cortadas, y por tanto debe haber una razón que explique que cada día tengamos que luchar con más máquinas en la Tierra a pesar de que cada día damos golpes más duros. Como todos sabemos, las máquinas no son excesivamente fuertes aún psicológicamente hablando, su capacidad de improvisación es muy escasa y suelen hacer exactamente lo que se les ordena; por eso las sorprendemos a menudo. Sin embargo, y para mayor impotencia por parte nuestra, en los últimos tiempos su

número aumenta sin parar, y si seguimos así dentro de poco seremos vencidos por muchas estrategias que pensemos. Por eso creo que se impone una solución rápida y drástica a este problema alarmante, al menos para mí.

- ¿Y cuál es tu solución? -preguntó Marmeládov, impaciente por escuchar lo que tuviera que decir Ulick.

- Ahí voy -contestó éste-: mi propuesta es enviar espías por toda la geografía mundial para que peinen el globo entero y averigüen dónde se esconden los malditos robots; una vez que lo hayamos descubierto todo consistirá en desplegar las fuerzas con las que podamos contar por sorpresa, atacar el punto que sea y destruirlo en cuestión de instantes, y asunto zanjado. Sé que no es tan fácil decirlo como hacerlo, pero ante eso o una lucha abocada al fracaso elijo lo primero.

- Pues sí que es una idea buena, sí,... -dijo Bernardo, pensativo-. La pena es que no se nos hubiera ocurrido a ninguno antes.

- Entonces se impone empezar a actuar ahora mismo -dijo Tomás-, antes de que tengamos que lamentar no

haberlo hecho. Nos tenemos que dividir en grupos y avisar y coordinar a las guerrillas de las distintas provincias para que empiecen la búsqueda. De todas formas a mí me surge una pregunta que a lo mejor es tonta, pero la diré de todos modos: ¿qué buscamos?

- No sé -dijo Ulick-, imagino que una inmensa fábrica de robots de guerra metida bajo la tierra o el mar. La cosa está en pensar con lógica dónde escondería cada uno de nosotros, si fuera el emperador, unos cuantos millones de máquinas mientras hace otros cuantos millones, todo en el mismo sitio.

- Se me acaba de ocurrir que hay ciertos lugares en los que no se le ocurriría mirar a nadie -dijo Inés-: o bien en algún desierto, por ejemplo el de Shár, en Ephrica, o bien en Sibera, en Ashia, o en uno de los dos continentes helados: Helan o Tekan.

- Puede ser, son sitios en los que no parece haber nunca movimiento -dijo María Jesús-, pero yo me inclino más por un sitio desde el que se pueda controlar bien todo: Astar, el Centro de Investigación y desarrollo del Imperio. Pero en fin, sea en un lugar o en otro donde

estén hemos de levantar cada milímetro de Tierra hasta que demos con lo que estamos buscando.

---

- Sí, emperador, proseguiremos con la búsqueda de los cabecillas rebeldes, y traeremos a Ulick Llakm, esté donde esté.

- Eso espero. Me da igual que me lo traigáis vivo o muerto, pero traedme a ese bastardo antes de que pasemos a la ofensiva total. Cuando saquemos nuestros millones de robots de Helan y Tekan acabaremos de un golpe con esa maldita raza humana, pero antes tengo que estar seguro de que Ulick está muerto porque es un tipo demasiado listo, y me molesta que alguien averigüe así porque sí mis tácticas antes incluso de que las termine. Tenemos una cosa a nuestro favor: él no sospecha siquiera, me juego la cabeza, que voy a sacarlo de su madriguera. Vosotros traédmelo: lo que yo haga después es cosa mía.

La máquina, grande y negra, miraba al emperador con ojos fijos, como todas sus compañeras, en aquella habitación redonda y enorme donde tenían lugar las reuniones del Consejo de Guerra; allí estaban todos los jefes de las fuerzas Armadas de las Máquinas. Terminó la reunión, y los representantes de las provincias de la Tierra salieron sin decir nada, sin el más leve murmullo, tan sólo "pensando", si pensar se podía llamar a lo que hacían las máquinas, en avisar a sus espías de la misión que se les había ordenado nuevamente: buscar el escondrijo de Ulick Llakm, estuviera donde estuviese; si conseguían matar al jefe de los enemigos, la guerra estaba ganada. Ahora el problema principal no era destruir humanos, sino destruir la cabeza pensante que los movía.

El emperador se revolvió frenético en el asiento de aire. Confiaba en sus espías, pero la Tierra era grande y muchos los lugares donde esconderse de la vista de las máquinas. De todas formas tenía que encontrarlo,

porque millones de máquinas esperaban en los polos para salir y destruir la humanidad justamente después de que capturara al cabecilla que tantos problemas le estaba dando.

---

- Aquí Mecha-jefe llamando a Tierra-1. Hay una nueva misión que requiere toda la ayuda posible: tenéis que buscar el "hormiguero", del que ya hemos hablado, ahí, en Astar. ¿Entendido, Tierra-1?

- Perfectamente, Mecha-jefe. Si el "hormiguero" está por aquí daremos con él -contestó la voz del auricular al que llamaba desde el bosque-. Corto la comunicación, suerte.

- Suerte, jefe Tierra-1.

Ulick, que trabajaba en la habitación de comunicaciones, miraba al campamento a través de la ventana: tenía un pueblo luchando por sobrevivir para

que la historia del hombre no quedara sepultada bajo los escombros de un mundo muerto habitado por seres sin alma. Reflexionaba sobre el porqué de haber sido él el encargado de llevar adelante todo aquello que a veces se le escapaba tan claramente de las manos: ¿quién le iba a decir a él cuando llegó como un vulgar tipo en busca de trabajo que ahora iba a ser el jefe y la cabeza de una rebelión contra un emperador que quería prescindir de su raza y crear una sociedad en la que ellos estaban sobrando? Seguramente si alguien se lo hubiera anunciado cuando bajó del aquel transbordador que llegaba a este planeta lo hubiera metido en un manicomio por loco. Pero aquí se encontraba, mirando a una gente que confiaba, al menos hasta que lograran algo más, en él, y no se podía echar atrás, aunque a veces lo había pensado. Tenía que aplastar a ese hijo de puta o morir intentándolo, porque lo que había hecho con el hombre no podía tener perdón humano.

Ulick bajó al campamento y se dirigió a la guardería; allí estaba su hija, un ser pequeñito y regordete, un

milagro que jamás verían las máquinas. El emperador, a pesar de ser el hombre más perverso del mundo y todos los demás nefastos adjetivos que se le quisieran colocar, era un pobre tipo que nunca sabría qué era ser padre, ser querido por alguien o querer a alguien, y que, si vencía, se encontraría de repente con un mundo en donde palabras como amor, solidaridad, justicia, fe, progreso no tendrían ningún significado; viviría como rey de un cementerio andante, estaba condenado ganara o perdiera.

Su hija, Mari Carmen, dormía placenteramente en la cuna. Se sentó a su lado, y poco después llegó Inés.

- ¿Cómo te va, Mecha? Te sigo notando cansado, y te lo noto desde que has empezado a dar las órdenes de "búsqueda y captura"; no sé, ya no ríes como antes. Me parece que te has vuelto más introvertido.

- Inés, la guerra hace a las personas sacar a la luz lo peor de sí mismas; quizás lo que me pasa es que estoy demasiado preocupado.

- Yo en estos casos pienso siempre lo mismo: ¿qué vas a arreglar preocupándote? Recuerda que esa frase era la preferida de Mari Carmen, siempre tan abierta al futuro y tan metida en el presente... y mírate ahora: casi no comes, enflaqueces por días, andas sombrío... Yo te quiero, Mecha: sabes que eres lo que más quiero en el mundo junto a nuestra Mari Carmen, pero si no cambias de actitud me voy a enfadar contigo, y va en serio. ¡Vamos, hombre! Alegra esa cara, que tenemos muchas esperanzas, y tú encima esa fe que, sin embargo, parece que se te apaga; yo no quisiera ver tu mecha acabada. Encontraremos ese hormiguero, como habéis decidido llamarlo.

- Sí, eso espero; pero para entonces tiene que haber preparado un ejército mundial dispuesto a dejarse el pellejo donde sea y a destruir lo que sea.

- ¡Pero si hace tiempo que se está preparando! Deja ya de comerte el coco por cosas que van bien.

- Lo intentaré, aunque no te prometo nada. Tenemos que estar en continua tensión.

- Hay muchas formas de estar en tensión, y como

ahora no tienes nada que hacer, por lo menos hasta dentro de algunos días, que requiera tu total tensión, sugiero que nos vayamos al lago, nademos un rato, tomemos el sol, cenemos y nos encerremos en mi cuarto durante toda la noche para destrozar la cama. ¿Te parece?

- Genial, me encanta destrozar la cama. Dejaré al mando a Marmeládov.

---

Marmeládov, Holger, María Jesús, Bernardo, Sharon y Pedro estaban, junto a otras decenas de personas, llevando el control del rastreo mundial, y se les veía preocupados. Hacía ya unos meses que habían dejado el mando de sus grupos particulares en manos de otros para unirse a la jefatura del grupo de control junto a los que habían quedado del primer grupo de amigos que llegó al bosque.

Holger no había olvidado todavía la explosión de aquel edificio, el pasillo del piso lleno de repente de un fuego abrasador, todos corriendo hacia el hueco del ascensor, y Francisco y Mari Carmen... no pudieron. Él se volvió en el último momento, antes de tirarse, y los vio atrás, intentando llevar a un herido, el fuego acercándose, envolviéndolos... y nada más. Escuchó sus gritos y cayó por el hueco, gritando también de espanto.

Sin poder olvidar intentaba encontrar el escondite de los robots, que no resultaba nada fácil, por lo menos en Malajian. Tenían puestos espías en cada rincón desde hacía meses, sin nada nuevo, y la pesadumbre empezaba a invadir los corazones ante el pensamiento de que llegaran a descubrir dónde estaban demasiado tarde.

- Oye, Marmeládov, comunicación con Helan. Al parecer tienen algo muy importante que decirnos -dijo David.

- Conecta el amplificador de sonido; veamos lo que tienen que contar.

- "Aquí Helan-2. Estamos en el sector 20.22, y hemos visto algo sospechoso: hay grandes signos de movimiento. Al parecer tenemos algo muy grande escondido bajo el hielo, muy grande. Hemos traído equipos submarinos y vamos a mirar debajo para confirmar la información, pero parece ser que hemos encontrado lo que buscábamos. Corto y cierro.

Una gran algarabía se levantó en ese momento de la habitación; todo el mundo se puso a gritar de alegría, a felicitarse a causa de la noticia.

- ¡Rápido! ¡Que alguien vaya a avisar a Ulick! -dijo Bernardo-. Debe andar con Inés, y me parece que se terminó su jornada de vacaciones. Debe volver al mando.

Marmeládov salió corriendo hacia la guardería, comunicando la noticia a cuantos encontraba a su paso. Mientras, en la sala de Control, les llegó otra noticia, ahora de Tekan, con iguales señales que la del polo

norte; al parecer Inés había acertado en sus predicciones. Rápidamente se puso en marcha el plan de ataque a la Gran Fábrica de Máquinas.

Ulick se dirigió rápidamente con Inés a la sala de Control. El último día había estado sólo con ella y su cara era ahora otra; pero volvía a ser el jefe, en la acción más grande que habían intentado jamás, y una sombra de miedo le pasó por los ojos mientras caminaba. Llegaron a la sala, y allí estaban todos celebrando el hallazgo de las dos bases Imperiales; Ulick volvió a ser el tipo de siempre, un poco más alegre, y comenzó a dar órdenes a diestro y siniestro para que se preparara el ataque más grande en el menor tiempo.

---

El emperador estaba empezando a desesperarse. Todavía no habían encontrado ni rastro de Ulick, que al parecer estaba demasiado bien escondido, y aunque

había buscado en casi todos los lugares lógicos no había descubierto nada: todas las informaciones habían sido negativas. Y allí estaba, en su habitación, mirando el desolado paisaje que veía a través de la ventana, la ciudad llena de escombros, muerte y desolación que él había creado. En cierta forma le gustaba todo aquello porque era un forma de darle la razón a él: los hombres, los responsables de la destrucción de todas sus maravillosas ciudades, tenían que desaparecer del Imperio, de su mundo perfecto, dirigido y gobernado por él y sus máquinas. Y no era una utopía conseguir un mundo así, no era imposible terminar de una vez con los hombres una vez destruido el que les daba ánimos en la lucha, porque la mayoría de la estúpida humanidad necesitaba un guía para hacer algo, y una vez que les faltase sería muy fácil volver a dominarlos para poder terminar tranquilamente con ellos.

A veces se preguntaba si lo que estaba haciendo estaba bien o mal, pero no podía estar mal, porque él era la máxima autoridad, y lo que él dijera siempre debía

estar bien.

- Emperador, habla el jefe de la sección 442. No hemos logrado encontrar a Ulick Llakm. La única provincia que queda por mirar es Malajian.

- ¿Malajian? ¿Aquí, delante de mis narices?

- No queda otro sitio.

- Está bien, buscad en Malajian. Recorredlo todo, palmo a palmo, y cuando lo encontréis reunid a todos los efectivos disponibles y atacad el sitio por sorpresa: me da igual si lo encontráis vivo o muerto.

- Sus órdenes han sido grabadas a la perfección.  
Cierro.

El emperador cerró la línea. Tenía que estar en Malajian, y él había sido tan estúpido que no se le había ocurrido pensarlo antes.

Marmeládov y Bernardo estaban muy atareados en el campo de entrenamiento.

- Muy bien, Lui, lo haces muy bien. Practica otro día y listo -decía en aquel momento a un joven que ensayaba con una diana.

- Oye, Pirata, ¿cuánto nos queda para estar listos?

- En tres días lo tenemos todo preparado; llevamos casi un mes, y dentro de semana y media tienen que estar listas las embarcaciones de todos los lugares de la Tierra: por lo visto va a ser un ataque acojonante, porque van a ir una decena de millones de personas; yo seguramente me quede aquí por si atacan mientras estáis fuera. Todo controlado, ¿no te parece?

- Eso espero por el bien de todos; no creo que los que estamos aquí podamos aguantar mucho más tiempo de lucha continua. Yo al menos estoy agotado y, aunque lo que hacemos tiene una razón de ser mayor que lo que hayamos hecho nunca, ha muerto ya mucha gente, gente a la que todos queríamos y a la que considerábamos más que familia: Mari Carmen, la rubita de mirada profunda; Francisco, el hombre más valiente

que he conocido nunca; Sole, la muchacha demasiado atrevida y cariñosa; Dinan, mi amigo de prisión, el tío con el que he pasado los peores años de mi vida y en el que me he apoyado más, y tantos... A veces me pregunto si no sería mejor dejarlo todo y hacer que nos aplasten... pero hay demasiadas vidas en juego, Marmeládov, demasiadas vidas para que de repente se nos ocurra ponernos pesimistas y echarlo todo por la borda. Estamos atrapados en la lucha y no podemos escapar, y eso me hace sentir tanto miedo a veces que despierto de noche respirando entrecortadamente y temiendo que nos hayan atacado por sorpresa.

- Todos tenemos miedo, Bernardo, pero no podemos dejar que el miedo nos paralice, porque las máquinas no lo tienen y no pararán por nada del mundo. Y si lo hacemos nosotros caeremos para no volver a levantarnos. Quizá algún día podamos levantar la vista y recordar esta puta guerra como un paso para lograr la libertad.

En el bosque de Numancia el nerviosismo se notaba en el aire y se respiraba en cada gota de oxígeno, se podía oler y tocar. El ejército que partiría desde allí estaba ya listo y se había dejado un día libre antes de el del ataque para disfrutar, si se podía disfrutar en tales circunstancias.

Era ya de noche, una noche espesa y nubosa, y había poca gente fuera de sus cabañas; la mayoría prefería pasar una velada en familia, que sería la última para muchos.

La cabaña de Inés, Ulick y la pequeña Mari Carmen estaba iluminada por un débil resplandor procedente del dormitorio de la pareja. Allí dentro, en la cama, las sábanas se movían lentamente, dejando entrever a veces la forma de los dos cuerpos que se deslizaban bajo ellas. Las cabezas de los amantes se recostaron al poco tiempo en la almohada, mirándose con ternura. Ambos lloraban.

- Inés -susurró Ulick-, tengo la impresión de que nunca más te volveré a ver -dos gruesas lágrimas resbalaron por sus mejillas.

- No digas eso, Príncipe, no lo digas -le contestó ella-. Nada podrá separarnos, ni siquiera la muerte; y recuerda que tienes que regresar para devolverme el collar que te he prestado -una sonrisa asomó a sus labios, y sus mejillas se sonrosaron.

- Gracias por ofrecerte voluntaria para el hospital; de todas formas te podías haber venido con nosotros...

- Oye, estoy acostumbrada a bregar con sangre y carne muerta, y se necesita gente.

- Te quiero. Cuídate mucho.

- Vamos, no te preocupes más por mí y duerme. Eres un tipo muy nervioso, y eso es lo que menos necesitamos ahora. Duerme, que no sabemos cuándo volveremos a hacerlo.

- Hasta mañana, Montana.

- Hasta mañana, Príncipe.

El día amaneció como la noche anterior, lleno de nubes, sin posibilidad de llover pero tampoco de que saliera el sol, y todo el bosque parecía estar triste: los pájaro no cantaban, los ciervos no correteaban y los árboles tenían las hojas vencidas, melancólicas.

El pueblo que vivía bajo ellas se despertó pronto, presto a salir de allí rumbo al norte. Así, con el ruido de los que cargaban los transbordadores y el lloriqueo que, por doquier, dejaba ver el lado más auténticamente humano de aquellos humanos, fue llegando el mediodía; a esa hora Ulick se dispuso a decir unas palabras que animaran a sus hombres, aunque poco ánimo tenía incluso para sí. Subido en el árbol de siempre empezó a decir:

- ¡Numancia! ¡La hora de la libertad ha llegado! ¡Vamos a destruir definitivamente al imperio o a morir en el intento! ¡Todos sabéis el plan, y no tengo más palabras que deciros que os puedan dar esperanza que... que espero que aplastemos a esas hijas de puta!

Ulick bajó entre aplausos, besó a Inés con pasión y se dirigió hacia la nave.

- Vuelve pronto, Príncipe.

- Mantente con vida, amor.

La suerte estaba echada; el ataque debía ser por sorpresa, desde el principio hasta el final, cronometrado a la centésima de segundo, sin que pudiera fallar nada... de nada.

## *Capítulo diecinueve: ataques.*

- Atención, Emperador, habla el jefe de la sección 824.  
Creo que lo hemos encontrado.

- ¿Dónde? -dijo el emperador, con cara de satisfacción.

- En el Gran Bosque de Malajian, el bosque de Numancia.

- Repite eso.

- el bosque, señor.

- ¿El bosque? ¿Han estado todo este tiempo ahí metidos y nadie ha sido capaz de averiguarlo? ¡Dos años! ¡Hace ya dos años que se metieron ahí, y nadie ha

sospechado siquiera nada! ¡Tengo a una manada de estúpidos a mi mando!

- El bosque de Numancia era uno de los lugares donde menos posibilidad había de que sobrevivieran seres humanos; hace siglos que nadie se acerca allí.

- Todos los responsables seréis castigados a su tiempo. Ahora preparad todo el ejército disponible por aquí y arrasadlos por sorpresa. No quiero ni un superviviente. Ni uno.

- No quedará nadie allí. Hemos descubierto algo más, si me lo permite.

- Habla.

- Hace quince minutos veintidós segundos se observó algo extraño: salió, nadie sabe de qué lugares, aunque se sospecha, hacia el norte y hacia el sur un número muy considerable de artefactos voladores sin vida en el interior. Creí que debía informarle, porque es muy raro: están saliendo de todo el globo, y cada vez hay más en el cielo; parece que estuvieran formando un círculo imaginario alrededor del planeta

- ¿Sin vida en el interior?

- Eso parece.

- ¡Las cosas nunca parecen lo que son! ¿No ha sospechado tu gris cabeza que eso es un ataque a gran escala contra nuestras fábricas de robots? ¡Dejad vuestra maldita lógica de una vez, imbéciles! ¡Si les pasa algo a mis máquinas preparadas allí, lo vais a pagar con vuestra vida! ¿A qué velocidad van?

- Veinte kilómetros por segundo. Si su hipótesis es cierta están a punto de alcanzar los Polos.

- ¡Que todas las fuerzas de allí se preparen para recibir un ataque mundial ya! ¡Utilizad todo el armamento, incluso el que está en prueba! ¡Exterminad todas las naves! ¡Y arrasad el bosque de Numancia! ¡Ya! "Te he cazado, maldito rebelde -pensó el emperador-... y no podrás escapar de mí. ¿Cómo esperas vencer a mi flota de los Polos? Aunque ataques por sorpresa no conseguirás nada, y de ahora en adelante yo seré el rey y tú un rebelde muerto. Y voy a disfrutar de mi victoria vengándome de toda tu raza, ¡Te lo aseguro!

---

Marmeládov vigilaba en la sala de mandos del bosque; ante él había un montón de pantallas con radares y pantallas de vigilancia. Estaba merendando y aún no había recibido ninguna noticia de los Polos a pesar de que hacía varias horas que tenían que haber llegado y estarían en lo más rudo de la batalla. El café le estaba quemando la mano y lo soltó precipitadamente en la mesa mientras comprobaba que todo estaba en orden; una voz lo llamó desde el pie del árbol, y se dirigió a la puerta de la habitación.

- Dime, María Jesús.

- Oh, nada, sólo quería saber si todo va bien.

- Perfectamente. No creo que pase nada, el emperador debe tener sus ojos vueltos hacia el norte y el sur.

- Espero que todo salga bien por allí.

- Saldrá bien: al fin y al cabo, tienen a Ulick.

- ¿Cuándo calculas que volverán?

- No sé, imagino que para dentro de tres días lo estaremos celebrando.

- ATENCIÓN, ATENCIÓN -sonó una voz desde la sala.

- El deber me llama. Espero que no sea un problema muy grave.

- Dime, computadora -dijo cuando se colocó frente a la pantalla central-, ¿para qué me quieres?

- Transbordadores no identificados se dirigen hacia este bosque. Quieren entrar.

- ¿No son nuestros?

- No.

- ¿Quién podrá...? -una mueca de dolor se dibujó en su rostro.

- ¿Cuántos hay?

- Unos trescientos, contando los últimos que han llegado. Se mueven muy deprisa, y siguen entrando más.

- ¡Mierda! ¡Joder, nos van a atacar! ¡Son del

emperador! ¡Alarma roja!

-La luz que brilló, en tono bermellón, en todo el campamento, puso en guardia a los que allí se encontraban momentos de pánico general. Marmeládov bajó de la sala de mandos, se armó y empezó a dar órdenes a todos para que se pusieran en movimiento; todos los que podían correr y sostener un arma al mismo tiempo lo siguieron y se dirigieron a la parte sur del bosque. Mientras, los que quedaban al cuidado del hospital y la guardería empezaron a trasladar a enfermos y niños a lugares más seguros. Inés estaba entre estos últimos, conduciendo desesperadamente camillas y cunas más al interior de la espesura, cuando llegó el ataque.

Las máquinas aparecieron de pronto, desde el norte y desde el sur, entre los árboles volando y destruyéndolo todo, disparando a cualquier cosa que se moviera. En momentos el campamento convirtió en un cruce de haces de luz, de gritos de horror y de dolor, de heridos y de muerte.

Inés se apropió de un arma y empezó a disparar para proteger a los niños que iban con ella mientras los intentaba introducir en la espesura, donde se pudieran esconder todos al menos en aquellos momentos; sabía, sin embargo, que no podría lograrlo porque el ataque era demasiado grande y ellos estaban demasiado perplejos.

No la matarían sin que hubiera vendido cara su sangre y la de todos aquellos niños entre los que estaba su propia hija. La desesperación corría por su cara transformada en lágrimas por su rostro impotente mientras disparaba sobre aquellos monstruos de acero que masacraban sin sentir el mínimo reparo.

Pedro fue en su ayuda al verla sola protegiendo con su cuerpo a los aterrados niños, la mayoría de los que ni sabía aún andar: explotó mientras corría atravesado por el rayo de una gran máquina que venía inmediatamente detrás, y que miró con sus fríos ojos a Inés mientras le apuntaba.

Inés lo miró también con profundo odio, con furia, y empezó a dispararle al tiempo que lo hacía el otro. Mientras los fogonazos pasaban cada vez más cerca de ella, la chapa de la máquina se iba despedazando ante sus certeros disparos. De pronto, sintió el ardor insoportable de aquella luz hundiéndose en su sien, sólo durante unos momentos. Luego vino la oscuridad.

---

- Dentro de cinco minutos llegaremos al Polo Norte  
-dijo el piloto a Ulick.

- Bien, chicos -habló éste por el micro-: todos sabéis lo que tenéis que hacer, así que sobra cualquier recomendación; de todos modos, recordad que nuestro primer objetivo es entrar en el Complejo y hacerlo explotar. Una vez que hayamos conseguido eso, lo siguiente está claro: eliminar a todas las máquinas. Sólo quiero recordaros una vez más que somos muchísimos, y que cuando aterricemos el desmadre va a ser total, o sea, que no os separéis. Buena suerte a todas las naves.

- Príncipe, ya vemos en el radar el objetivo. Vamos a llegar en el tiempo previsto, y quedan pocas naves retrasadas -dijo el piloto.

- Bien, preparados para volar.

- Un minuto para soltar a todos -avisó la voz ronca del piloto.

Todos los pasajeros se prepararon, arma en ristre, a ser arrojados hacia el hielo, allá abajo. Llegó el momento y, abriéndose el suelo de las naves, todos los luchadores fueron lanzados, formando grupos, según los transbordadores, mientras descendían. Llegaron al suelo sin percances graves, y allí empezaron a organizarse y esperaron a que las naves dieran el primer ataque.

Los transbordadores bajaron en picado sobre el sitio en donde se estaba empezando a formar una ligera defensa enemiga, con las armas dispuestas. Sharon conducía una de las naves; hizo una primera pasada de reconocimiento a toda velocidad: los robots estaban

intentando ordenarse y, aunque lo hacían rápido, aún no había una defensa que pudiera hacer frente a los hombres que se disponían más allá. Sharon localizó las ametralladoras de rayos congeladores y demás armas que podían causar bajas considerables a los hombres y empezaban a salir de debajo del hielo.

- ¡Grupo verde! ¡Aquí verde-jefe! ¡Seguidme, vamos a abrir brecha en esos cañones que están sacando! ¡No disminuyáis la velocidad, podrían darnos! ¡Y vigilad que no empiecen a salir naves enemigas! ¡Empezamos la fiesta!

Conectó sus armas, apuntó al primer grupo defensivo y disparó: una llamarada que abrasó toda la zona salió de sus cañones. Al momento los rayos se cruzaron desde abajo hacia arriba y al revés: todo se convirtió en una impresionante maraña de luces y explosiones.

- ¡Atención, verde-jefe! ¡Se ha abierto una compuerta delante de nosotros, y están empezando a salir naves enemigas! ¡Son muy rápidas!

- ¡Iniciad maniobra evasiva! ¡Debemos evitar que lleguen a donde están nuestros hombres de a pie! ¡Vamos!

Las veinte naves verdes, casi rodeadas por enemigas, subieron y dieron una vuelta completa hacia fuera hasta colocarse detrás de las naves perseguidoras, ahora perseguidas en su mayoría. Una de las naves verdes se abrió demasiado en su maniobra, y no pudo quitarse de encima a las dos que la perseguían; cometió entonces la equivocación de alejarse en su huida del grupo, y, tras intentar varias veces sortear al enemigo, explotó en el aire cuando fue alcanzado por un certero disparo. Otras tres naves corrieron la misma suerte, pero consiguieron mantener a raya a las enemigas en poco tiempo.

El jefe de la sección roja, un oriental pequeño y encorvado sobre sus mandos, no comprendía qué era lo que estaba pasando: las naves enemigas no estaban atacando con todas sus fuerzas, como si hubieran sacado unas cuantas para distraer a las atacantes mientras

preparaban algo de lo que no querían que se dieran cuenta.

- ¡Aquí azul-jefe! ¡No lo puedo creer, es como una montaña! ¡Joder, es el cañón más grande que he visto en mi puta vida!

- ¡Lo veo! -dijo Sharon- ¡Hay que cargarse eso como sea, si no queremos vernos sin hombres de a pie en poco tiempo!

Algunas de las naves que formaban los grupos verde, rojo y azul se dirigieron hacia la gigantesca arma, que estaba asomando por entre los hielos y comenzó a girar hacia el lugar donde habían aterrizado los humanos cuando estuvo completamente fuera.

- ¡Ignorad todos los fuegos y poned rumbo directo, a toda velocidad!

El cañón seguía moviéndose; las naves llegaron cerca de él. Las armas enemigas de tierra alcanzaron a dos naves. Llegaron a la altura del monstruo, y vieron que

estaba formado por cañones que se movían en todas direcciones, sobre los que se destacaba uno que apuntaba a la parte de los hielos donde se preparaban los atacantes humanos.

Sharon se dirigió a ras de tierra hacia los pies de aquella cosa, dos enormes ruedas horizontales que se movían la una sobre la otra. Cayeron dos compañeros, hechos pedazos por los fuegos de tierra, pero continuaron otros cuatro. que empezaron a abrir fuego contra el punto de unión entre las dos ruedas sobre las que descansaba toda la estructura. Otros dos compañeros cayeron, y Sharon y el que quedaba continuaron fijos en su objetivo. El aparato dejó de girar y encendió su fatal aguijón, que disparó dos veces contra la muchedumbre humana; sorprendentemente se desvió una de las veces, aunque acertó la otra. Sharon disparó en aquel momento un mismil de compresión de partículas sobre el pie del monstruo: con un crujido formidable, tras un asombroso estrépito y una enorme explosión, el cañón se hundió en los hielos perpetuos.

---

Había desviado el rayo con sólo mirarlo; le había sorprendido incluso a él. Ulick estaba de pie en mitad de la enorme llanura helada, preguntándose aún cómo había sido capaz de hacer algo así, teniendo en cuenta la velocidad y la energía de aquel rayo. Bernardo estaba a su lado, tan sorprendido o más que él, como todos los que lo rodeaban. Seguramente había salvado la vida a miles de personas que hubieran sido alcanzadas si él no hubiera estado allí. A lo lejos se oyó una terrible explosión y una bola de fuego se levantó hacia el cielo. Bernardo dijo, recuperado por la sorpresa de la explosión:

- Nuestros hombres se han cargado lo que quiera que sea que nos ha disparado. ¿Cuántas bajas ha causado? El otro disparo ha dado en el blanco.

- Ni idea, Bernardo.

- Bien, no importa. ¡Ataquemos, antes de que se

repongan del bombardeo!

Con un formidable griterío todas las fuerzas humanas se abalanzaron sobre la enorme llanura donde estaba el enemigo. Todas las fuerzas del norte habían sido divididas, una vez conocidas las principales posiciones del enemigo, por zonas. Así, Malajian atacaba desde el sur, mientras desde el este y el oeste atacaban Rusha y Astar respectivamente; Japha realizaba una maniobra envolvente desde el norte. Pronto toda la llanura blanca se convirtió en un conglomerado de hombres y máquinas que se disparaban unos a otros sin parar; las máquinas estaban aún ordenándose y no se habían imaginado un ataque a tan gran escala ni tan cercano y rápido, por lo que ahora intentaban ir cada una con su batallón, con la sangre fría de siempre. No parecían molestarles las heridas que les infligían los hombres, y hasta que no reventaban no paraban de disparar a todo lo que no fuera máquina. La única orden que tenían era matar humanos, y la cumplirían mientras les fuera posible.

Los humanos, por su parte, estaban dirigidos por el odio profundo que sentían hacia aquellos seres que les habían robado el pasado y el futuro, el planeta, sus familias, la vida. Odio y profundas ganas, ansias de ser libre eran lo que les hacía luchar hasta morir, lo que siempre había movido a los humanos a luchar por algo importante cuando lo habían hecho, que había sido pocas veces. Querían evitar que las máquinas terminaran con todo por lo que ellos habían soñado alguna vez, y la única forma que sabían de hacerlo era la que ahora empleaban.

Ulick disparaba a diestro y siniestro contra las desordenadas filas de robots que intentaban ordenarse para hacerles frente. Por todas partes se veía humo y fuego, y la batalla arreciaba. De repente, el brazo derecho de Holger estalló en el aire, y lo despidió hacia atrás mientras gritaba de dolor. Ulick se acercó corriendo a su amigo, con un resintetizador de materia en la mano, pero cuando llegó se dio cuenta de que no podía hacer nada por él: el brazo le había desaparecido

por completo, y las entrañas se derramaban en el hielo. Los ojos del agonizante compañero lo miraron, y luego expiró con un gesto de dolor. Ulick se separó del cuerpo y corrió con los que lo cubrían para entrar dentro de la sala de mandos. Intentaba dirigir a sus hombres y animarlos mientras pasaba junto a ellos, para que no se viniesen abajo, aunque sus lágrimas dejaban ver que también él necesitaba ánimos; cada vez que moría alguien al que conocía cerca de él entraba en un periodo de desaliento que cada vez le costaba más superar.

Cuando llegó el momento se separaron del grupo en el que iban; corrieron hacia la puerta de entrada a la fábrica. Un grupo de máquinas empezó a atacarlos por la espalda e hirió a algunos. Ulick se volvió hacia ellas y dijo a los demás que siguieran. El jefe del grupo de máquinas dio orden de disparar contra el jefe de los rebeldes; Ulick levantó un dedo, y con él a la máquina. Después hizo un movimiento hacia adelante con la mano y el robot salió despedido hacia atrás, explotando poco después. El grupo al que dirigía éste se quedó sin

nadie que les diera órdenes, desconcertado, y, antes de que se pudieran reponer, algunos de los que seguían a Ulick dejaron caer hacia ellos granadas magnéticas, que los destrozaron.

Llegaron a la puerta de la fábrica por la que querían entrar; sin embargo, antes les esperaba, en la misma puerta, otro grupeto de máquinas, que les impidió la entrada y les hizo retroceder ante la defensa acérrima que hacían. Entonces Bernardo di una señal, y todos hicieron como que huían; las máquinas, viendo que los hombres dejaban su posición, salieron a perseguirlos. Los hombres se volvieron hacia las máquinas y les dejaron ir unas cuantas bombas imantadas. Tras la explosión, entraron por la puerta ahora libre.

Ulick llegó un momento después y se apresuró a meterse dentro, donde ya estaban los demás. Cuando lo vieron llegar se alegraron mucho y, ya más recompuestos, siguieron su camino. Tenían un plano del camino a seguir hasta la sala de Control y no podían

perderse, aunque deberían tener cuidado con las máquinas que pudieran encontrarse en el trayecto. Al doblar una esquina, efectivamente, se encontraron frente a frente con un grupo de máquinas que les cerraba el paso. Mientras, en la otra parte de la esquina, otro grupo de máquinas les cerraba el paso.

En ese momento Ulick dio un grito y cayó al suelo. Bernardo lo miró aterrado, pero no tenía signos de haber recibido ninguna herida. Mientras todos se intentaban defender del doble ataque como mejor mejor podían, Bernardo y una muchacha se llevaron a Ulick a un sitio cubierto y lo tumbaron allí.

- ¿Qué te pasa, Príncipe? -le preguntó la muchacha.

- El bosque -contestó éste, con mirada aterrorizada-. Ha pasado algo grave allí, he sentido algo extraño en las tripas.

- Vamos, Príncipe, déjate de premoniciones pesimistas y levántate, que lo que tienes es hambre. Además, en el bosque están todos perfectamente, y aquí

te necesitamos para que nos saques de un apurillo.

- Lo digo en serio; Lisa, lo digo en serio, algo ha pasado allí.

- Mira: Inés, Marmeládov, Pedro y los demás estarán muy bien a esta hora, seguro. Vamos, levántate y haz algo, que nos están friendo a tiros.

Ulick se levantó, con la vista empañada por lágrimas, y se encaró con el grupo de máquinas que les cerraba el paso hacia la Sala de Control: en sus ojos brillaba el fuego de la ira, un fuego que le llegaba cada vez que algo le ponía fuera de sí; sin embargo, su fuego brillaba menos que otras veces, como si ya no estuviera seguro de lo que hacía, como si la seguridad que siempre solía tener se resquebrajara por momentos y las cosas en las que había creído siempre no le parecieran ahora tan seguras. Miró hacia las máquinas e inutilizó sus armas para que los demás pudieran terminar con ellas. Luego pasaron por encima de la chatarra en que el grupo las convirtió, siempre hacia el centro de aquella enorme fábrica.

Se iban acercando todo lo rápido que podían, siempre entre corredores y sorteando o destruyendo las cámaras que encontraban a su paso. La prisa por destruir las computadoras que controlaban el Complejo era tan indispensable como el hecho mismo de destruirlo, porque tenían que terminar antes de que se formara la defensa de las máquinas fuera.

Por fin, al final de un largo pasillo, apareció la puerta que daba acceso a la sala de mandos, pero vieron con desánimo que desde el comienzo del pasillo hasta la puerta estaba todo el camino sembrado de puntos de mira y cañones que sobresalían de las paredes de forma que si algo que no fuera una máquina pasaba por allí sería abatido al momento. El grupo se puso a pensar en cómo sortear este gran problema, porque las posibilidades de que algunos de ellos saliera con vida de aquel pasillo eran escasas y Ulick no estaba en condiciones de hacer nada. Ni podían pasar corriendo, ni siquiera volando con los patines, ni había otro pasillo

que diera allí. A nadie se le ocurría una solución convincente, cuando habló Tomás:

- Oye, se me acaba de ocurrir algo. Veréis, la cosa es destruir los cañones de la pared, que son seguramente muy sensibles a todo lo que no sea un láser; o sea, que podemos probar a disparar contra ellos rayos congeladores, porque las paredes del pasillo son tan lisas que el rayo rebotará y los cañones dispararán en todas direcciones, y a lo mejor le dan a los compañeros. No sé, podemos probar.

- Buenos, vale, pero rápido, que las máquinas nos pisan los talones -le dijo Bernardo.

- Vamos allá -dijo Tomás en el momento en que asomó su pistola por la esquina de la pared y disparó hacia cualquier parte lo más rápido que pudo, antes de que los cañones se activaran. Al momento de hacerlo todos los puntos de mira se volvieron hacia la banda de luz, y empezaron a dispararle mientras ésta se movía y rebotaba antes de que congelara una parte de la pared en la que dio al fin. Los cañones intentaban acertar al rayo, pero destrozaban la pared y también a algunos de

sus compañeros en el camino; todo el pasillo se encendió en un fuego infernal cuando los rebeldes, al ver que aquello daba resultado, descargaron sus armas contra las paredes produciendo el efecto del principio multiplicado por el número de disparos que hicieron. Cuando el ambiente se aplacó un poco, Tomás se asomó durante un momento para comprobar si aún había cañones funcionando, pero los que no habían quedado completamente destruidos estaban estropeados. El camino había quedado, a simple vista, libre.

- Bien -Gritó Bernardo-: saldremos a correr por ese pasillo de uno en uno, llegaremos hasta la puerta y la atravesaremos. Después, una vez dentro, colocaremos los explosivos en lugares clave y nos largaremos cagando leches de aquí. ¿Entendido?. Antes, sin embargo, necesitamos al encargado de hacer explotar la puerta.

- Aquí estoy -contestó un joven pequeño y delgado.

- Cuidado, puede que aún haya algún cañón que funcione medianamente bien.

- Descuida. ¡Allá voy! -con estas palabras el joven

penetró en el pasillo, a toda velocidad, mientras sacaba la bomba de un bolsillo y la conectaba. Durante el primer trecho no pasó nada, pero a partir de la mitad unas cuantas luces rojas se encendieron y, tras algún segundo, los cañones que las portaban empezaron a disparar, sin mucho tino, pero muy cerca de él. El chaval llegó a la puerta; un disparo le alcanzó la pierna derecha. Gritando de dolor colocó la bomba junto a la cerradura, mientras otro disparo le daba en un brazo. Miró hacia atrás, con cara de impotencia, pidiendo ayuda con los ojos mientras apretaba el botón. Los que esperaban en el fondo le gritaron que se apartase de la bomba. El muchacho se arrastró hasta que un cañón le acertó en la cadera. Vencido, se dejó caer. La bomba explotó.

Los que esperaban se taparon los ojos con las manos, como si así pudieran evitar que el chaval muriera; la entrada quedó abierta. Comenzaron a correr, evitando pasar por el lugar donde había perecido el joven, algunos mordiéndose la lengua y otros llorando de impotencia. Una vez dentro del gran salón de mandos

colocaron sus explosivos, pusieron la cuenta atrás en tres minutos y salieron de allí por donde habían entrado, volando con los patines. Se metieron por los conductos de refrigeración biónica, y emergieron a la superficie mientras sentían un enorme crujido en el interior de aquel monstruoso edificio lleno de máquinas y todo empezaba a resquebrajarse.

No salieron solos: justamente detrás emergieron cinco grandes robots. El grupeto rebelde se rehizo en el aire y se dispuso a huir, pero tenía a los robots demasiado cerca; las grandes máquinas empezaron a disparar contra los más retrasados, y derribaron a tres. La velocidad de los perseguidores era mayor que la suya, y mejor su puntería.

- Tenemos que separarnos. Si no van a acabar con todos -dijo Tomás.

- Entendido -dijo Ulick-. ¡Atención! -gritó a todos:- ¡somos diez, así que dos que se vengan conmigo, dos con Bernardo, uno con Tomás y otro con Geisha!

Ulick siguió hacia el norte con sus dos compañeros, una mujer de unos sesenta años y un hombre mayor y musculoso. Bernardo se llevó a sus dos seguidores hacia el nordeste, Tomás agarró a una muchacha morenita y huyó con ella hacia el noroeste y Geisha fue acompañada por un joven hacia el oeste. Las máquinas se dividieron también, y cada una siguió a un grupo.

Tomás bajó casi a ras de tierra. El hielo se resquebrajaba por momentos, y el agua, empujada por las explosiones submarinas, era arrastrada hacia arriba formando grandes olas y saltando sobre la llanura helada y troceada. La batalla se estaba trasladando necesariamente al aire y las máquinas, que veían imposible recibir refuerzos de sus almacenes, ahora destruidos, perdían terreno rápidamente. El ejército humano se había hecho fuerte al darse cuenta de que todo lo que había bajo el agua estaba destrozado. Los gritos de dolor al ser alcanzados se convirtieron en gritos de furia que empujaban a las máquinas hacia atrás. Las máquinas caían ahora frente a sus enemigos,

aunque todavía resistían en grupos, y resistirían y matarían a muchos antes de dejarse ganar, algo que no entraba en su vocabulario.

Tomás seguía huyendo por entre las gigantescas olas y los trozos de hielo lanzados al aire. El robot se acercaba cada vez más al dúo, aunque no conseguía fijar su puntería a causa del maremoto. De pronto, Tomás desapareció bajo una ola. La muchacha morena se encontró de repente sola y decidió encarar en cuanto tuviera alguna posibilidad a la máquina. Un trozo gigantesco de hielo saltó justo cuando pasaba ella, que lo esquivó por poco y escuchó el golpe, tras ella, de la máquina al tropezar con el bloque. En ese momento se volvió, con la pistola ante los ojos, esperó a que el robot saliera de detrás del hielo, atontado, y le disparó hasta que lo destrozó.



## *Capítulo veinte: desolación*

Después de días de lucha los hombres consiguieron acabar con la resistencia de las máquinas en los Polos; hubo un montón de muertos, pero al fin se había conseguido destrozarse los almacenes de robots de emperador, que era lo que se perseguía. Los que se habían dejado la piel allí no lo habían hecho en balde, porque ahora los que quedaban podían mirar al futuro con un atisbo de esperanza.

Ulick miró satisfecho hacia los transbordadores que los llevarían de vuelta a sus lugares de origen, que

estaban esperando a que subieran los triunfadores. Miró a aquella multitud alegre por la victoria y apesadumbrada por las pérdidas cercanas, y no se le ocurrió nada que decir porque, sin saber por qué, no estaba satisfecho después de haber aplastado los últimos planes del emperador. Se encontraba de pronto vacío y sin ganas, y cuando se preguntaba por el fin de aquella guerra no conseguía darse una respuesta del todo convincente. De todas formas, aún creía en la libertad, y eso y sus seres queridos eran lo único que le quedaba en aquel mundo. Al final dijo:

- ¡Volvamos a nuestras tierras, y sigamos la lucha por nuestra liberación! -A pesar de que esa frase era tan típica como su cara en los diarios la gente aplaudió con pasión, pasión que tampoco entendía ahora el jefe de los rebeldes; él tenía ante sus ojos a Inés, a su hija, y nada ansiaba más que estar otra vez junto a ellos.

Ulick se subió en la nave, se acopló en un asiento y esperó. Estaba nervioso, intranquilo, y decidió pensar. Y pensó en lo que haría junto a su familia cuando

terminara la guerra, en los amigos con los que podría compartir su vida, y en los amigos con los que no lo podría hacer porque ya estaban muertos.

Iban llegando a Malajian. Ya estaban cerca de casa. Por fin, tras la ardua lucha, llegaba el momento del descanso.

-Atención, habla el piloto. Estamos llegando a Numancia. No podemos establecer contacto con el bosque, porque deben de tener la radio desconectada.

¿La radio desconectada? Eso no sonaba nada bien: la radio debía estar encendida, porque en la sala de mandos debía haber siempre alguien. Ulick se levantó y se dirigió hacia la cabina.

- ¿Cómo que la radio está desconectada? -preguntó al piloto-. Es imposible, les dije que mantuvieran el contacto.

- Pues no sé, pero aquí no se oye ni pío. En fin, ya averiguaremos lo que pasa, el bosque ya se ve a lo

lejos...

- ¿Qué es ese humo? ¿Qué diablos...?

Ulick quedó petrificado, como todos, cuando miró por la ventana del aparato: el bosque de Numancia, el lugar donde hasta hacía días había estado su campamento, era sólo un montón de cenizas y troncos quemados, de humo y de destrucción. Ulick abrió la boca y gritó todo lo alto que pudo, después de sentir cómo las lágrimas mojaban sus mejillas.

- ¡Baja! -gritó al piloto- Baja, hemos de comprobar si hay supervivientes. Tiene que haber supervivientes, tienen que estar escondidos, Inés no se hubiera dejado matar... ¡Vamos, baja de una vez!

Descendieron y desembarcaron. Nadie hablaba. Nadie podía hablar. Todos miraban aterrados, incrédulos, en derredor, hacia las cenizas que cubrían el suelo. Ulick permanecía acurrucado sobre sí mismo, llorando, desesperado, en una esquina, sin poder hacer nada más

que mirar y preguntarse cuál de aquellos montones de cenizas era su mujer, cuál su hija, cuál...

Durante un rato la quietud y el llanto silencioso llenó el negruzco claro del bosque, porque nadie podía ni quería consolar al vecino. Después, Ulick se levantó, con los ojos hundidos, y se acercó a Bernardo.

- Quiero dejarte al mando de toda la resistencia humana. Yo ya no quiero vivir.

- Ulick -le dijo éste, alarmado con las palabras del Príncipe y saliendo de su propia pesadumbre-, tú no tienes la culpa de lo que haya podido suceder aquí. Estábamos luchando por una libertad...

- Que ya no me importa lo más mínimo -replicó Ulick-. Yo quería vivir con Inés, quería ser uno con ella, quería ver crecer a Mari Carmen, quería lograr la libertad para ellas... pero ya no hay ellas por las que lograr la libertad. Sé que tú tienes aún esperanza, y que lucharás con ella y vencerás; yo no la tengo, y sería un estorbo para la raza humana. Sigue tú, amigo: yo no

puedo hacer nada más en este mundo, y quiero reunirme con mi mujer y mi hija.

- ¿Y qué vas a solucionar matándote? ¿Acaso crees que las vas a recuperar?

- No. Pero el emperador me quiere a mí, y por eso ha hecho todo lo que ves. Y voy a entregarme a él.

- No, Ulick: por que te entregues no nos va a dejar quietos a los demás.

- Pero me enfrentaré a él y me lo llevaré conmigo a mi muerte. Lo destruiré.

- ¿Tú solo? ¿Acaso te crees Superman? No, Príncipe, tienes que seguir animándonos.

- Eso es lo único que no puedo hacer. No tengo ánimos. Sólo tengo palabras de muerte, y la palabras de muerte llevan a la muerte. La mía y la del emperador.

- No, Ulick, por favor, piensa...

- Está pensado. Tú eres el nuevo líder de los humanos. Guíalos por donde te diga tu mente y por donde camine tu corazón; mi tiempo ha pasado, y nunca volverá. Por favor, que nadie me acompañe: quiero

terminar solo.

- Pero para vengarte del emperador no tienes que morir, Príncipe...

- No quiero vengarme de ningún emperador. Sólo quiero llevarme conmigo al ser que es más parecido a mí..., porque el emperador y yo somos iguales y totalmente opuestos, y mi vida no puede acabar sin la suya. Mi imperio, que eran mis amigos, ha sido destruido; el suyo, que eran sus máquinas, también. ¿Qué nos queda sino morir y dejar que la historia siga su curso?

A los dos días las máquinas que vigilaban la carretera encontraron a Ulick caminando por la calzada, lo esposaron y lo llevaron ante el emperador. El emperador, al saber que llegaba, salió a recibirlo con sus mejores galas. Los ojos de ambos se encontraron, y la admiración y el furor más abismal salió de ellos. Empezó a hablar Ulick, que estaba esposado ante el sillón del emperador:

- Ya nos vimos una vez. Bonitas galas para morir.

- ¿Para morir? -contestó el emperador, sin comprender- Yo diría que el que va a morir a mis manos eres tú.

- Oh, no, yo ya estoy muerto. He muerto con mis seres queridos. Y tú también: jamás has tenido a nadie que te quiera.

- Extrañas palabras para alguien que va a sufrir los tormentos más grandes que jamás nadie haya sufrido. Dime, ¿por qué te has entregado a mí?

- Porque tú y yo somos dos almas tan gemelas que si uno de nosotros desaparece el otro irá detrás. Y yo no tengo nada más por lo que luchar, como tú.

- ¿No tienes nada más por lo que luchar? ¿Qué me dices de esa tonta libertad que predicas?

- Se fue con Inés.

- ¿Y los humanos, la especie a la que has entregado tus míseros días?

- Ya no les hago falta. Necesitan esperanza, y yo no la tengo.

- Así que al fin te he derrotado...

- No, te has derrotado a ti mismo.

- ¿A mí mismo? ¿Qué significa eso?

- Tu única esperanza era cazarme. Y ya me tienes. Y ahora no tienes nada más que hacer, porque te da igual que tus máquinas ganen o pierdan: no eres como ellas y no podrías sobrevivir en un mundo de máquinas, y no eres como nosotros y no podrías vivir en un mundo de humanos. Nunca has tenido un fin, y ahora que llega por sí mismo no quieres verlo, porque, sea el que sea, te asusta. La diferencia entre tú y yo es que yo tenía un fin y lo he perdido.

- Nada de lo que dices tiene sentido, humano estúpido, porque mi fin es el imperio de las máquinas, y a pesar de lo que tú y tus hombres me habéis hecho lo lograré.

- ¿Para qué?

- Porque es la perfección absoluta.

- ¿Y te importa tener la perfección absoluta si no puedes disfrutarla?

- ...Conseguiré mi reino a pesar de todo lo que me digas. Yo no tengo sentimientos, como vosotros...

- ¿No? ¿Y entonces qué es ese vacío que llena tu mente? ¿No es el sentimiento de alguien que tiene miedo de sentir? ¿No es el pensamiento de alguien que quiere vivir en un mundo que no es el suyo, lo sabe y no lo puede aceptar? Nuestra vida es correr de deseo en deseo, de sentimiento en sentimiento, de pensamiento en pensamiento hasta que llegamos al final: y el final es para nosotros un precipicio al que hemos de tirarnos sabiendo que no tiene fin. ¿Sabes? Yo he creído toda mi vida que tenía fe en Dios, pero no la tengo; mi Dios han sido las personas a las que he amado, y han muerto.

- ¿Ha muerto, pues, tu Dios?

- Y el tuyo. Tu mundo de máquinas, tu utopía, ha muerto; y jamás la recobrarás, porque nunca has creído en ella como yo nunca he creído en Dios.

- Pero esta conversación es ridícula: tú vas a morir dentro de poco, y yo me voy a reír jugando con tu cabeza. ¿O crees que te va a salvar tu potencia mental?

- A veces desearía no tener una mente tan clarividente para no ver el abismo tan cercano. Todos los hombres creen en algo cotidiano, pero, como yo, creen que es un Dios que los salvará. Lo malo de tener mi mente es descubrir eso.

- No tengo por qué seguir escuchando tus tonterías. ¡Guardias, lleváoslo y ejecutadlo!

- Nos vemos en la nada, emperador, nos veremos pronto... y nada puede evitar eso.

Las máquinas se llevaron a Ulick. El emperador, hundido en su sillón, se rió a carcajadas. Después calló... y empezó a llorar al comprobar la putrefacción de su alma y desear que su cuerpo la acompañara.



## *Epílogo.*

La noche era espléndida en Malajian. Los chiquillos se habían quedado dormidos al fin. Bernardo salió de la habitación a la terraza y se quedó contemplando el cielo estrellado. Hacía ya cinco años que el gran héroe de la especie humana había desaparecido, y aún no estaba ganada la guerra. Ya tenían algunas ciudades en su poder, pero las máquinas aún resistían en algunos puntos, siempre con la misma orden, la que el emperador les había dado antes de suicidarse: "exterminad a los humanos". La mano de Sharon se posó en su hombro.

- ¿En qué piensas?

- En que ya hace más de cinco años que Ulick desapareció, y jamás comprenderé por qué lo hizo. Sé que la vida siempre sigue, pero no puedo quitarme nuestra última conversación de la cabeza.

- Fue un momento, un momento en que se sintió tan vacío que reventó. Eso es todo.

- No, Sharon, no creo que fuera un momento. Sus palabras no eran las de un desesperado, sino las de una persona que acepta su destino de muerte y corre hacia él. Y eso me asusta.

- Pero nuestro destino no es el de él: nosotros creemos en la vida, y estamos a punto de conseguir que lo que él quería se haga realidad.

- ¿Realmente lo quería? No, él era demasiado modesto para querer la libertad de todos los seres humanos, y por eso murió. Realmente me hubiera gustado estar en su mente cuando me decía que no quería vivir. En fin, estoy divagando mucho en una cosa para la que no hay respuesta...

- Siempre ha sido un dilema para nuestra especie el

por qué estamos aquí... pero a pesar de las respuestas que demos seguimos estando aquí, y hemos de vivir. Y él, muriera como muriera, vive ahora en más corazones que cuando estaba con vida.

- Lo malo es que la persona que la gente tiene en el corazón no es Ulick Llakm, sino un tipo todopoderoso y excepcional que siempre consideró la vida como su meta más alta... y eso no es verdad.

- ¿Y qué podemos hacer? Anda, entra y vamos a la cama.

Los labios de ambos se juntaron, y así entraron en la casa. El cielo infinito, iluminado por el resplandor de la luna, parecía mirar fijamente hacia el interior, riendo ante el pequeño mundo que luchaba por vivir sin saber qué era la vida, sin saber si la quería o no, pero continuando en ella y sacrificándose por ella...





Desde siempre me había gustado contar historias. Coger un lápiz y un folio y empezar a imaginar mundos distintos donde ocurren los hechos más insólitos e imposibles, o los más diarios y sencillos. Sin embargo, nunca me había puesto en serio a escribir una novela larga.

Una clase de filosofía en C.O.U. y unos compañeros dispuestos a leer cualquier cosa para no aburrirse me dieron el empujón. Desde entonces, con 17 años, nunca he dejado de escribir. Y aquí está aquella primera novela de ciencia ficción, llena de escenas inmaduras y poco creíbles, pero también de esperanzas y deseos que sólo son explicables en la adolescencia.

Quizás podría haber transformado esta aventura futurista de máquinas, rebeliones, luchas, amistades y amores para siempre, magia y tecnología para hacerla más madura y creíble. Pero entonces ya no sería la primera, claro. Así queda, tal y como fue terminada. Que les aproveche.

